



<https://www.facebook.com/novelasdescargas>

Un secreto de cuatro años... ¡producto de una noche inolvidable!

La vida de Lacey Carstairs cambió radicalmente tras una apasionada noche con el presidente de Cade Inc., Brandon Cade. Tanto, que incluso tuvo que cambiar de nombre. Pero cuando la periodista Lacey recibió el encargo de entrevistar a Brandon, le resultó asombroso que no la recordara... ni remotamente.

Pero lo que acabó por desconcertarla -y, aún más, tentarla- fue que la invitara a acompañarlo a un baile de gala en París. Y cuando finalmente llegó el momento en el que Brandon la reconoció, el pasado y el presente se encontraron... Empezando por el secreto mejor guardado de Lacey... ¡La hija que tenían en común!

Capítulo 1

TRANQUILA. Es imposible que Brandon Cade te reconozca», se repitió una vez más Lacey Carstairs.

Desafortunadamente, y por más que se lo repitiera, no conseguía calmarse mientras esperaba a entrevistar al hombre que había destrozado su corazón y su carrera profesional.

—¿Tiene idea de hasta cuándo va a estar ocupado el señor Cade? —preguntó a la recepcionista de las elegantes oficinas centrales de Cade Tower, en el barrio financiero de Londres.

—La entrevista no es una de sus prioridades —replicó la mujer con aire de superioridad, —pero no creo que tarde. Tiene una reunión en París en un par de horas.

—Pero entonces... —Lacey dejó la frase en suspenso.

La ansiedad que sentía era mayor que su instinto de periodista y si Cade tenía que llegar a París en dos horas, no tendría tiempo para la entrevista...

—Un helicóptero lo espera en la azotea —explicó la recepcionista, frustrando sus esperanzas. —Bastará con que salga a las dos.

—Muy bien.

Al menos tenía el consuelo de que la entrevista tendría que ser breve.

Lacey miró por la pared de cristal que había a la espalda de la recepcionista, desde la que se veía, en la distancia, el río Támesis.

Tenía sentido que el mayor empresario de medios de comunicación de Europa dirigiera su imperio desde el rascacielos más alto del continente. Y la sensación de vértigo no contribuía a calmar el estómago revuelto de Lacey.

La idea de tener que ver a Brandon Cade la había mantenido en vilo toda la noche. Y el cansancio se había sumado al pánico y al estrés que la

había dominado la tarde anterior, cuando su editora, Melody, había llamado para darle la «excelente noticia» de que le habían asignado a ella el artículo sobre Cade porque Tiffany Bradford, la periodista más prestigiosa de la revista, tenía gripe.

Rechazar la oferta no había sido ni tan siquiera una posibilidad, a no ser que hubiera estado dispuesta a arriesgar su carrera una segunda vez. O a tener que explicar por qué era la única mujer del universo que habría preferido suicidarse a pasar una hora con uno de los hombres más guapos y ricos del mundo.

De todas formas, Melody no le había dado opción. Se trataba de una oportunidad excepcional para la revista Splendour, que había requerido días de negociaciones. Y Lacey estaba segura de que Brandon Cade se habría negado a concederla de no ser por el escándalo que había causado el libro publicado por su ex amante, que amenazaba con frustrar los planes de expansión de su compañía en Estados Unidos.

Misty Goodnight había publicado el retrato de un hombre de treinta y un años extremadamente guapo, poderoso y sexualmente dominante, que trataba a las mujeres con la misma frialdad impersonal con la que dirigía el imperio heredado de su padre a los diecisiete años.

Lacey sabía que Misty no mentía cuando describía sus tórridos encuentros sexuales. Sus pezones se endurecieron al recordar la única vez que había estado con él y se cruzó de brazos al tiempo que respiraba profundamente

«Ni se te ocurra pensar en eso».

Que Cade tuviera aquel efecto sobre su cuerpo tras un encuentro de media hora cinco años antes era tan humillante como perturbador

«No te va a reconocer», se repitió una vez más para contener el creciente pánico que sentía.

Era imposible que vinculara a la sofisticada y elegante periodista con la joven becaria ansiosa por hacer bien su trabajo a la que había seducido. Se había cambiado el nombre, el largo cabello ondulado se había convertido en una corta melena rizada y había perdido peso, en parte gracias a Ruby y sus hiperactivos cuatro años, además de sustituir la ropa de segunda mano por marcas de diseño.

Pero, por encima de todo, había madurado. Cade la había destruido solo porque podía. La había seducido en la fiesta de presentación de Carrell y luego había arruinado su carrera. Lacey seguía sin entender por

qué había hecho que la despidieran cuando ella no tenía la menor intención de exigirle nada ni esperaba nada después de aquel increíble encuentro. Pero quizá entre sus defectos estaba el de ser suspicaz y paranoico.

«No tiene por qué saber lo de Ruby».

El familiar sentimiento de culpa la asaltó.

Tal vez algún día, si su hija quería saber quién era su padre biológico, se lo diría. Pero hasta entonces, no estaba dispuesta a poner a su hija o a sí misma a merced de Cade. Dada la crueldad con la que la había tratado, no albergaba demasiadas esperanzas sobre cómo reaccionaría si supiera que tenía una hija.

Y Lacey jamás expondría a su hija a un padre como el que ella había tenido.

«Ya no tienes miedo ni estás destrozada. Eres una mujer serena y distante. Como él».

Afortunadamente, el equipo de relaciones públicas de Cade había insistido en que no aceptaría ninguna pregunta sobre su vida privada, y aunque Melody había insistido en que lo ignorara, Lacey pensaba cumplir las normas.

El timbre del teléfono de la recepcionista la sobresaltó.

—Sí. Ahora le hago subir —la mujer colgó. —Si toma el ascensor al último piso la recibirá el ayudante personal del señor Cade.

Lacey cruzó el vestíbulo hacia el ascensor de cristal con el mayor aplomo que pudo. Presionó el botón de subida y los edificios de la ciudad empequeñecieron al tiempo que el estómago se le desplomaba.

«No tienes nada de qué preocuparte. Brandon Cade no se acuerda de mujeres como tú».

Capítulo 2

BRANDON Cade observó la línea marrón que trazaba el Támesis al pie del edificio. Tomó aire y lo exhaló lentamente, aplicando la técnica que se había enseñado a sí mismo para evitar llorar en su primer internado, a los cinco años, y que luego había adoptado para ocultar cualquier tipo de emoción.

La técnica también había resultado eficaz para controlar la ansiedad que le producían las raras ocasiones en las que veía a su padre. Pero, mientras esperaban a que hicieran pasar a la periodista del *Splendour*, tuvo que usarla por primera vez en varios años para mantener la fría actitud por la que era conocido.

Aunque resultara contradictorio, dado que Cade Inc. era dueña de diez periódicos y varias cadenas de televisión en Europa y en Gran Bretaña, además de estar en medio del proceso de adquisición de un conglomerado mediático en Estados Unidos, él nunca concedía entrevistas. No poseía ninguna revista de sociedad o estilo de vida porque odiaba el tipo de periodismo que representaba una revista como *Splendour*.

Pero en aquel momento y por culpa de una mujer que lo había aburrido a los cinco minutos de acostarse con ella, tenía que aceptar una intrusión en su vida privada que lo enfurecía y que ponía en peligro la adquisición del grupo conservador Dixon Media, de Atlanta.

«Así aprenderás a evitar a influencers que solo buscan su propio beneficio, como tú».

—Señor Cade, la señorita Carstairs, de *Splendour*, está aquí. ¿La hago pasar? —preguntó Daryl, su asistente personal.

Brandon tomó aire lentamente y contestó:

—Sí, claro.

Se volvió con los puños apretados en los bolsillos, pero cuando vio a la esbelta mujer con traje de chaqueta detrás de su asistente, le sucedió algo

extraño. Una cascada de emociones le recorrió la espalda, similar a la que había experimentado cinco años atrás, durante un tórrido encuentro sexual con otra mujer en un evento de la compañía.

Fijó la mirada en su corto cabello ondulado al tiempo que sentía una conmoción tan inesperada como molesta.

—Señorita Carstairs, señor Cade —anunció Daryl, dando paso a la incómoda visita. —Tiene veinte minutos antes de que el señor Cade parta hacia París, señorita Carstairs —añadió. —¿Quiere beber algo?

—No, gracias —dijo la mujer con una voz levemente ronca que resonó en los oídos de Brandon.

Un leve temblor y que apretara el bolso le indicaron que estaba nerviosa.

«Me alegro».

Entonces ella cruzó la habitación, dejando una estela de un olor cítrico que le resultó tan irresistible como toda ella, y tuvo que apretar los dientes al sentir una inmediata pulsación en la ingle.

«¡Genial!». ¿Era posible que se sintiera excitado?

Como si no fuera ya un problema tener que conceder una entrevista, se fijó en el canalillo que asomaba por la blusa de seda azul y en sus piernas torneadas, y tuvo que sacudir la cabeza para apartar la imagen de su propia mano abarcando uno de sus senos mientras sentía en su lengua cómo se endurecía el pezón...

—Siéntese, señorita Carstairs —dijo con brusquedad cuando Daryl salió. Y pasó a tutearla—: ¿Cómo te llamas?

Le sorprendió darse cuenta de que sentía curiosidad, de que quería desconcertarla para no sentirse en desventaja, y se alegró al ver que lo conseguía. Por primera vez ella lo miró directamente, aunque solo por un segundo. Pero bastó para que pudiera hacer varias observaciones.

Tenía los ojos de color marrón oscuro, con pintas ámbar, y levemente rasgados, como los de la joven a la que, por más que lo hubiera intentado, no había logrado olvidar. En aquel momento, no había visto el color de sus ojos porque la oficina del encargado de la discoteca sobre cuyo escritorio habían acabado teniendo un sexo frenético y sudoroso, estaba a oscuras. Pero sí recordaba la curva de su mejilla bajo la luz de la luna, sus pestañas rizadas, y podía oír sus gemidos cuando habían alcanzado el clímax.

«¡Deja de pensar en ella!».

Concentró su atención en lo otro que había visto en sus ojos: turbación. También ella parecía sentirse atraída por él, y tampoco le agradaba.

Eso sí era extraño. Brandon no estaba acostumbrado a que las mujeres se resistieran a explorar la atracción que despertaba en ellas. Y eso bastó para que su interés se incrementara.

—Lacey —dijo ella. Y Brandon percibió de nuevo el leve temblor de su voz—. Lacey Carstairs.

Se sentó en la butaca que él le indicó y cuando le vio sacar el teléfono, apretándolo con tanta fuerza que los nudillos se le pusieron blancos, se dio cuenta de que no estaba solo nerviosa, sino asustada. Como si hubiera preferido estar en cualquier sitio antes que con él... a pesar de la evidente química que había entre ellos.

«Interesante».

Debía saber que estaba concediendo aquella entrevista a su pesar y que era un hombre al que era mejor no contrariar. Si alguien lo molestaba o lo amenazaba, actuaba rápidamente y sin compasión, tal y como había comprobado la jovencita que había sacrificado su virginidad con la intención de sacar algún provecho de él.

Frunció el ceño al darse cuenta de que seguía pensando en ella.

—¿Le importa que grabe la conversación, señor Cade? —preguntó la periodista.

—Adelante, Lacey —dijo él, alegrándose al comprobar que se tensaba al oírle usar su nombre. —Y, por favor, llámame, Brandon.

Tal y como esperaba, el comentario hizo que ella alzara la cabeza. Se miraron durante unos segundos y el aire se cargó de electricidad. Pero en aquella ocasión a Brandon no lo tomó desprevenido y le divirtió ver cómo ella se ruborizaba y las pintas doradas de sus ojos se encendían.

Sí, la extraña química que había sentido cinco años atrás había vuelto sin que la mujer que tenía delante hiciera nada por provocarla. ¿Por qué no comprobar hasta dónde los conducía? A sus treinta y un años era más cínico y frío de lo que había sido entonces. Era imposible que traspasara sus barreras y alterara sus emociones, tal y como había hecho la virginal joven.

Con suerte, ella tampoco tuviera el menor interés en hacerlo. Era periodista y, como tal, sabría usar en su ventaja una atracción como

aquella. Porque tanto el temblor de su voz y de sus manos podía no ser real, sino un comportamiento ensayado. Si ese era el caso, era tanto una idea original como sorprendentemente seductora. ¡Hacía tanto que no tenía que esforzarse por conquistar a una mujer!

—Dispara, Lacy —dijo con la voz ronca de deseo, mirándola fijamente.

Ella parpadeó confusa, pero a continuación tomó aire y lo exhaló lentamente. El movimiento alzó sus senos y Brandon sintió el calor acumularse en su ingle. Cruzándose de brazos, descansó el trasero en el escritorio, con la satisfacción de ver que ella fijaba la mirada unos segundos en sus bíceps, perceptibles debajo de la camisa.

«Bingo».

Luego lo miró a los ojos y Brandon vio, junto a la turbación, la férrea determinación de no ser intimidada.

Sus labios se alargaron en una sonrisa felina

—Señor Cade. Siento interrumpir, pero el helicóptero está listo para despegar hacia París.

«Menos mal».

La aparición del asistente de Brandon dando la entrevista por terminada consiguió soltar los nudos que se habían formado en el estómago de Lacey durante los veinte minutos más largos de toda su vida.

¿Qué le había hecho creer que podía ver a Brandon sin alterarse? Todo en él la perturbaba. La intensidad con la que se fijaban en ella sus ojos verdes; su cuerpo, más fuerte y musculoso; el murmullo de su voz, que sentía como una caricia en la piel; cómo pronunciaba su nombre, con una deliberada intimidad que sin duda usaba para desarmar a cualquier mujer que se le aproximara. ¡No era de extrañar que sus hormonas se hubieran activado!

Brandon Cade era tan espectacular, apabullante y arrollador como cinco años antes. Afortunadamente, ella ya no era una cría, sino una mujer con una carrera profesional como periodista y madre de una hija.

Pero si tenía tal poder de perturbarla no era solo por la insensata atracción que había entre ellos, sino por todo lo que había en él que le recordaba a su hija.

Ruby tenía los mismos ojos verdes, aunque mientras los de Ruby tenían un brillo dulce e inocente, los de Brandon se volvían acerados y

severos. Hasta el punto de que Lacey había temido que pudiera leer sus pensamientos.

Ruby también tenía el mismo hoyuelo en la mejilla izquierda. Pero una vez más, lo que en ella resultaba encantador y aparecía con cada sonrisa, en él apuntaba a un cinismo burlón. Las sonrisas de Ruby eran luminosas; las de Brandon felinas, propias de un depredador. Aceleraban el corazón de Lacey y helaban el aliento en sus pulmones, haciendo que se sintiera como un ratoncillo ante una pantera.

Pero lo peor de todo era que conseguía que la chica atolondrada y despreocupada del pasado saliera de su escondite, la joven tan embriagada en endorfinas como para cometer tal estupidez.

«Aunque nunca te has arrepentido, porque aquella estupidez te dio a Ruby».

—Será mejor que me vaya. Gracias por tu tiempo, Brandon —dijo, componiendo un semblante inexpresivo al tiempo que guardaba el teléfono en el bolso. —Enviaré una copia para que le des tu aprobado.

La verdad era que no había conseguido nada que pudiera dar lugar a un perfil de Brandon Cade interesante. Él había esquivado cualquier pregunta mínimamente incisiva que le había hecho y lo cierto era que tampoco había puesto demasiado interés. Escribiría un artículo dedicado a lo impactante de su presencia y de su magnetismo, que acompañaría con una fotografía que lo corroborara.

Melody se enfadaría con ella por no haber conseguido nada personal que sirviera de anzuelo para sus lectores; pero se conformaría con haber conseguido una exclusiva que había sido negada a otras revistas.

Lacey se puso en pie con piernas temblorosas al recordar hasta qué punto había estado cerca de él en una ocasión. Pero cuando estaba dirigiéndose a la puerta, su voz grave y profunda la detuvo.

—No tengas tanta prisa, Lacey.

Al volverse, vio que la observaba con un gesto retador que ya había percibido a lo largo de la entrevista... Como si disfrutara inquietándola.

—¿Por qué no me acompañas? —preguntó en un tono indiferente que contrastaba con la intensidad de su mirada. —Apenas has podido preguntarme nada de interés.

—¿Adónde? —balbuceó ella, turbada y excitada por la mirada de fuego con la que él la recorrió antes de volver a mirarla a los ojos. ¿Vería

el pulso palparle en la garganta o cómo se le habían endurecido los pezones?

Él le dedicó una sonrisa cargada de insinuaciones y ella tuvo que tomar aire para aflojar el cinturón de hierro que le presionaba los pulmones

«Respira, Lacey, respira. Tú puedes con esto».

—A París, por supuesto —dijo él, ampliando la sonrisa.

El atractivo hoyuelo asomó, tan parecido y tan distinto al de su hija.

—Supongo que bromeas —consiguió decir ella.

¿Por qué jugaba con ella y por qué la miraba como si verdaderamente quisiera que aceptara la invitación?

—Lo digo completamente en serio —dijo él, entornando los ojos.
—De hecho, necesito una acompañante para el Baile Durand de esta noche.

—Pero yo soy periodista de una revista de sociedad —dijo ella.

Sabía perfectamente la hostilidad que Cade sentía hacía el periodismo de celebridades. Se lo había hecho notar nada más entrar en su despacho, aunque a continuación hubiera adoptado una actitud mucho más inquietante y cargada de posibilidades.

Al principio había pensado que se lo imaginaba, pero era evidente que flotaba en el aire, despertando sus sentidos y tentándola a aceptar su oferta, aunque supiera que no debía hacerlo.

No podía caer de nuevo bajo su hechizo porque ya no estaba sola, sino que implicaría a la hija cuya existencia le había ocultado todos aquellos años.

Él enarcó una ceja y, sin dejar de sonreír, contestó:

—Por eso mismo. ¿No es esta la oportunidad que todo periodista de sociedad quiere: verme en mi hábitat natural?

Lacey no quería despertar su suspicacia, así que dijo:

—Claro, pero... ¿de verdad quieres darme acceso a tu vida personal?
—lo dos sabían que no podría escribir nada que él no aprobara, pero Brandon jamás había hecho algo así con anterioridad—. Sobre todo, teniendo en cuenta lo de Misty.

En lugar de parecer ofendido o molesto, Brandon se limitó a mirarla antes de reírse.

—Touché —dijo. Entonces la miró con aquella intensidad que le elevaba la temperatura y con un brillo de genuino regocijo en sus cautivadores ojos, añadió—: ¿Acaso estás pensando en escribir tú también sobre mis proezas sexuales, Lacey?

Ella sintió que las mejillas le ardían.

—¡Por supuesto que no!

Sin dejar de sonreír al ver su azoramiento, él contestó:

—Entonces no hay ningún problema ¿no?

—Supongo que no —dijo ella.

No se dio cuenta de que había aceptado hasta que Brandon comentó:

—Imagino que habrás traído tu pasaporte para pasar el control de seguridad.

—Sí, pero...

Antes de que Lacey pudiera contestar, Brandon miró por encima de ella hacia su ayudante.

—Daryl, di a Jennifer que reserve una habitación para la señorita Carstairs en el George V. Y avisa al piloto de que nos acompañará en el vuelo.

—Espera un momento —dijo ella, parándose en seco al sentir una corriente eléctrica cuando él la tomó por el codo para dirigirla hacia la puerta

Él frunció el ceño a la vez que ella se soltaba y Lacey tuvo la convicción de que también lo había notado.

—No tengo nada que ponerme para el baile —concluyó la frase, aferrándose al aspecto meramente práctico de la situación al tiempo que se frotaba el codo mecánicamente.

«Y tengo una hija de cuatro años a la que debería leerle un cuento esta noche».

Él asintió, mirándola sin el menor atisbo de la jovialidad previa. También él lo había notado y por alguna extraña razón, confirmarlo hizo que el calor que Lacey sentía en sus entrañas se acentuara. Al mismo tiempo, la asaltó un sentimiento de culpabilidad, no ya por Ruby, a la que podía dejar al cargo de su hermana Milly, sino por no haber desvelado su existencia al que, sin saberlo, era su padre.

«Tomaste esa decisión hace cinco años. Ruby es tuya, no de él. Tú decidiste tenerla sin contar con él».

Brandon había cortado cualquier lazo con ella en aquel mismo instante, arrancándola de la laxitud posterior al sexo y lanzándola a la fría realidad cuando todavía seguía echada sobre el escritorio con el corazón acelerado y los senos sensibles por sus besos.

«Esto ha sido un error y no volverá a pasar. El preservativo se ha roto, así que, si hubiera alguna consecuencia, llama a mi oficina y nos ocuparemos de ello».

Lacey trató de recordar la crueldad con la que la había tratado, pero la culpabilidad y la vergüenza atenazaron su garganta al darse cuenta de que el sentimiento que la dominaba era de otra naturaleza, mucho más perturbadora; el mismo que le había hecho cometer una locura años atrás.

Él retiró la mirada de su sofocado rostro para volverse hacia su asistente.

—Dile a Jennifer que mande una estilista a vestir a la señorita Carstairs al hotel.

—Muy bien, señor Cade.

En cuanto Daryl se fue, Brandon indicó la puerta con la mano. Viendo que no se atrevía a volver a tocarla, Lacey sintió cierta satisfacción al darse cuenta de que ejercía algún poder sobre él.

—Tú primero —dijo él.

«No he aceptado la invitación».

Lacey estaba a punto de decirle que actuaba con una inaudita arrogancia cuando lo miró a los ojos, de un verde tan oscuro como los de su hija, y se dio cuenta de que tal vez fuera la única oportunidad de llegar a conocerlo. O al menos lo suficiente como para asegurarse de que había tomado la decisión correcta al no decirle que estaba embarazada.

Quizá había llegado el momento de dejar de huir y averiguar si el padre de Ruby merecía saber que tenía la hija más inteligente y adorable del mundo.

Capítulo 3

FANTÁSTICO trabajo, Lacey. ¿Cómo has conseguido que Cade te invite a París?

«Ni idea».

Lacey estaba en el balcón de la lujosa suite del hotel parisino, contemplando la iluminada torre Eiffel en la distancia, mientras hablaba con su editora jefa.

—Supongo que quiere limpiar su imagen respecto a Misty —dijo, aunque no lo creyera.

Lo cierto era que no entendía los motivos de Brandon, al que no había visto desde que la había acompañado a la puerta de la habitación, cuatro horas antes.

Para mantener una apariencia de trabajo, había intentado seguir entrevistándolo en el helicóptero, pero el ruido de la cabina lo había hecho imposible. Y Cade había parecido encantado de ignorarla en cuanto se habían puesto los cinturones.

«Afortunadamente».

Su actitud taciturna había sido un alivio después de la intensidad de los veinte minutos que habían pasado en el despacho. Había necesitado unos minutos para apaciguar su mente, además de escribir un mensaje a su hermana para que acostara a Ruby y la llevara al día siguiente a la guardería.

Como siempre, Milly, con la que vivía desde el nacimiento de Ruby, había estado encantada de ocuparse de su sobrina. Y Lacey sabía que a Ruby no le sorprendería que su madre tuviera que trabajar hasta tarde.

Pero eso no impedía que se sintiera culpable una vez que se había encontrado en aquella increíble suite, en manos de una estilista francesa,

que había elegido para ella un impresionante vestido de pedrería, así como de una peluquera y maquilladora.

«¿Qué estoy haciendo aquí? Estoy completamente fuera de lugar».

—¿Invitando a una periodista de Splendour al Baile Durand?
—Melody rio. —Es maravilloso. Podemos enfocarlo desde el punto de vista de una cenicienta. A los lectores va a encantarles. Una mujer trabajadora, madre soltera, que acude al baile del brazo de...

—Ni hablar, Melody —la interrumpió Lacey con el corazón en un puño. —No quiero mencionar a Ruby en el artículo —y menos, que Brandon leyera sobre la niña y sacara sus propias conclusiones antes de que ella hubiera decidido qué hacer.

—¡Qué lástima! A los lectores les habría entusiasmado —Melody suspiró y Lacey la imaginó haciendo un mohín.

—Déjame tomar las decisiones a mí, Melody. Cade se muestra extraordinariamente cooperativo. Puedo escribir un gran artículo con el glamour y el brillo del Baile Durand como fondo de una cita con Brandon Cade y crear un ambiente Cenicienta sin nombrar a Ruby —explicó Lacey, intentando que Melody no percibiera su incomodidad.

Ella no tenía nada de Cenicienta. Tenía una carrera que se había forjado, renaciendo de las cenizas, después de que Cade Inc. la despidiera. Incluso había ahorrado bastante como para comprarse un piso de dos dormitorios en Hackney. Pero sería sencillo describirse como una mujer con los ingresos justos, fascinada por un mundo de lujo tan distinto a su vulgar realidad.

Gastaba todo su salario en facturas y en la guardería de Ruby, y no tenía ninguna vida social desde que la niña había nacido, porque prefería dedicar a su hija todo el tiempo posible. Y aunque escribía sobre millonarios y famosos, no tenía experiencia de primera mano en el estilo de vida que alguien como Brandon Cade consideraba normal.

Excepto en una ocasión, cinco años antes, cuando había recibido una invitación para acudir a la fiesta de inauguración del nuevo canal por cable de Cade Inc. en un club del Soho, y se había adentrado en aquel mundo una noche que había cambiado su vida.

Bajó la mirada al vestido centelleante que se abrazaba a su cuerpo, enfatizando las curvas que habitualmente resultaban poco femeninas. La ropa interior también redondeaba sus senos, aumentando su tamaño.

Podía sentir las horquillas que ajustaban las extensiones que la peluquera le había puesto para hacerle un moño que desafiaba las leyes de la gravedad. Y pensó en la sombra con purpurina de efecto ahumado y el lápiz de labios que le habían hecho sentirse irreconocible cuando, tras ser maquillada, se miró en el espejo.

Se sentía tan alejada de su medio habitual como si estuviera en la luna.

—Muy bien —dijo Melody, adoptando un tono profesional. —Puesto que tú has conseguido esta oportunidad, queda en tus manos. Pero ojalá consigas averiguar algo sobre lo que verdaderamente piensa de Misty Goodnight.

«Para eso tendría que bajar la guardia, y a Brandon nunca se le escapa nada que no quiera decir».

Se guardó el pensamiento para sí.

—Por supuesto.

Oyó que llamaban a la puerta y el corazón se le aceleró al instante. Colgó y guardó el teléfono en el bolso.

El latido de su corazón la ensordeció mientras iba hacia la puerta sobre las sandalias de pedrería cuyos tacones se hundían en la moqueta.

Tragó saliva para dominar el pánico.

«Es una magnífica oportunidad para conocer al padre de Ruby y de perdonar a la joven atolondrada de hace tanto tiempo».

—No puede intimidarte si no se lo permites —se dijo en voz baja.

Luego abrió la puerta con una fingida seguridad en sí misma.

Y se quedó sin aliento.

Brandon le daba la espalda, con sus anchos hombros marcados por un esmoquin hecho a la exacta medida de su musculoso torso, estrechas caderas y largas piernas. El cabello negro, muy corto, acentuaba la forma perfecta de su cráneo.

Se volvió y sus ojos verde-musgo la recorrieron sin disimulo, posesivos, insolentes, dejándola sin aliento. Al instante, Lacey volvió a sentirse como la joven inocente atrapada en el foco de luz de la atención de Brandon Cade, ansiosa por conseguir su aprobación, con el corazón latiéndole con tal fuerza que temió que fuera a escapársele del pecho.

Entornando los ojos, Brandon fijó la mirada en su moño.

—¿Qué te has hecho? El cabello te ha crecido varios centímetros en unas horas.

El espontáneo comentario permitió que Lacey se relajara y pudiera volver a respirar.

—Gigi, la peluquera, ha hecho magia —contestó.

Él rio suavemente y le ofreció el brazo. Lacey se lo tomó y el corazón volvió a acelerársele en cuanto sintió su músculo tensarse bajo los dedos y aspiró el aroma a limpio y a una colonia ácida que recordaba tan vívidamente del pasado.

Brandon la atrajo hacia sí hasta que su mano rozó su torso y fueron hacia el ascensor mientras Lacey se preguntaba cómo era posible que hubiera acabado una vez más a merced de aquel hombre y, más aún, cómo iba a lograr conservar su secreto y dominar las ingobernables sensaciones que despertaba en ella.

—Tu acompañante es muy bella, Cade, pero me ha sorprendido —comentó Maxim Durand, el viticultor millonario que celebraba aquel baile anual coincidiendo con el inicio de la estación.

Brandon sonrió mientras observaba a Lacey, que charlaba con la mujer de Maxim y con su hijo Pascal, de cuatro años, desde que habían llegado.

Durand estaba tan orgulloso de su familia que le acompañaban allí donde iba. Y Brandon tenía que reconocer que los niños eran encantadores, aunque el pequeño que Maxim llevaba en brazos lo miraba con una fijeza que le resultaba inquietante.

—¿Por qué te ha sorprendido? —preguntó distraído, aunque sabía que a más de un invitado le había llamado la atención que fuera acompañado de una periodista de sociedad.

Aquel era el tipo de evento del que se intentaba excluir a la prensa. Pero lo cierto era que Lacey no parecía estar esforzándose por aprovechar la oportunidad que él le había proporcionado... Lo que, por otro lado, le resultaba desconcertante.

Había oído su exclamación contenida cuando habían entrado en el palaciego salón de baile del histórico hotel de época napoleónica. De los techos con pinturas al fresco con dioses de la mitología griega colgaban grandes arañas. Impactantes columnas de mármol y bustos de bronce contribuían al general esplendor de la abigarrada decoración.

Una orquesta barroca sonaba de fondo del murmullo de voces y el entrechocar de cristal y vajilla del bufé de alta cocina desplegado en la sala de banquetes aledaña. Cuando la recepción concluyera, un reducido grupo de los invitados disfrutaría de la actuación del ballet de la Ópera de París, seguida de un grupo de música que habitualmente actuaba en estadios de fútbol.

En el baile estaban todas las personas relevantes del mundo de los negocios, la política y el entretenimiento, y Brandon había asumido que ella intentaría conseguir alguna otra exclusiva, pero parecía más incómoda que ansiosa por aprovechar una oportunidad de oro en su carrera.

—¿No salgo siempre con mujeres hermosas? —añadió.

Pero era cierto que todavía no había llegado a dominar el impacto que le había causado verla cuando la había recogido. Lacey Carstairs era espectacular sin tener una belleza convencional. Sus ojos rasgados habían resultado aún más sensuales con el maquillaje, y el vestido, que se pegaba a su cuerpo como una segunda piel, acentuaba su figura de aire adolescente y sus elevados senos. Para rematar el conjunto, el brillo en sus labios había despertado en él el deseo inmediato de besarla, igual que el elaborado peinado había provocado cosquillas en sus dedos con el impulso de quitarle las horquillas y acariciar los rizos que se ocultaban debajo.

El deseo de tocarla, saborearla y torturarla de placer llevaba obsesionándolo toda la velada, aun cuando se reprendiera por haberla invitado tan impulsivamente.

—Sí, pero no sueles salir con periodistas, mon ami —aclaró Durand. —Creía que tu último ligue te habría escarmentado.

Durand tenía razón, y Brandon no llegaba a entender por qué había insistido aún más cuando ella se había mostrado reticente. ¿Habría caído en la vieja trampa de sentirse atraído por una mujer que representaba un reto? ¿Y por qué tenía la sospecha de que su vacilación había tenido que ver directamente con la idea de ir con él? Estaba acostumbrado a que las mujeres lo encontraran intimidante, pero no a ser tan consciente de sus emociones.

Y era precisamente esa capacidad de percibir sus cambios de humor lo que despertaba en él la curiosidad de averiguar lo más posible sobre ella. Por eso había dedicado la hora siguiente a dejarla en su suite a buscar en Internet. Pero no había descubierto nada, lo que era en sí mismo extraño: ¿Cómo era posible que una periodista dedicada a las celebridades no dejara

ninguna huella online ni tuviera ninguna red social? Parecía haber surgido de la nada dos años antes, con su primera colaboración para Splendour.

Aún más extraño era que aquel misterioso pasado no hubiera hecho nada por aplacar su deseo. No le gustaban las sorpresas y actuar con temeridad no formaba parte de su ADN. Sin embargo, el deseo de acostarse con ella, lejos de mitigarse, aumentaba.

—Aunque tengo que reconocer que a Cara parece caerle muy bien, y mi mujer tiene muy buen criterio —comentó Durand sin ocultar su orgullo por su rubia esposa, que se encontraba de nuevo embarazada. —Además, tu acompañante lleva aquí más de una hora y nadie se ha quejado de su presencia. Puede que dures con ella más de lo que imaginas —añadió con gesto pensativo al tiempo que su hija le tiraba del pelo.

Brandon rio con escepticismo. Aunque fuera cierto que Lacey Carstairs despertaba su interés y su deseo y hubiera algo en ella que lo intrigaba porque le resultaba en cierta forma familiar, él nunca mantenía relaciones duraderas.

—Creo que te equivocas, pero ¿qué te hace decir eso? —preguntó sin dejar de sonreír.

Aunque en aquella ocasión se equivocara, Brandon respetaba la opinión de Durand.

—Porque también le cae muy bien a mi hijo. A tu Lacey le gustan los niños, es cálida, afectuosa y sincera. Unos atributos que no he visto antes en ningún periodista de la prensa rosa inglesa.

El comentario de Durand sumió a Brandon en una total confusión. ¿Desde cuándo le habían importado aquellas cualidades en una mujer? Más aún ¿cómo era posible que la idea de que se le dieran bien los niños le resultara excitante, en lugar de provocarle rechazo?

Durand sonrió divertido al ver su gesto de contrariedad, pero tuvo que excusarse cuando su hija empezó a llorar.

—Es hora de acostar a los niños —dijo, mientras la niña volvía a tirarle del pelo.

Cruzaron el salón y cuando ya estaban cerca, Lacey lo miró y Brandon sintió la sangre fluir hacia su entrepierna.

Durand besó a su mujer y Cara le sonrió con un amor que Brandon encontró desconcertante, al mismo tiempo que en los ojos de Lacey intuía un patente anhelo.

Una sensación incómoda y desconocida lo asaltó.

«Es imposible que sientas celos», se dijo. Pero tuvo que hacer un esfuerzo para relajarse mientras los Durand se excusaban para ir a acostar a los niños. Cuando la pareja se alejaba, Lacey, que los siguió con la mirada, musitó:

—¡Qué familia tan maravillosa! Parecen muy felices.

—Supongo que sí —comentó Brandon.

Lacey lo miró con una mezcla de curiosidad y tristeza.

—¿No te parece que sean felices?

Aunque usó un tono neutro, Brandon pensó que lo miraba como si su respuesta fuera importante para ella.

Había esperado que intentara sonsacarle información sobre su vida privada para el artículo, pero como no se le había pasado por la cabeza que le preguntara su opinión sobre los Durand, lo tomó por sorpresa y respondió con sinceridad.

—Puede que Maxim y Cara sean felices ahora, pero dudo que sea una felicidad duradera.

En los ojos de Lacey vio brillar un sentimiento de lástima que le hizo ponerse en guardia.

—¿Qué te hace pensar eso? Está claro que se adoran —dijo Lacey sin poder ocultar la tristeza que le producía el cinismo del comentario de Brandon.

Y aunque sabía que no debía sorprenderle y que no tenía sentido que despertara su compasión por él, no pudo evitar sentir lástima y que la recorriera un escalofrío.

Brandon se encogió de hombros con aparente indiferencia.

—No sabes cómo era Maxim antes de conocer a Cara. Era tan reacio a crear una familia como yo.

—¿No crees que la gente pueda cambiar? —preguntó Lacey.

Brandon la miró con suspicacia y ella supuso que pensaba que intentaba sonsacarle su opinión sobre el matrimonio Durand para incluirlo en su artículo, pero, por más que escribiera sobre celebridades, por encima de todo era una mujer de principios.

Había prometido a Cara Durand que no publicaría nada de lo que hablaran, pero bajo la cobertura de que se trataba de trabajo podía

preguntar a Brandon sobre lo que pensaba respecto al amor y el matrimonio

Él rio con un cinismo que la perturbó. ¿Cómo podía dudar del afecto que se tenían los Durand?

—No —contestó. —Porque lo que fuera que sucedió en el pasado para hacer de Maxim un hombre implacable, no puede cambiarse.

«¿Qué te pasó a ti para que seas tan cínico?».

La pregunta reverberó en los oídos de Lacey y tuvo que morderse la lengua para no hacerla en alto. Pero eso no contuvo la compasión que sentía por él.

—¿Y por qué iba a querer cambiarlo, cuando ese mismo pasado es el que le ha dado la fuerza y ambición de construir un imperio partiendo de la nada? —añadió Brandon.

—Pero es evidente que quiere a su esposa y a sus hijos por encima de todo —dijo ella. —Lo que indica que probablemente renunciaría a su éxito antes de poner en riesgo su relación con ellos —concluyó, consciente de que ya no estaba hablando de Maxim Durand.

Las prioridades de la gente cambiaban cuando tenían hijos. Ella jamás había imaginado que se pudiera querer a alguien tanto como ella había querido a Ruby desde el primer instante. La niña era lo más importante de su vida y le entristecía saber que su padre pudiera ser incapaz de sentir lo mismo.

En realidad, si no se había puesto en contacto con él cuando a los diecinueve años se había encontrado sola y embarazada no había sido solo porque temiera su reacción, sino por su propia inseguridad, y había temido no ser lo bastante valiente como para negarse a abortar si él se lo hubiera exigido.

Lo raro era que las respuestas que estaba obteniendo de él no estaban contribuyendo a que se sintiera menos culpable. Porque ya no sentía solo lástima de Ruby por haberle privado de su padre, sino también de él. ¿Y si le había negado la oportunidad de cambiar, tal y como le había sucedido a Maxim al tener hijos?

—Eres una romántica —dijo él en tono desdeñoso.

Pero se equivocaba. No era romántica, sino realista. Había tenido que serlo para sobrevivir.

—Nunca pensé que quienes escribís sobre las sandeces sentimentales de tipos como yo creyerais en ellas —añadió Brandon.

Que se riera de ella con aquella arrogancia irritó a Lacey.

—Así que «sandeces sentimentales». No sabía que fueras un lector habitual de Splendour —dijo, sarcástica.

Brandon rio.

—Habitual, no. Pero tengo que reconocer que has conseguido despertar mi curiosidad —dijo, mirándola con una intensidad en la que Lacey vio por primera vez aprobación. —No eres en absoluto como había imaginado.

La sorpresa de haberle causado una buena impresión fue seguida de preocupación al notar un intenso calor entre las piernas al ver la mirada ardiente con la que la observaba.

—Y aunque no me gustan los clichés, tengo que admitir que estás aún más espectacular cuando te enfadas, Lacey.

Se quedaron mirándose y el calor y el abierto deseo en los ojos de Brandon hicieron arder la piel de Lacey y le endurecieron los pezones. Pero que tuviera una buena opinión de ella era aún más excitante... y aterrador

—Tanto como para incumplir mi regla de oro —continuó Brandon.

—¿Cuál? —preguntó ella con la respiración agitada cuando quería haber sonado indiferente.

—No acostarme nunca con una mujer que crea que puede cambiarme.

Posó la mano en la mejilla de Lacey, sobresaltándola cuando le acarició los labios con el pulgar mientras la miraba con un brillo posesivo en sus ojos que le impidió desviar la mirada, o conseguir que le funcionaran los pulmones.

La luz se amortiguó y los invitados se dirigieron al salón en el que iba a tener lugar la actuación del Ballet de la Ópera de París, pero ellos dos permanecieron en un rincón del salón de baile, en la penumbra. Lacey, con el corazón acelerado, intentaba hacer acopio de todas las razones posibles por las que debía impedir que la tocara, pero su cuerpo hizo oídos sordos a sus instrucciones cuando Brandon la tomó por el cuello y la atrajo hacia sí.

—Eres verdaderamente exquisita —susurró, y acercó sus labios a los de ella.

¿Por qué nunca habría sentido nada igual con ningún otro hombre?
¿Se debía solo a que era el único hombre con el que había hecho el amor,
porque era el padre de su hija?

Lacey se abrazó a su cintura, por debajo de la chaqueta, y sintió sus músculos tensarse

—La estilista se alegrará de saber tu opinión —dijo.

La risa de Brandon se transmitió a ella a través de su cuerpo.

—No me refiero al vestido —dijo, atrayéndola por la cintura para hacerle sentir hasta qué punto la deseaba. —Lo que me interesa es lo que hay debajo.

Lacey parpadeó, sintiendo la excitación inundarla como una ola gigante.

—No creo que sea una buena idea —fue lo único que pudo articular.

Una llamarada prendió en los ojos de Brandon. Le tomó el rostro entre las manos.

—Lo sé —musitó. Antes de atrapar sus labios en un beso posesivo, exigente.

Lacey sofocó una exclamación al sentir la intensidad del deseo que le ardía en las entrañas. La lengua de Brandon exploró la cueva de su boca con un ansia y una ferocidad que ya conocía.

La parte de su cerebro que se esforzaba por seguir funcionando le exigía que pusiera fin a aquello, pero la embriagadora sensación de ser deseada por él era tan poderosa que solo fue capaz de rendirse.

Una rendición que, inconscientemente, había estado esperando cinco años a que se repitiera.

Y se encontró devolviendo el beso con el mismo fervor, buscando la lengua de Brandon, aferrándose a su camisa para tirar de él. Con el cuerpo temblándole de deseo, se puso de puntillas, correspondiendo al apetito de él con el ansia y el anhelo tanto tiempo reprimido.

El beso se volvió primario, devastador, una batalla de deseos. Lacey separó los labios, intentando recuperar una mínima sensatez, pero su agitada respiración le provocó una sensación de mareo.

Brandon la asió por las nalgas y la presionó contra el definido bulto de sus pantalones al tiempo que le besaba el cuello. Lacey exhaló, temblorosa, entregándose a sus caricias. Echó la cabeza hacia atrás y su

mente se deslizó hacia la zona prohibida donde lo único que importaba era explorar aquella devastadora necesidad de sentir.

Súbitamente, Brandon se separó de ella, la miró fijamente y alzó las manos a su rostro. Lacey respiró con satisfacción al notar cuánto le temblaban.

Sí. También él la deseaba. Como cinco años antes. Pero ella ya no era la jovencita que se quedaría destrozada cuando la noche terminara.

—Quiero acostarme contigo —masculló él.

Lacey sabía que debía negarse, pero durante todos aquellos años, había detestado a la joven inocente que se había entregado con tanta facilidad, que se había creído enamorada de Brandon sin apenas conocerlo y por permitir que su rechazo la destrozara.

¿No merecía esa joven, ya convertida en mujer, explorar de nuevo aquella poderosa química, pero desde una posición de fuerza, en sus propios términos y no en los de él?

Embriagada por el deseo que le fluía por las venas, asintió con la cabeza.

Capítulo 4

LOS minutos siguientes, mientras Brandon la conducía por el vestíbulo hacia la amplia escalera que llevaba a sus suites, pasaron en una nebulosa. Lacey se sentía flotar entre la euforia y el temor.

La voz de su fuero interno que le exigía detener aquella locura quedaba ahogada por el ensordecedor latir de su corazón y por el fuego ardiente que le quemaba las entrañas.

—¿Tu suite o la mía? —preguntó Brandon entre dientes cuando llegaron a la primera puerta.

—No-no sé —balbuceó ella.

—La mía es más grande —dijo él.

Y un segundo más tarde, con la cabeza dándole vueltas y el cuerpo anhelante, Lacey se encontró en la entrada sumida en la penumbra de la suite presidencial. Brandon la guio a través de un salón exquisitamente decorado hasta la terraza. La luna llena y las luces de la torre Eiffel parecían tan próximas que Lacey pensó que bastaría alargar las manos para tocarlas.

Pero entonces Brandon la giró hacia sí y ya solo lo vio a él, alto, guapo, irresistible. Brandon se quitó la chaqueta, la tiró al suelo y, tomando a Lacey por las caderas, la pegó contra su cuerpo.

Agachó la cabeza y le mordisqueó el cuello. Ella hundió los dedos en su corto cabello y se apretó contra él, sintiendo cómo los pezones se le endurecían al rozar su pecho.

Brandon levantó la cabeza. La respiración agitada de ambos rompía el silencio de la noche. Él rio quedamente y Lacey se preguntó qué había hecho para provocar su risa. Entonces él la tomó por la barbilla y alzó su rostro.

—Prométeme que no vas a publicar esto.

Lacey parpadeó, sorprendida por el comentario. El torrencial deseo que la recorría le impedía pensar. Pero súbitamente, recordó quién era, qué hacía allí, cuánto se había esforzado para alcanzar su posición... Era una mujer adulta con una profesión, una vida y una niña pequeña para la que aquel hombre podía representar incluso una amenaza

«Eres idiota. El poder que has creído tener es una ficción, un engaño. Él tiene todo el poder. Siempre lo ha tenido».

Arrancándose de sus brazos, se tambaleó hacia atrás. Al llevarse la mano a la cabeza se dio cuenta de que Brandon le había deshecho el moño y, quedándose con las extensiones entre los dedos, pensó que eran una metáfora de la fantasía rota.

El corazón le latía con tanta fuerza que temió que Brandon pudiera oírlo.

—Te-tengo que marcharme —musitó.

Pero cuando intentó volver al interior, él la sujetó por la muñeca.

—¿Dónde vas?

—No puedo seguir... No-no sería profesional —dijo ella, buscando cualquier excusa que acallara las voces que la impulsaban a disfrutar del placer sin temer las consecuencias.

—¿Estás de broma? —preguntó él, más sorprendido que molesto.

—No —dijo ella, retorciendo el brazo para soltarse y frotándose la muñeca—. Y, por si no lo sabes, no escribo pornografía.

Entró en la habitación precipitadamente.

—Vuelve aquí —gritó él. En aquella ocasión Brandon la sujetó por los hombros y la hizo volverse. —No pretendía ofenderte.

Lacey se rodeó la cintura con los brazos, pero, aunque sabía que debía irse antes de que volviera a apoderarse de ella la locura, no consiguió moverse mientras Brandon acariciaba el mismo punto en su cuello que unos segundos antes había besado.

—Claro que sí —dijo, sabiendo que la intención de Brandon era lo de menos y que debía concentrarse en no dejarse vencer por el palpitante deseo que sentía entre los muslos.

Brandon dejó escapar una risa áspera dirigida hacia sí mismo que la desarmó.

—Supongo que tienes razón —juntó las palmas de las manos en un gesto de petición de disculpas. —Pero en mi defensa tengo que aducir que soy un tipo cínico y tú una periodista que puede hacerse rica sacando a la luz mis secretos —añadió en tono de broma.

A Lacey le inquietó la emoción que le produjo su sinceridad, y más al recordar que su vida privada acababa de ser expuesta al escrutinio público por una mujer.

Había asumido que nadie podía herirlo, pero quizá se equivocaba. Había querido engañarse creyendo que aceptaba la invitación a París para conocerlo mejor, pero tampoco aquella era toda la verdad.

También había influido la apasionada química que ya había hecho descarrilar su vida en una ocasión... dando lugar a Ruby. Y lo cierto era que seguía sintiendo una enorme curiosidad por saber cómo era en realidad

—¿Tienes muchos secretos? —preguntó sin pensárselo.

—¿Lo preguntas como mujer o como periodista?

—Como mujer.

Brandon sonrió y, por primera vez, su hoyuelo resultó tan encantador como el de su hija.

—Sí. Tengo muchos.

Acarició la mejilla de Lacey y luego bajó lentamente los dedos por su garganta y su pecho, hasta describir la curva de sus senos. Ella sintió la respiración de nuevo acelerada y el corazón bombeándole el deseo por todo el cuerpo.

—Pero... ¿quién no los tiene? —añadió Brandon.

Lacey se sobresaltó, temiendo que se refiriera a Ruby, pero antes de que el pánico la dominara, él continuó:

—Es lo que hace que el sexo sea tan excitante: descubrir los secretos de una mujer, averiguar cómo hacerle gemir, qué le produce placer, que se retuerza de deseo...

Lacey exhaló el aliento que el temor le había hecho contener, pero con el alivio llegó un nuevo golpe de deseo cuando Brandon describió un círculo con el pulgar alrededor de su pezón, que se endureció bajo la tela.

Él solo estaba interesado en el sexo. Puro sexo.

—Déjame descubrir tus secretos, Lacey —le susurró él al oído al tiempo que sus dedos buscaban la cremallera en el lateral del vestido y la

deslizaba hacia abajo—. Te prometo que no saldrán de esta suite —añadió en un tono seductor que la hizo enloquecer de deseo. —Solo te pido una noche.

—Vale —dijo ella, exhalando bruscamente.

—Buena chica —dijo él al tiempo que le bajaba el vestido y la miraba. Las luces de la ciudad se reflejaban en sus ojos, dándole un aspecto saturnino. —¡Dios mío, qué hermosa eres! —musitó.

Posó las manos sobre sus senos, por encima del sujetador de encaje, e inclinó la cabeza para mordisquear uno de sus pezones a través de la delicada seda.

Ella le asió la cabeza con la respiración agitada, consiguiendo mantenerse erguida a duras penas, sintiendo demasiado y al mismo tiempo queriendo más.

—Yo... Por favor... Quiero... —tartamudeó, presionándole la cabeza, queriéndolo más cerca.

—Lo sé — dijo él, retrocediendo y tomándola en brazos como si fuera una pluma.

El corazón de Lacey retumbó en su pecho mientras se abrazaba al cuello de Brandon y él la llevaba al dormitorio, cuya pieza central era la cama gigante. Por la puerta de cristal Lacy podía divisar las luces de la icónica torre, como un faro en la noche, pero cuando Brandon la depositó en el suelo ya solo fue consciente del deseo que la recorría

Brandon la giró hacia la terraza, le desabrochó el sujetador y sus manos acariciaron sus senos y los húmedos pezones. Ella se arqueó contra él, dejando que le tomara los brazos y se los levantara hasta su cuello para recorrerla con sus manos, provocando un hormigueo por su piel.

Brandon empujó el vestido desde la cintura, dejándolo caer como una masa de seda centelleante y aplicó sus labios a su cuello, logrando, tal y como había prometido, que se retorciera de placer.

—Mírate, Lacey.

Ella abrió los ojos y vio su reflejo en el cristal, desnuda excepto por las bragas de encaje bajo las que se intuía la sombra de su pubis. Su cuerpo pálido y menudo, presionado contra el de él, que la enmarcaba, masculino y poderoso, a su espalda.

Sus manos la acariciaban ávidamente, amasando sus senos, pellizcándole los pezones, haciendo que ella se pegara a él, jadeante, ansiosa.

—Esta noche eres mía. Lacey —musitó él, deslizando una mano por debajo de sus bragas y encontrando el centro de su placer. —Dilo —añadió con voz ronca.

—Sí... Soy tuya —dijo ella, olvidando toda cautela en la desesperada búsqueda del placer mientras él la atormentaba con sus hábiles dedos.

—Quiero que te mires, Lacey —dijo él.

Ella se obligó a abrir los ojos y se vio reflejada en el cristal, su cuerpo frotándose contra el de él.

—Córrete para mí —dijo Brandon, provocándole un brutal y liberador orgasmo.

Lacey gimió, se arqueó y se meció bajo su perfecta manipulación. Y el placer siguió reverberando por su cuerpo mientras él persistía en sus caricias y ella alcanzaba el clímax.

Cuando colapsó contra él, Brandon mantuvo su mano firme. Ella le sujetó la muñeca y susurró:

—Por favor, es demasiado.

Brandon retiró la mano, pero la hizo volverse y, tomándole el rostro entre las manos, le pasó el pulgar por los labios.

Lacey pudo probar su propio sabor y una sensación erótica y pulsante se alojó en sus entrañas mientras él la tomaba en brazos y la depositaba en la cama.

Lacey le vio desnudarse, observó sus esculpidos músculos, la sombra del vello que bajaba por su vientre hasta coronar su sexo. Devoró con los ojos su belleza masculina y luego fijó la mirada en la columna erecta, larga y gruesa, que, propulsada hacia adelante, era la prueba tangible de su deseo.

Entonces subió la mirada a sus ojos mientras él gateaba sobre ella, atrapando su cuerpo y quitándole las bragas

Luego la besó con un deseo enfebrecido, desesperado.

—Todavía no hemos acabado, Lacey —dijo en un tono entre la amenaza y la promesa.

Y a continuación, bajó los labios hasta sus pezones, chupándolos y succionándolos por turnos hasta que Lacey se retorció y gimió de nuevo. Entonces continuó su recorrido hacia abajo, le abrió las piernas y añadió:

—Solo hemos empezado —y sopló sobre su sexo.

Luego aplicó los labios a su húmedo núcleo. Lacey se sacudió y gritó ante una sensación demasiado intensa y al mismo tiempo no lo bastante. Lamiendo y acariciándola con sus labios, la arrastró una vez más al borde del abismo antes de atrapar su hinchado clítoris y succionarlo con fuerza. Un nuevo orgasmo la recorrió, aún más intenso que el anterior, recorriéndola en una sucesión de oleadas a cual más poderosa.

Una vez se desplomó, exhausta, con la respiración entrecortada, él se colocó sobre ella y Lacey vio desde la nebulosa de su cerebro que se colocaba un preservativo.

Luego la tomó por las caderas, colocó el extremo de su sexo en la entrada de su cueva y se adentró en ella de un solo y decidido embate.

Un gemido gutural que Lacey no reconoció como procedente de su garganta resonó en la habitación. Los orgasmos la habían dejado lubricada y facilitaron la invasión. Recordó que su tamaño extendía al máximo sus músculos internos y, al tiempo que las oleadas volvían a replicarse, se sintió dominada y poseída.

—Agárrate a mí... —masculló Brandon.

Ella se asió a sus sudorosos hombros y se dejó llevar por sus movimientos de avance y retroceso con los que la condujo a nuevas alturas en las que descubrió un placer aún más frenético e intenso que el anterior.

En aquella ocasión, el orgasmo fue tan poderoso que la dejó casi inconsciente. Como si le llegara de muy lejos, oyó el gemido de Brandon al alcanzar el suyo y juntos cayeron en el mismo abismo de refulgente placer

Brandon se elevó sobre los codos para no aplastar a Lacey y rodó a su lado, con el cerebro todavía fundido por el cegador orgasmo.

Sentía el cuerpo alterado, reanimado. Nunca se había sentido, excepto en una ocasión, tan sincronizado con otra persona.

Frunciendo el ceño, giró la cabeza hacia el hombro de Lacey. Ella rodó sobre el costado, en dirección opuesta a él y se ovilló. El ritmo pausado de su respiración indicaba que estaba profundamente dormida.

«¿Quién eres?».

¿Cómo era posible que hubiera respondido con una entrega tan total? Que cada gemido, susurro y estremecimiento hubieran hecho aún más voraz su propio apetito...

¿Estaría actuando?

Brandon habría querido que fuera así, pero estaba seguro de lo contrario. Cuando le había pedido que no usara para su artículo lo que iba a suceder, ella se había ofendido genuinamente y había estado a punto de marcharse

Brandon seguía sin entender por qué no la había dejado ir, porque ya antes de haberla hecho alcanzar hasta tres orgasmos, había sido consciente de que había entre ellos una conexión de una intensidad que iba a resultarle difícil dominar.

Debía despertarla y pedirle que se fuera. Él nunca dormía con ninguna mujer, por temor a que creyeran que había entre ellos algo más que puro sexo. Pero cuando se volvió y posó una mano sobre su hombro, fue incapaz de sacudirla, y su mano, por voluntad propia, se deslizó por su espalda hasta la curva de su cadera.

Ella se removió, pero permaneció dormida. El murmullo de su respiración y la suavidad de su piel volvieron a encender el deseo de Brandon. Aspiró profundamente la mezcla de perfume y de olor a sexo de su piel y su miembro se endureció contra las nalgas de ella al tiempo que una sucesión de recuerdos lo asaltaban: otra mujer, una joven, igualmente anhelante y entregada que le había hecho perder la cabeza en el espacio de unas horas.

Masculló un juramento y se separó de la mujer que ocupaba su cama. ¿Cómo era posible que Lacey oliera igual que aquella joven a la que no había conseguido olvidar?

«¿Podría ser...? Vamos, Cade, piensa».

Tomó aire lentamente intentando poner su cerebro en funcionamiento. No podía tratarse de la misma mujer. La habría reconocido y ella habría dicho algo al respecto. Sin embargo, era innegable que desde el instante que la había visto, había revivido la excitación de cinco años atrás.

Alterado por un deseo que no se mitigaba y por sus erráticos pensamientos, se levantó y fue al cuarto de baño. Mirándose en el espejo, con las manos apoyadas en el lavabo, respiró profundamente para controlar

su alterado ánimo. Cuando la erección bajó y el pulso se le desaceleró, pudo empezar a pensar. Se quitó el preservativo y se refrescó el rostro.

Era imposible que Lacey fuera Lizzy Devlin. Pero había una manera de cerciorarse, porque aquella joven tenía una marca que él recordaba tan vívidamente como todo lo relacionado con ella.

Volvió al dormitorio. Lacey permanecía en la misma posición fetal, respirando pausadamente. Brandon encendió la luz de la mesilla y deslizó la sábana hasta descubrirla.

El aliento quedó atrapado en sus pulmones al tiempo que lo cegaba la ira y un juramento escapaba de sus labios al ver una marca de nacimiento en forma de corazón sobre su nalga derecha.

Lacey Carstairs iba a tener que darle muchas explicaciones.

Capítulo 5

LACEY despertó sobresaltada, con el cuerpo vibrante y la mente en una nebulosa. Parpadeó y, al percibir los distintos puntos del cuerpo que le dolían, recordó con nitidez el beso en el salón de baile, el momento de pánico en la terraza de la suite de Brandon y cómo había sucumbido a sus seductoras caricias... apasionada y ciegamente.

Se removió en la cama. El resplandor del amanecer iluminaba el espacio vacío a su lado. Una fina raya de luz brillaba bajo la puerta del cuarto de baño.

«¡Menos mal!».

Aunque no le llegara ningún sonido, Brandon debía de estar allí.

Lacey se envolvió en la sábana y se levantó. Tenía que volver a su habitación antes de que saliera.

Recogió su ropa interior del suelo y, dejando caer la sábana, se la puso, estremeciéndose al sentir el roce de la tela en los pezones y la parte interna de los muslos.

El precioso vestido, arrugado en un montón en el suelo, era la viva prueba del poco sentido común que tenía al revisar una decisión catastrófica de su juventud.

¿Cómo iba a explicarle a Melody que se había perdido gran parte de la fiesta? ¿Y cómo podía justificar haberse acostado de nuevo con Brandon sin haberle dicho que tenía una hija?

Se puso el vestido y buscó los zapatos.

La luz en el cuarto de baño seguía encendida. Se planteó dejar una nota, pero supuso que Brandon ya no tenía el menor interés en ella. Como tampoco ella en él... así que todo resuelto.

Al menos mientras no entrara en la ecuación su hija de cuatro años.

«No pienses ahora en eso. Cuando vuelvas a Londres, puedes reflexionar sobre lo que ha pasado y lo que piensas de él».

En realidad, no había descubierto gran cosa, aparte de confirmar que seguía teniendo el poder de excitarla y hacerle llegar al orgasmo a su antojo.

Tragó saliva para librarse de la mezcla de culpabilidad, vergüenza y temor y caminó de puntillas hacia la puerta con los zapatos en la mano.

En el salón encontró su bolso sobre una mesa. ¿Lo había dejado allí?

Cuando ya llegaba a la puerta, una voz grave en la que se percibía la rabia contenida atravesó la penumbra:

—¿A dónde vas, Lacey?

Ella dio media vuelta y vio a Brandon sentado en una butaca, observándola.

—A mi habitación —dijo con el corazón en la garganta.

«Y en cuanto me vista, a la estación para tomar el primer tren a Londres».

Él encendió una lámpara que había a su lado. Llevaba pantalones de chándal y una camiseta; estaba descalzo. Se puso en pie y fue hacia ella con una determinación que la dejó paralizada.

Cuando la alcanzó, le tomó el rostro entre las manos, pasó el pulgar por sus labios, que estaban hinchados y sensibles. Ella dejó escapar un suspiro. Todavía podía sentir a Brandon en su interior, llevándola a lugares que no había atisbado con ningún hombre.

«¡Concéntrate, Lacey, por Dios!».

Retrocedió un paso para evitar que la tocara.

—¿Por qué tienes tanta prisa, Lacey? —Brandon dejó caer las manos, pero el brillo acerado de sus ojos contrastó con su tono apacible—. ¿O debería llamarte Lizzy?

Lacey se sobresaltó y el nudo de culpabilidad y preocupación que sentía en el estómago se apretó hasta dejarla sin respiración.

—¿Desde cuándo lo sabes? —musitó.

¿Y qué más sabía? El nudo se transformó en una gigantesca serpiente. Pero bajo el escrutinio indignado de Brandon, brotó su propia rabia junto con el dolor que llevaba cinco años sepultado.

En lugar de intentar contenerlo, lo alimentó para poder defenderse. ¿Por qué iba a sentirse culpable por haberse cambiado de nombre? No iba a permitir que la volviera a acusar de tener intenciones perversas, como a la joven a la que había echado de su lado sin molestarse en mirar atrás.

¿Qué derecho tenía a enfadarse con ella cuando la había tratado como un miserable? ¿Y por qué iba ella a disculparse cuando él jamás lo había hecho?

A Brandon le contrarió ver que Lacey, tras la vergüenza y culpabilidad inicial, adoptaba una actitud desafiante.

También le irritó volver a sentir una presión en la entrepierna al ver sus ojos brillar como dos ascuas. Pero no iba a permitir que la atracción que despertaba en él lo distrajera.

Al menos hasta obtener algunas respuestas a las numerosas preguntas que se había hecho mientras esperaba a que se despertara. Que fuera a huir sin siquiera despedirse era prueba suficiente de que no era tan inocente como fingía.

—Puede que no lo sepas, pero tienes una marca de nacimiento muy peculiar en tu nalga derecha —dijo, indicando con los ojos esa parte de su anatomía. —Lo vi la primera vez que intentaste engañarme para comprometerme.

—¿Engañarte? —dijo Lacey, enfurecida. —Hace cinco años no tenía la menor intención de... Eres un insufrible, arrogante, prepotente... —dejó la lista en suspenso cuando no pareció encontrar un insulto lo bastante ofensivo.

—¿Un insufrible, arrogante, prepotente qué, Lizzy? —saltó él, conteniendo la ira a duras penas. —¿Imbécil? ¿Es eso lo que crees que soy?

—No me llames Lizzy —replicó ella. —Me llamo Lacey.

—Lo que me lleva a la siguiente pregunta: ¿por qué te has cambiado de nombre? —preguntó él con desdén. —¿Y por qué en lugar de decirme quién eras en cuanto entraste en mi despacho has vuelto a tenderme una trampa?

—¿Yo te he tendido una trampa? —las mejillas de Lacey adquirieron un intenso rubor—. Te recuerdo que tú me invitaste a venir y que yo intenté declinar la invitación. Pero tu orgullo te impide aceptar una negativa por respuesta.

—Ah sí, hiciste un intento de rechazar la invitación de lo menos convincente. ¿Pretendes que crea que no era parte de tu plan para volver a atraerme a tu cama? —preguntó Brandon, sarcástico.

—¡Vete al infierno! No me importa una mierda... —Lacey calló bruscamente, como si hiciera un esfuerzo titánico para no usar una palabra grosera. Y rectificó—: una migaja lo que pienses.

Por alguna razón inexplicable, a Brandon se le pasó parte del enfado cuando rectificó para acabar sustituyéndola por una palabra tan absurda.

—¿Una «migaja»? —repitió, mordiéndose la lengua para no sonreír.

Aunque sabía que debía estar indignado porque le hubiera engañado y se negara a admitirlo, había algo en la fiereza con la que había reaccionado que despertaba su admiración.

Entonces pensó que era diferente a la joven que él recordaba. Aquella se había quedado callada y atribulada cuando él la había acusado de entregarle su virginidad para intentar comprometerlo. En cambio, la mujer que tenía ante sí parecía la llama de una antorcha.

La mirada de Lacey se aguzó.

—Sí. Evito decir palabrotas en la medida de lo posible —contestó, con una solemnidad que volvió a resultar graciosa a Brandon.

—¿Por qué? —preguntó, sintiendo curiosidad tanto por la respuesta como por el rubor que coloreó sus mejillas.

Ella desvió la mirada, pero no antes de que Brandon viera en ellos un brillo de culpabilidad.

¿A qué podía deberse? Era imposible que tuviera que ver con su elección de vocabulario.

Le tomó el mentón para que volviera a mirarlo, pero la osadía que vio en sus ojos solo contribuyó a aumentar el apetito que despertaba en él.

—¿Por qué intentas evitar las palabrotas? ¿Estás preparándote para hacerte monja? —al ver que Lacey apretaba los labios en un gesto remilgado, añadió burlón—: Porque, basándome en lo que pasó anoche, has elegido la vocación equivocada.

Pasó el pulgar de nuevo por los labios de Lacey y luego lo bajó hacia el latido que palpitaba en su clavícula. Ella lo miró como un pájaro atrapado, con un deseo palpable.

—Tengo mis motivos —dijo, evasiva. Y retrocedió para evitar que la tocara. —Debo marcharme.

La furia que sintió sorprendió a Brandon, pero más aún el dolor que le atravesó el pecho.

—Ni hablar —la tomó por la muñeca—. No voy a permitir que te marches hasta que me contestes,

¿Qué le ocultaba? Como todas las mujeres, suponía que quería algo de él. ¿Por qué no se lo pedía?

Lacey tiró de la mano para liberarla y se la frotó.

—¿Quieres que te diga por qué cambié de nombre? ¡Cómo si no lo supieras! —exclamó fuera de sí.

Pero Brandon no iba a dejarse engañar por sus tácticas de distracción.

—Si lo supiera, no te lo preguntaría.

—Porque me pusiste en la lista negra —dijo Lacey. Y su expresión de dolor hizo callar a Brandon, además de aumentar la presión en su pecho. Ella continuó—: Después de aquella noche, nadie dentro del periodismo daba trabajo a Lizzy Devlin.

—¿De qué demonios estás hablando? —preguntó él perplejo, al tiempo que intentaba recordar qué le había dicho a su asistente al día siguiente.

Recordaba haber actuado impulsivamente, pero solo había pedido a Daryl que se asegurara de que no volviera a encontrarse con ella. La intensa y primaria reacción que había provocado en él lo había alterado profundamente, pero jamás la habría castigado de aquella manera por algo en lo que, tal y como había sido consciente con el paso de las horas, tenía tanta responsabilidad como ella. O mucha más, dado que carecía de toda experiencia.

—Me despidieron fulminantemente al día siguiente —dijo ella, recordando la tristeza y el dolor que le causó la injusticia. —No me dieron ni el finiquito ni una carta de recomendación. Y no pasé el filtro de ninguna otra solicitud de trabajo. Solo me di cuenta de lo que estaba pasando cuando en una de las agencias me recomendaron que me cambiara el nombre, que «fuerzas poderosas», según me dijo, dibujando con los dedos unas comillas, prohibían la contratación a Lizzy Devlin.

Brandon, al que nunca le habían afectado las lágrimas de las mujeres, se conmovió al ver que Lacey parpadeaba para contener las suyas.

—Yo quería ser periodista y tú me lo impediste. Y nunca supe por qué Lacey ya no sonó enfadada, sino dolida y humillada. Y Brandon la entendió plenamente. No en vano su padre había gozado humillándolo y haciéndole saber que no significaba nada para el gran Alfred Cade.

Lacey desinflada, abatida, preguntó:

—¿Qué hice tan terrible como para que decidieras castigarme de esa manera?

«Lograr que sintiera demasiado».

Brandon bloqueó ese pensamiento porque era erróneo. En todo caso, le había hecho desearla demasiado. Tanto que no había sido capaz de dominarse. Lo había mirado toda la velada con admiración, charlando con simpatía, ingenio y un encanto desbordante... Y sus habitualmente sutiles tácticas de seducción habían saltado por los aires y la había poseído sobre el escritorio de una sórdida oficina, embistiéndola como si su vida dependiera de ello. Y al descubrir que era virgen, su colérica reacción le había sorprendido aún más

—¿Te sirve como respuesta? —preguntó ella con aspereza, devolviéndolo al presente.

Bajo la luz del amanecer, con el cabello alborotado y el maquillaje corrido seguía encontrándola preciosa; y por primera vez vio en sus ojos la sinceridad y la emoción de la joven Lizzy. Y en aquella ocasión, cuando se volvió para marcharse, Brandon ya no sintió enfado, sino arrepentimiento. Alargó la mano y, tomándola con delicadeza, dijo:

—No te vayas.

Ella se volvió, inquisitiva.

—Quiero disculparme —añadió él.

Y Lacey arqueó una ceja con sorpresa.

También él se sorprendió, porque jamás se disculpaba. Pedir perdón era para él una muestra de debilidad. Pero en aquella ocasión, no pudo contenerse.

Había culpabilizado a Lacey de todo lo que había pasado cinco años atrás porque había sido más fácil que analizar o cuestionarse su propia reacción. Pero había llegado el momento de enfrentarse a sí mismo y

plantearse cómo actuar en adelante para canalizar el deseo que despertaba en él.

Porque una noche con ella no era suficiente y estaba decidido a repetir. Ya no temía lo que le hacía sentir pues tenía la convicción de que era puramente físico. Y si su objetivo era volver a acostarse con ella, tenía que reparar el daño que le había causado.

—¿Por qué? —preguntó ella con suspicacia.

Brandon encontraba su actitud beligerante aún más seductora.

—Por los problemas que has tenido —aclaró. —En ningún momento pedí que te despidieran de Cade Inc. —aunque podía entender que su asistente interpretara sus palabras en ese sentido. —Solo le dije a mi ayudante que no quería volver a encontrarme contigo. Se ve que me malinterpretó y tomó esa decisión.

Ella se tensó y Brandon intuyó que la había ofendido de nuevo. Pero en lugar de hacer la pregunta que esperaba para poder decirle por qué quería evitarla, se limitó a encogerse de hombros. Y lo último que Brandon quería despertar en ella era indiferencia.

—Vale, gracias por aclararlo —dijo ella, sarcástica. —Me siento mucho mejor al saber que mi carrera profesional se truncó accidentalmente.

—¿Qué más quieres que diga? —preguntó Brandon, exasperándose. —No puedo cambiar el pasado. Eso sí, exigiré que te compensen por cómo fuiste despedida y por el tiempo que hayas estado desempleada —pensó que había dado con la mejor solución y ser generoso no le suponía ningún problema.

Aunque seguía sin saber por qué, aquella mujer despertaba su libido como ninguna otra. Su vida sexual llevaba siendo insatisfactoria desde hacía mucho tiempo. La idea de explorar aquella asombrosa química en profundidad era una tentación irresistible. Y estaba dispuesto a pagar por ese privilegio

Pero en lugar de aceptar la oferta, Lacey lo miró airada.

—¿Crees que todo en esta vida es cuestión de dinero?

Su reacción desconcertó a Brandon.

—¿Cuál es el problema?

Se había disculpado, le ofrecía una compensación. ¿Qué más quería que hiciera?

—Te lo voy a dejar muy claro: no-quiero-tu-dinero —contestó Lacey, articulando cada palabra como si tratara con un idiota. —Fuiste tú quien me acusó de intentar extorsionarte con el sexo. Y no solo una vez, sino dos. Pero yo nunca te he pedido nada. Cuando nos acostamos hace cinco años, igual que esta noche, fue porque nunca había sentido un deseo igual ni he vuelto a sentirlo. Y te aseguro que no tenía ninguna intención oculta. Ni siquiera podía pensar. De lo contrario, no habría vuelto a exponerme a que me insultaras de nuevo —calló bruscamente, contrayendo el rostro.

Y Brandon supo que pensaba que había dicho demasiado porque el calor volvía a recorrerle las venas y el aire se cargó de nuevo de electricidad, como si estuviera a punto de estallar una tormenta.

Los ojos de Lacey se abrieron, el rubor se extendió por su escote, sus pupilas se dilataron y su cuerpo tembló de deseo.

Se dio vuelta bruscamente, como una gacela esquivando a un cazador, pero en aquella ocasión, él la tomó por el brazo y la atrajo hacia sí hasta que quedaron a unos centímetros el uno del otro, jadeantes. Entonces él le rodeó la cintura y la presionó contra sí, haciéndole sentir su erección al tiempo que inclinaba la cabeza y susurraba contra sus labios:

—No pensarás que voy a dejar que te marches, ¿verdad?

Y la besó apasionadamente.

«¡No le devuelvas el beso!».

Lacey intentó frenar su lengua, cerrar los labios a la deliciosa invasión, intentó ignorar el torbellino de sensaciones que recorrió su cuerpo. Pero en cuanto Brandon le tomó el rostro entre las manos para buscar el mejor ángulo de su boca, toda resistencia se desvaneció, reemplazada por una pulsante locura.

Un zumbido resonando en su pecho se mezcló con el martilleo de su corazón. Pero súbitamente, Lacey reconoció el sonido y arrancó sus labios de los de Brandon.

—Es mi-mi... teléfono —balbuceó, intentando poner su cerebro en funcionamiento.

Brandon la soltó y Lacey notó entonces el pánico que el deseo había cegado. ¿Cómo había vuelto a sucumbir al abrazo de Brandon?

—Te-tengo que contestar —añadió ella, sacando el teléfono del bolso.

Al ver que se trataba de su hermana, Milly, temió que llamara porque algo iba mal con Ruby.

Dio la espalda a Brandon y contestó:

—Milly, ¿va todo bien?

—Hola, hermanita. No te preocupes, pero Ruby tiene un poco de fiebre.

—¿Cuánta? —preguntó Lacey, asaltada por los remordimientos.

—Muy poca. He llamado al centro de salud y me va a llamar un médico. ¡Ay, lo siento, no me había dado cuenta de que ahí eran las cinco de la mañana! ¿Te he despertado?

—No pasa nada, Milly. Tomaré el próximo tren.

Era lo que había pensado hacer antes de que Brandon la desconcertara con una petición de disculpas seguida de un beso devastador al que debía haberse resistido.

Entonces recordó que estaba escuchando y se preguntó si había mencionado a Ruby en alto.

—De verdad que no hace falta que vuelvas. Quédate y disfruta —Milly sonó animada. —He visto las fotografías en Internet. Estás espectacular. ¿Cómo demonios conseguiste que Cade te invitara al baile? Creía que solo ibas a entrevistarlo.

—Ya te he dicho que es trabajo —le cortó Lacey. Milly no sabía que Brandon era el padre de Ruby. Nadie lo sabía. Pero Milly sí sabía que la habían despedido de su puesto en Cade Inc, cuando se quedó embarazada.

—Espero que le hayas dicho lo mal que te trató su departamento de personal —dijo Milly. Y luego rio. —Aunque yo tampoco querría hablar con él de trabajo. Es francamente espectacular.

—Vale, Milly —Lacey suspiró, confiando en que Brandon no estuviera oyendo. —Tengo que ir a recoger mis cosas para marcharme. Y mejor colgamos por si el médico está intentando llamarte.

Habría querido interrogar a su hermana sobre el estado de Ruby, pero no quería nombrarlo delante de Brandon,

Colgó con el corazón en un puño.

Solo ella era culpable de haber creado aquella situación con sus mentiras y evasivas; con la decisión de no contarle la verdad a Brandon

cinco años antes. Y con las erróneas decisiones que había tomado las últimas horas.

Guardó el teléfono con dedos temblorosos. Brandon la observaba fijamente, con las manos en los bolsillos.

—Tengo que irme —dijo ella.

Él asintió y preguntó:

—¿Quién es Milly?

—Es mi hermana, No se encuentra bien —dijo Lacey, lamentando tener que mentir una vez más. —Tengo que volver a Londres.

Ver que Brandon no cuestionaba la situación la tranquilizó, ya que dedujo que no había mencionado a Ruby durante la conversación. Aun así, el malestar que sentía en el estómago perduró, porque era evidente que antes o después tendría que hablarle de ella.

No tenía derecho a ocultarle la existencia de su hija, y menos después de descubrir que Brandon no había intervenido en la destrucción de su carrera profesional.

Inicialmente, no había querido creerlo, pero luego se había dado cuenta de que había sido una ingenua al pensar que Brandon pudiera molestarse en exigir personalmente que la vetaran. Y de pronto veía su decisión como cobarde y vengativa.

Seguía sin saber cómo reaccionaría ante la noticia, incluso cabía la posibilidad de que la acusara de tratar de extorsionarlo... Pero decírselo ya no era una cuestión de deber, sino de lo que Ruby merecía.

Nunca lo había visto desde ese punto de vista. Pero cuando volviera a Londres, se enfrentaría a la situación y la rectificaría.

—¿Tu hermana y tú estáis muy unidas? —preguntó entonces Brandon.

—Sí, mucho —contestó Lacey, alegrándose de, por una vez, no tener que mentir.

Se inclinó para recoger los zapatos que había dejado caer cuando se habían besado y se avergonzó de haber estado tan cerca de volver a acostarse con él, de ceder al deseo, a las caricias y el sabor de su boca.

—Tengo que irme.

En aquella ocasión Brandon no hizo nada por detenerla y Lacey intentó no sentirse desilusionada mientras avanzaba por el pasillo hacia su

suite. Y se dijo que la siguiente vez que lo viera, conservaría el juicio y actuaría tal y como debía por el bien de Ruby.

Veinte minutos más tarde, al bajar vestida con el traje sastre que llevaba el día anterior, descubrió que las cosas nunca eran tan simples en lo relativo a Brandon Cade, que la esperaba en el vestíbulo.

—¿Brandon? —Lacey lo miró desconcertada.

—Hola, Lacey —volviéndose hacia un ayudante a su espalda, indicó con la mirada la bolsa de viaje que llevaba Lacey. —Lleve la bolsa de la señorita Carstairs al helicóptero y diga a Jim que estaremos preparados en diez minutos.

—Espera. ¿Qué...? —Lacey abrió los ojos como platos al ver que le quitaban de la mano la bolsa y se la llevaban precipitadamente.

—El helicóptero está listo para llevarnos a Londres —explicó Brandon. Guiándola por el codo hacia el ascensor. —Mi chófer te llevará junto a tu hermana. ¿Está en el hospital?

«Llevarnos...».

La idea de pasar más tiempo con Brandon angustió a Lacey tanto como saber que pronto tendría que revelarle la verdad.

—No, Milly está en nuestro apartamento. No está tan mal —replicó, mientras subían en el ascensor hacia la azotea.

—¿Vives con tu hermana? —preguntó Brandon sin apenas poder contener una sonrisa.

—Sí, compartimos un piso en Hackney —contestó ella automáticamente. Y se reprendió por haber desvelado el barrio en el que vivía.

—Qué buena noticia... —dijo él, sin reprimir ya la sonrisa.

Lacey frunció el ceño, preguntándose a qué se refería.

—De verdad que Milly no está tan mal, puedo ir en tren —dijo, decidida a convencerlo de que no era necesario que la acompañara.

Había llamado a Milly después de ducharse y su hermana le había dicho que, siguiendo instrucciones del médico, le había dado un analgésico y la fiebre había remitido. Así que, en aquel momento, la proximidad de Brandon la preocupaba más que la salud de su hija. La culpabilidad que le había golpeado al dejar su suite se había multiplicado y le aceleraba el corazón.

—Aun así, debes volver a Londres —comentó Brandon.

—Sí, pero...

—Lo lógico es que usemos el helicóptero. Es lo más rápido.

—Pero de verdad que no quiero alterar tus planes —replicó Lacey, sintiéndose al borde de un ataque de pánico.

Brandon dejó escapar una risita.

—Es un poco tarde para eso, ¿no crees?

Diez minutos más tarde se elevaban sobre el cielo de París. Y a Lacey se le encogía el estómago.

—Lo siento, señor Cade. El chófer llegará dentro de media hora. No lo esperábamos hasta esta noche —explicó el ayudante que los recibió en el helipuerto de Londres

Brandon hizo un gesto de contrariedad

—No pasa nada —dijo Lacey al instante—. Puedo tomar un taxi. Te agradezco todo lo que has hecho.

Su evidente alivio desconcertó a Brandon.

La ansiedad que había percibido en ella durante todo el viaje le había convencido de que no decía la verdad respecto a la mejoría de su hermana. Pero no había cuestionado sus palabras porque, aparte del ruido dentro de la cabina del helicóptero, no podía pensar en nada más que hacer planes para ella... para los dos.

Quería que Lacey Carstairs se convirtiera en su amante. Era inteligente, atractiva y capaz de plantarle cara. Y la química sexual que había entre ellos era asombrosa. Pero él nunca había salido con una mujer a largo plazo, y no pensaba embarcarse en una relación que no pudiera controlar, algo que por el momento no estaba seguro de poder controlar en el caso de Lacey. Pero, además, tenían pendiente un pasado por resolver.

Por el momento, decidió no perderla de vista. Entraron en el ascensor y presionó el botón que llevaba al aparcamiento.

—No es ninguna molestia —dijo, pensando que al menos tenía que asegurarse la siguiente cita. —Yo mismo te llevaré.

—No hace falta, de verdad —contestó ella con un evidente nerviosismo.

La puerta del ascensor se abrió y el encargado del aparcamiento, que los esperaba, le tendió una llave a Brandon.

—El Mercedes tiene el depósito lleno. Está en la plaza número seis, señor Cade.

—¿Cuál es la dirección? —preguntó Brandon, tomando de nuevo el brazo de Lacey para guiarla hacia el coche.

—Brandon, en serio, puedo tomar un taxi.

Él suspiró con impaciencia, empezando a sospechar que Lacey estaba más ansiosa por perderlo de vista que por la salud de su hermana.

—O nos enrocamos o me das tu dirección. Tú decides —replicó Lacey bajó la mirada.

—Vale. Pero no voy a invitarte a entrar —musitó.

Brandon abrió la puerta del acompañante y ella entró.

—No recuerdo habértelo pedido —dijo. Y se sentó tras el volante.

Brandon no estaba interesado en conocer a su hermana ni ver su casa. Lo único que le importaba era saber que no estaba saliendo con nadie.

—Está bien —dijo finalmente ella, relajándose lo bastante como para darle la dirección. —No quiero que Milly saque conclusiones equivocadas.

El GPS indicó un tiempo estimado de media hora hasta el destino. Arrancó el coche y, saliendo a la luminosa mañana, cruzaron el puente de Londres. Treinta minutos era tiempo suficiente para acabar con cualquier reticencia de Lacey y convencerla de que siguieran viéndose... y acostándose.

—¿A qué conclusión te referías que podía llegar tu hermana?

Lacey miró de soslayo al hombre al que había intentado ignorar desde que habían subido al coche, hacia veinte minutos. Aunque hubiera hecho la pregunta en tono inocente, ella sabía que no había nada inocente en Brandon Cade. Y eso era lo único en lo que podía pensar mientras el coche atravesaba las calles de Londres camino hacia el encuentro con su destino.

No haber podido escribir a Milly para asegurarse que no saliera a recibirla con la niña la tenía fuera de sí.

—Me refería a que creerá que estamos saliendo —contestó, aunque lo que Milly pensara era lo último que le preocupaba en aquel momento. —Milly es una romántica incurable y ha visto nuestra fotografía juntos en el baile. Seguro que te somete a un interrogatorio sobre tus intenciones —comentó precipitadamente, llevada por los nervios. —Y cuando vea el

tiempo y el dinero que me has dedicado para venir... —el pánico la enmudeció.

—Me extraña que te preocupe tanto alterar la vida de un prepotente y arrogante imbécil —bromeó él con una media sonrisa.

Lacey habría encontrado su tono encantador de no haber estado tan angustiada que apenas podía respirar al pensar en el precario castillo de naipes que había construido los cinco años previos.

Aun cuando Brandon no conociera a Ruby aquella noche, puesto que lo lógico era que estuviera dormida, la mera posibilidad le provocaba un sudor frío. La generosidad y delicadeza, aparte del tesón, con las que Brandon había insistido en llevarla a casa solo incrementaba su sentimiento de culpa por las mentiras que le había dicho.

—Perdona que te insultara —dijo, genuinamente arrepentida.

—No tienes por qué disculparte —dijo él, sorprendiéndola una vez más. —Estoy seguro de que mis competidores piensan lo mismo. Personalmente, creo que mi arrogancia e impertinencia se deben a haber tenido una infancia privilegiada —concluyó con una risita amarga que hizo cuestionarse a Lacey hasta qué punto hablaba en serio.

Ella sabía, porque en el pasado había leído todo lo que se escribía sobre él, que había crecido con su padre después del amargo divorcio de sus padres, a los pocos meses de su nacimiento. Nunca había carecido de nada material porque su padre era rico. Pero ella no había podido evitar preguntarse qué se sentía al ser criado por niñeras, con un padre tan ocupado que apenas había podido prestarle atención y acudir a un internado tras otro.

—Esa es una visión muy objetiva de ti mismo —dijo, asombrada por aquel ejercicio de humildad.

—Eso pienso yo —contestó él.

Y Lacey rio al comprobar que, incluso mostrándose humilde, no se resistía a decir la última palabra.

Pasaron junto al parque al que solía llevar a jugar a Ruby y su sentimiento de culpa retornó multiplicado.

Luego el coche giró en una esquina hacia su calle.

—¿Cuál es la casa? —preguntó Brandon.

Lacey señaló la casa victoriana en la que estaba su apartamento, alegrándose de no ver un rostro infantil asomado a la ventana. Pero cuando

se desabrochó el cinturón apresuradamente y fue a bajar, ansiosa por alejarse de las emociones que amenazaban con ahogarla, Brandon posó una mano sobre su rodilla

—Quiero volver a verte, Lacey. Lo antes posible —declaró.

—¿Qué? —Lacey lo miró sobresaltada al tiempo que el corazón le saltaba en el pecho.

—No sé por qué te sorprende después de la intensidad de anoche —dijo él, sonriendo divertido por su desconcierto. Alzó la mano a su mejilla y añadió—: Y de la locura que nos poseyó hace cinco años.

«Sal del coche, Lace. Baja ahora mismo».

Pero Lacey no procesó la orden porque junto con la culpa y el remordimiento, la asaltó la ridícula felicidad de saber que Brandon quería seguir viéndola.

—Me excitas como ninguna otra mujer, Lacey —continuó él, tomándola del mentón para que lo mirara—. La química que hay entre nosotros es excepcional.

Lacey parpadeó para intentar liberarse de las feromonas que fluían por su sistema junto con el pánico y el desesperado deseo de que la besara.

Como si le leyera el pensamiento, Brandon le dio un beso ardiente y posesivo al que ella no opuso ninguna resistencia pues parecía incapaz de dominarse en cuanto él la tocaba.

Brandon alzó la cabeza y dijo:

—En cuanto te asegures de que tu hermana está bien, deberíamos hablar. Esta misma noche.

Lacey no podía pensar ni hablar. Los labios le temblaban, la cabeza le daba vueltas. El deseo que se reflejaba en los ojos de Brandon era tan intenso como el anhelo que henchía su corazón.

Pero antes de que pudiera contestar, la mirada de Brandon se dirigió a algo a su espalda.

—¿Esa es tu hermana? —preguntó. —No me habías dicho que tuviera una hija.

Lacey se volvió y vio a Milly bajando las escaleras de entrada y caminando hacia ellos con Ruby en brazos.

Con el corazón desbocado y a punto de desmayarse, bajó del coche precipitadamente.

«No, no, no, por favor. Así no».

Mientras se aproximaban, le llegó la voz de Milly:

—Ruby quería salir a recibirte. Ya no tiene fiebre —entonces se fijó en el coche y siseó. —¡Dios mío! Es él ¿no? Te ha traído a casa. ¡Qué romántico!

Lacey oyó a su espalda la puerta del coche cerrándose, seguida de unos pasos firmes. Esperó, paralizada por el pánico. Su hija alargó los brazos hacia ella, que se sentía como en un sueño. Un sueño angustioso cuyas implicaciones se desplegaban ante ella en una agónica cámara lenta.

Una sonrisa iluminó el rostro de su hija y sus labios articularon la primera palabra que había pronunciado en su vida, al tiempo que Lacey volvía a la cruda y fría realidad de golpe.

—¡Mamá! ¡Mamá! ¡Qué bien que hayas vuelto!

Capítulo 6

«¿**E**S la hija de Lacey?».

Brandon miró perplejo a la mujer con la que acababa de pasar la noche mientras tomaba a la pequeña de brazos de su hermana.

«¿Por qué no me ha dicho que es madre?».

El asombro se convirtió en desconfianza y en una presión en las entrañas al ver a la niña abrazarse al cuello de Lacey y empezar a parlotear.

Lacey, en cambio, permaneció crispada, con una sonrisa tensa, a la vez que saludaba a su hija efusivamente.

Brandon intentó procesar el cambio de situación. Pensó en las numerosas ocasiones en las que Lacey podía haber mencionado que tenía una hija y se dijo que algo no encajaba, pero no era capaz de identificarlo.

Entonces la niña cesó su gorgojeo y, mirándolo fijamente, preguntó:

—¿Quién es ese señor, mamá? ¿Tu amigo?

Brandon se puso en guardia, sintiéndose extrañamente expuesto. Lacey lo miró por encima del hombro, y fue evidente su reticencia a presentarlo.

Confuso y todavía perplejo por el nuevo acontecimiento, Brandon se sintió, además, ofendido.

Aunque pensaba que Lacey debía haberle dicho que era madre, no llegaba a entender por qué le parecía tan relevante. Seguía deseándola y, si era flexible, todo era negociable. En el caso de Lacey, y aun a su pesar, estaba dispuesto a ser flexible en todos los frentes. Era posible que Lacey hubiera pensado que, de habérselo dicho, habría dejado de encontrarla deseable, así que lo menos que podía hacer era demostrarle que se equivocaba.

Dio un paso adelante y dijo a la niña:

—Sí, soy amigo de tu madre. Me llamo Brandon Cade.

La niña rio.

—Hola, yo me llamo Ruby —dijo con una naturalidad que le recordó a su madre.

Cuando sonrió, sus ojos color esmeralda centellearon y se le formó un hoyuelo en la mejilla izquierda.

Brandon sintió algo golpearle el plexo solar, una peculiar familiaridad, como si no fuera la primera vez que veía a la niña. Sacudió la cabeza para librarse de la sensación de mareo.

—Hola, soy Milly Devlin, la hermana de Lacey. Encantada de conocerte —dijo la otra mujer, tendiéndole la mano.

Brandon se la estrechó, percibiendo las similitudes entre las dos hermanas. Y comprobando que la hermana de Lacey parecía gozar de una excelente salud.

—Hola, me alegro de que te hayas recuperado —dijo. Y la sospecha se convirtió en un agujero en su estómago. Un agujero negro que se acrecentó cuando la hermana lo miró desconcertada.

—Ah, no era yo quien estaba mal, sino Rubes —explicó ella. Acarició el cabello de la niña y añadió—: pero ya estás bien, ¿verdad, preciosa?

—Pero no puedo ir al colegio, ¿a que no, mamá? Quiero quedarme en casa contigo y con Milly —dijo en un tono suplicante que habría ablandado a una piedra.

—Sí, Rubes —Lacey miró finalmente a Brandon. Y él percibió en sus ojos el sentimiento de culpa. —Tenemos que entrar en casa. Gracias por traerme, Brandon.

Él las vio alejarse sin poder reaccionar. La boa constrictor que serpenteaba en su interior estaba estrangulándolo. Finalmente, consiguió volver al coche, pero, al tiempo que ponía el motor en marcha, la serpiente se retorció.

¿Por qué había mentido Lacey respecto a la salud de su hermana? ¿Y sobre su hija?

Una nueva pregunta lo dejó sin aliento.

Ruby iba al colegio. ¿Cuántos años tenía?

Al detenerse en un semáforo, Brandon presionó el botón de llamada a su asistente.

—Daryl, Lacey Carstairs tiene una hija. Quiero que averigües cuándo nació y si aparece un padre en el certificado de nacimiento.

Pero al colgar y mientras continuaba el trayecto, tuvo la sensación de adentrarse en una niebla. Porque podía intuir que Lacey había silenciado la existencia de una bomba que estaba a punto de estallar en medio de su ordenada vida.

—¿Qué hay entre tú y el superguapo Brandon Cade? —preguntó Milly.

—Nada —mintió Lacey.

Estaba preparando el almuerzo. Su editora ya la había sometido a un tercer grado y le había permitido quedarse en casa a escribir el artículo sobre el Baile Durand, pero no tenía ni idea de qué contar que fuera digno de ser publicado.

Nunca se le había dado bien mentir a su hermana.

—Ruby tiene sus ojos —dijo Milly con dulzura.

Lacey se volvió, alarmada.

—¿Qué? —preguntó. Pero por la mezcla de preocupación y afecto con la que la miraba su hermana supo que no tenía sentido seguir mintiendo.

—Ahora entiendo que te pusiera tan nerviosa ir a entrevistarlo. Es el padre de Ruby, ¿verdad? —preguntó Milly, retirándole el cazo que sostenía en la mano.

Lacey se limitó a asentir lentamente con la cabeza.

Milly dejó escapar una palabrota.

—Y deduzco que no lo sabe, ¿no? —preguntó.

Lacey sintió las lágrimas arderle en los ojos.

—Sospecho que ahora ya lo sabe. O lo sabrá pronto —dijo. Y dejó escapar el suspiro que llevaba conteniendo desde hacía horas.

No tenía ni idea de cuánto tardaría en averiguarlo ni de cómo reaccionaría. Solo estaba segura de que no iba a perdonarle que hubiera ocultado la existencia de Ruby. Porque, quisiera o no ser padre, lo era desde hacía cuatro años y tres meses.

Parpadeó y secó una lágrima que rodó por su mejilla. Ni siquiera estaba segura de merecerse que Brandon la perdonara.

—¿Pasó algo entre vosotros también anoche? —preguntó Milly.

Lacey miró a su hermana y se ruborizó violentamente.

—Ya me pareció que te miraba como si quisiera devorarte cuando salió del coche —musitó Milly.

Lacey gruñó de frustración.

—Siento haber salido a recibirte con Ruby —se disculpó Milly.

—No es culpa tuya —dijo Lacey, mirando finalmente a su hermana. —Debía haberle hablado de Ruby ayer. De hecho, haberle informado en cuanto nació.

—¿Por qué ibas hacerlo? —dijo Milly con vehemencia. —Ruby es una niña feliz y saludable. Tiene una casa feliz y nuestro amor. Teniendo en cuenta el poco afecto que recibimos de papá tras la muerte de mamá, es toda una hazaña.

—Ruby no tiene padre por mi culpa —dijo Lacey.

—Puede que a partir de ahora lo tenga —contestó Milly, que siempre veía las cosas desde un punto de vista positivo. —Y es un tipo guapísimo y multimillonario al que claramente sigues gustándole. Eso juega a tu favor.

—Dudo que siga interesado en mí —admitió Lacey. —La verdad es que no tengo ni idea de cómo va a reaccionar —se le hizo un nudo en el estómago. —¿Y si intenta quitarme a Ruby?

—Eso no va a pasar —dijo Milly con una determinación que no tranquilizó a Lacey.

Brandon Cade era un hombre poderoso y capaz de actuar de forma despiadada. Habría hecho mejor no olvidándolo cuando la noche anterior se había derretido en sus brazos.

—Quizá sería mejor que le dijeras la verdad ya en lugar de esperar a que la averigüe —dijo Milly.

Lacey asintió. Su hermana tenía razón. ¿Cómo iba a luchar por Ruby si no tenía el valor de enfrentarse a su padre? Tenía que dejar de esconderse.

Pero mientras Milly la reemplazaba para continuar cocinando y ella se dirigía a llamar a Brandon, su teléfono vibró.

Leyó el mensaje de Daryl Wilson y el miedo del que había creído estar a punto de librarse la atenazó con renovada fuerza.

Señorita Carstairs, envío adjunta la carta del abogado que recibirá por correo certificado en la que se le exige una prueba de A.D.N. de su hija Ruby Devlin Carstairs, de quien el señor Cade tiene razones para sospechar que es su padre biológico. Una vez haga la prueba, el equipo legal del señor Cade concertará una cita con usted para evaluar el resultado y cómo proceder. Si tiene cualquier duda, no dude en ponerse en contacto conmigo.

Lacey se llevó la mano a la boca mientras leía los documentos adjuntados, que eran tan fríos e impersonales como el mensaje.

Oyó la música que anunciaba los dibujos animados favoritos de Ruby, acompañada de la risa de felicidad de su hija... en claro contraste con la angustia que la devoraba a ella.

Había dejado pasar demasiado tiempo, había sido una cobarde y su hija estaba a punto de sufrir las consecuencias de sus actos.

Capítulo 7

SEÑOR Cade, ha llegado la señorita Carstairs. ¿Le hago pasar? —preguntó Daryl, asomando la cabeza por la puerta de la sala en la que Brandon llevaba dos horas reunido con sus abogados.

Brandon miró a su ayudante con la misma rabia contenida que sentía desde hacía tres días, cuando había visto a Ruby Devlin Carstairs, y más aún desde el día anterior, tras recibir la prueba de ADN.

La niña había nacido treinta y ocho semanas después de que él hubiera hecho el amor apasionadamente con su madre en la oficina de una discoteca del Soho; cuando Lacey era virgen y el preservativo se había roto.

Se pasó los dedos por el cabello y tomó aire, intentando contener las emociones que amenazaban con desbordarse desde que había descubierto que había un noventa y nueve por ciento de posibilidades de que fuera el padre de Ruby.

Lacey le había mentido durante cinco años y lo había convertido en un hombre aún más despreciable que su padre.

Precisamente por eso nunca se había planteado tener hijos, porque estaba convencido de que no tenía la sensibilidad requerida para criar y proteger a una criatura. Pero ya no tenía sentido preocuparse, sino ponerle remedio.

Ruby Devlin Carstairs era su hija y, por muy enfadado que estuviera con su madre por haberle mentido y consigo mismo por no haberse molestado en ponerse en contacto con ella tras aquel encuentro, no pensaba abandonar a la niña... tal y como su madre había hecho con él.

Porque, aunque no sabía cómo establecer una relación con una niña, sí tenía la certeza de que su madre ya no sería la única que tomara las decisiones que afectaran a su hija.

—Sí, haz que pase —dijo. Y, rodeando el escritorio, miró por la ventana mientras respiraba profundamente para contener su ira.

Pero no pudo evitar el hormigueo que recorría su piel y la excitación inmediata que sintió al volverse y ver entrar a Lacey.

Llevaba un traje de chaqueta similar al del día que había ido a entrevistarlo. Como entonces, resultaba discreta, tentadora. El rubor de sus mejillas, las ojeras alrededor de sus ojos, el escote, hicieron estallar su deseo y su furia.

John Marrow, el jefe de su equipo de abogados empezó la reunión sin preámbulos.

—Como sabe, señorita Carstairs, la prueba de ADN que recibimos ayer confirma que el señor Cade es el padre biológico de su hija, Ruby Devlin Carstairs.

—Sí —el monosílabo susurrado hizo que los hombros de Brandon se tensaran. —Lo sé.

Bajo la furia que lo dominaba había muchas otras emociones que ni podía ni quería analizar. La miró con ojos centelleantes y, conteniendo parcialmente su furia, preguntó:

—¿Desde cuándo lo sabes?

—Señor Cade, no creo que... —intervino Marrow.

Pero Cade pasó por alto la interrupción y repitió:

—¿Desde cuándo?

Lacey se estremeció, pero le sostuvo la mirada.

—En cuanto supe que estaba embarazada —contestó abatida.

—Zorra —soltó Brandon.

Marrow y su equipo dieron un respingo al unísono, mientras Lacey permaneció impertérrita, como si quisiera absorber la rabia de Brandon. Y eso solo le hizo sentirse más confundido y convirtió su enfado en un fuego que se propagó hasta hacerle perder cualquier rastro de compostura.

—¿Qué derecho tenías a mantener en secreto la existencia de mi hija?

—Señor Cade, le aconsejo... —volvió a interrumpir Marrow.

—Cállese y márchese —contestó Brandon, lanzando una mirada furibunda al abogado y a su equipo. —Quiero hablar con ella a solas.

Mientras que los demás obedecieron al instante, Marrow volvió a intentarlo.

—Señor Cade, está fuera de sí. No me parece...

—Está bien, señor Marrow —dijo Lacey, sin apartar la mirada de Brandon. —No me hará daño.

—¿Está segura, señorita Carstairs? —insistió Marrow. Y al ver que Lacey asentía, salió.

En otras circunstancias, Brandon habría admirado su valentía. Pero la furia apenas le permitía pensar. Rodeó el escritorio en actitud amenazante, queriendo atemorizarla, demostrarle lo enfadado que estaba.

—¿Por qué estás tan segura de que no voy a hacerte daño?

—Porque me lo hiciste en otra ocasión y sobreviví —dijo ella, plantándole cara.

Brandon había jurado años atrás que jamás otorgaría a ninguna mujer el poder de hacerle daño, tal y como se lo había hecho su madre la única vez que la había visto. Pero Lacey había escapado de su radar.

Desde la primera vez que la había visto, le había hecho sentir y anhelar más. Esa fragilidad había conducido a la situación presente, y que siguiera deseándola solo contribuía a empeorar las cosas.

—¿Cómo te hice daño? —preguntó.

Pero en lugar de la letanía de quejas que había esperado oír, Lacey se limitó a suspirar y, desviando la mirada, dijo:

—No importa. Estoy aquí para pedirte perdón y para buscar soluciones, no para hablar del pasado.

Brandon no se creyó su actitud contrita. Pero antes de que pudiera pensar en una respuesta lo bastante hiriente, ella volvió a mirarlo.

—Puedes castigarme si quieres, pero no consentiré que castigues a Ruby. Ella no tiene ninguna culpa.

—Eso es verdad. Tú eres la única culpable —replicó él.

Una vez más, en lugar de revolverse, Lacey se limitó a bajar la mirada y asentir. Pero su actitud no calmó a Brandon, sino que lo exasperó. ¿Por qué actuaba como una mártir?

La tomó por el brazo y tiró de ella. El aire se cargó de electricidad automáticamente.

—¿Reconoces que mereces ser castigada? —no supo de dónde salía la pregunta; solo que quería recuperar el control de la situación.

Ella tiró del brazo para que la soltara y lo miró con la pasión que él encontraba tan irresistible.

—No he dicho eso —dijo ella. —Si quieres venganza, la aceptaré. Pero, por favor, deja al margen a mi hija.

Brandon parpadeó y dio un paso atrás; el temor que vio en el rostro de Lacey fue como un cubo de agua helada sobre el incendio que ardía en su estómago.

Maldijo entre dientes y, yendo hacia la ventana, contempló la ciudad y sus icónicos edificios. Necesitó que pasaran varios segundos hasta que consiguió dominarse.

¿Qué le estaba pasando? Había pretendido ser severo y decidido, pero, sobre todo, mantenerse impertérrito. Y terminaba comportándose como un matón. Tenía derecho a estar enfadado con Lacey, pero no a hacerle temer por su hija.

—Te refieres a nuestra hija, supongo —dijo finalmente. Y de pronto se dio cuenta del sentimiento que se escondía bajo su resentimiento.

El pánico.

Por primera vez en su vida no tenía una estrategia. No sabía cómo ser padre o si quería serlo. Y cualquiera que fuera su decisión, iba a necesitar a Lacey, lo que convertía la situación en irresoluble.

Él, que nunca había dependido de nadie ni había confiado en nadie desde que era pequeño, tenía que confiar en una mujer que le había mentido durante cinco años y que despertaba en él reacciones que no podía controlar.

«Genial».

Lacey pudo respirar un poco mejor al ver que los hombros de Brandon se relajaban levemente. Tomó aire y la brida que le contraía las costillas desde que había recibido el mensaje de Daryl, tres días antes, se aflojó.

Había acudido a la reunión atemorizada por lo que fuera a suceder y esperando encontrar un Brandon frío e impersonal. Su furia y su vehemencia la habían sacudido hasta la médula.

—Sí, nuestra hija —dijo, desesperada por establecer algún vínculo con él.

Era una estupidez que sintiera lástima de él puesto que, en cierto sentido, era su enemigo. Pero a pesar del miedo que sentía por la medida que pudiera adoptar, había algo en su temperamental reacción que le resultaba familiar, casi tranquilizadora. Porque le recordaba a su propio pánico, a la enormidad de la tarea a la que supo que se enfrentaba cuando aparecieron dos rayas rojas en la prueba de embarazo.

Su rabia era preferible a la asepsia y frialdad de los intercambios con su asistente. Le había aterrado la idea de que la existencia de Ruby no fuera para él más que un medio para castigarla a ella por haberlo desafiado. Afortunadamente, no parecía ser el caso.

Brandon resopló y metió las manos en los bolsillos sin dejar de darle la espalda.

—No pretendo hacerle daño —dijo en tono crispado.

Y Lacey confirmó que, como ella en su momento, estaba intentando asimilar que iba a ser padre.

La culpabilidad que llevaba días intentado ignorar volvió a ser como una piedra en su estómago.

«Y no ha tenido ocho meses para hacerse a la idea».

—Cometí un error al no decírtelo —repitió. —Me convencí de que era lo mejor para ella. Una vez decidí tenerla, tuve la seguridad de que tú no la querrías y que me presionarías para que no la tuviera.

Brandon se volvió con el ceño fruncido.

—¿Pensaste que te obligaría a abortar? ¿En qué te basabas?

—En lo que dijiste aquella noche después de que... la concibiéramos —balbuceó Lacey.

—¿Qué dije?

—Que no deberíamos haberlo hecho. Que el preservativo se había roto y que, si había alguna consecuencia, tu personal se ocuparía de todo.

Lacey repitió sus palabras casi literalmente porque nunca las había olvidado. Él apretó los labios como si dudara de su veracidad. Pero entonces se apoyó en el escritorio, se cruzó de brazos y, mirándola fijamente, dijo:

—Aunque no lo recuerde, es posible que lo dijera. Estaba alterado por haber descubierto que eras virgen y haberte poseído tan... brutalmente.

Ella asintió, reconciliándose, al confirmar que no se había equivocado, con la joven inocente que había creído que la conexión que había entre ellos era excepcional.

Él volvió a acerar su mirada al continuar:

—Eso no explica por qué no me hablaste de la niña cuando me entrevistaste o en el baile o... antes de que volviéramos a acostarnos.

Lacey se abrazó a la cintura como si necesitara protegerse de su mirada.

—Tienes razón, debería habértelo dicho —dijo, esperando que el no indagara más.

—Vas a tener que explicarte mejor, Lacey.

Lacey sintió que las mejillas le ardían con el mismo fuego que iluminó los ojos de Brandon cuando se acercó a ella. Retrocedió, pero chocó contra una silla que le impidió distanciarse más.

—Supongo que me distraje —musitó.

—Tampoco me sirve.

Brandon sacó la mano del bolsillo y, con una mirada ardiente, le acarició la mejilla.

El aliento quedó atrapado en los pulmones de Lacey, sus sentidos se altearon mientras la caricia se deslizaba hacia su clavícula y la curva de sus senos. Pero, al contrario que cuatro noches antes, consiguió reunir la voluntad suficiente como para apartarle la mano.

—No me toques, Brandon.

Él rio.

—¿Estás segura? Tu cuerpo dice lo contrario.

—¿Y qué más da? —replicó ella, decidida a ser la mujer en la que se había convertido los últimos años, fuerte y valiente, y en no volver a ser una joven atolondrada y pusilánime.

La situación ya era bastante complicada e incontrolable como para que avivaran las llamas en las que ardían tan fácilmente. Volver a sucumbir solo la dejaría vulnerable y más a merced de Brandon.

Una llamada a la puerta hizo que finalmente Brandon apartara la mirada de ella. Maldijo entre dientes mientras ella respiraba profundamente.

«No dejes que te intimide ni que haga aflorar de nuevo a la niña asustadiza».

Se sentó con las piernas temblorosas mientras Brandon volvía detrás del escritorio y se sentaba a su vez.

—Señor Cade, ha sucedido algo importante —anunció su ayudante, entrando en el despacho

—¿Qué? —preguntó Brandon.

Y Daryl, siempre tan sereno, se puso rojo y le pasó un móvil.

—Acabo de recibir este mensaje de una fuente fiable del grupo Dryster Media —explicó, mencionando una empresa editorial dueña de varios tabloides en todo el mundo.

El semblante de Brandon se endureció mientras Daryl continuaba:

—Según parece, van a publicar mañana la noticia en todos sus medios.

—¿Cómo demonios se han hecho con esta información? —la ira contenida en la voz de Brandon inquietó a Lacey.

—Será mejor que me vaya —dijo, poniéndose en pie con la súbita urgencia de escapar.

—No te muevas —ordenó Brandon con una mirada que le erizó el cabello. Pero suavizó su expresión y añadió—: Esto también te concierne.

«¿Qué? ¿Por qué?».

—No lo sabemos. Puede que sea una filtración de la clínica de pruebas de ADN —dijo Daryl.

Lacey se dejó caer sobre la silla. ¿Dryster sabía lo de Ruby e iban a publicarlo? Las posibles implicaciones eran espantosas.

Hasta aquel momento le había preocupado cómo afectaría a su vida Brandon, pero la intromisión de la prensa podía ser aún peor. Que los detalles de su vida, las circunstancias del nacimiento de su hija aparecieran en la prensa sensacionalista, diseccionándola y sacando todos los trapos sucios era...

—Lo están retratando como al millonario que dejó embarazada a una becaria de diecinueve años a la que luego despidió y cuya hija, por supuesto se negó a reconocer o a mantener —continuó Daryl en su habitual tono pragmático.

—¡Pero eso no es verdad! —exclamó Lacey.

Ni Brandon ni Daryl parecieron oírla.

—¿Qué más? —preguntó Brandon sin tan siquiera mirarla.

—He hablado con Fiona, de relaciones públicas y con Dan, del departamento financiero —añadió Daryl—. Los dos coinciden en que el acuerdo de Atlanta fracasará si no nos adelantamos con un relato convincente.

Brandon asintió.

Lacey podía verle pensar, aunque no pudiera adivinar la dirección que tomaban sus pensamientos.

—¿Por qué no nos limitamos a decir la verdad? —propuso ella. —Puedo aclarar que no sabías de la existencia de Ruby hasta hace tres días.

Pero Brandon no pareció registrar el comentario y, volviéndose a Daryl, dijo:

—Llama a Marrow y a su equipo para que vuelvan. Y diles que vamos adelante con el plan B.

Lacey esperó unos segundos para calmarse después de que Daryl se fuera, pero la forma en la que Brandon la miró hizo que el pánico volviera apoderarse de ella, porque la furia que había visto en su rostro al llegar, o la pasión de hacía unos momentos, habían sido sustituidas por la de implacable determinación que la había destrozado cinco años antes.

—¿Cuál es el plan B? —preguntó, sintiéndose súbitamente tan indefensa como entonces.

El fuego esmeralda de los ojos de Brandon contrastó con el tono gélido de su voz:

—Casarnos.

Capítulo 8

NO-NO... hablarás en serio —balbuceó Lacey, al tiempo que Daryl volvía con los abogados.

Pero mientras el grupo se sentaba, ella solo podía mirar a Brandon, que trasmitía la serenidad de quien parecía haber encontrado una solución totalmente lógica a su problema, en lugar de una completamente insensata.

La reunión tuvo lugar como si ella fuera un fantasma en el que nadie reparaba.

Brandon dio una serie de órdenes como si fuera el capitán de un barco a punto de entrar en guerra.

Marrow, Daryl y los demás, tomaron nota, desde la redacción de un acuerdo prenupcial a la división de las propiedades.

—No he accedido a casarme contigo... —consiguió por fin decir Lacey.

Pero siguieron ignorándola.

—Daryl, habla con Claire, de finanzas, y dile que prepare un pago mensual para la señorita Carstairs que multiplique por cinco su salario actual —dijo Brandon. —Por ahora, no va a poder trabajar en la revista. Y que prepare los pagos para la manutención de mi hija. Ya organizaremos un fondo fiduciario más adelante. Y quiero que se convierta oficialmente en mi heredera. La señorita Carstairs y mi hija se mudarán a mi propiedad en Wiltshire hasta la boda.

Lacey sentía que la cabeza le daba vueltas y el pánico le atenazó la garganta hasta hacerle sentir que se ahogaba cuando Brandon añadió:

—Quiero anunciar el compromiso en una nota de prensa antes de las ocho de la mañana de Reino Unido para adelantarnos a los titulares de Estados Unidos. ¿Entendido?

Todos asintieron, menos Lacey que tenía la sensación de haber sido lanzada a un mundo paralelo. ¿Estaría alucinando?

No tenía la menor intención de casarse con Brandon Cade, de dejar su trabajo y, mucho menos, de mudarse a Wiltshire. De hecho, Brandon no le había pedido todavía nada de todo eso.

—Muy bien, gracias. Poned manos a la obra. Hay mucho que hacer —concluyó Brandon.

Y todos salieron. Cuando la puerta se cerró a su espalda, Lacey miró a Brandon incrédula, con el corazón acelerado.

Él rodeó el escritorio y se quedó delante de ella.

Lacey se obligó a levantarse, aunque sentía las piernas como gelatina. Apretó los puños para evitar que le temblaran las manos y dijo:

—¿No te olvidas de un detalle importante?

Siempre había sabido que Brandon era un experto en explotar las debilidades ajenas, por eso tenía que mantenerse firme.

Brandon se apoyó en el escritorio y se cruzó de brazos con una media sonrisa arrogante en los labios y un brillo burlón en los ojos.

—Estoy seguro de que vas a decirme cuál es.

—No he accedido a casarme contigo. Ni siquiera me lo has pedido —dijo ella, aferrándose a la indignación, que era su única defensa contra su arrogancia.

—No te lo he pedido porque ninguno de los dos tiene más opción que el matrimonio —dijo él, poniéndose serio.

—Supongo que estás hablando por ti —replicó ella. —Comprendo que esto puede perjudicar tu imagen y dificultar tus negocios en Estados Unidos. Y estoy dispuesta a ayudarte para mitigar las consecuencias, declarando que no sabías que tenías una hija.

Supondría una humillación pública y estaba segura de que los medios no tendrían la menor compasión por ella. Pero tal vez aquel era el castigo que se merecía por no haber actuado correctamente.

—Entiendo que esto es culpa mía —continuó—. Pero no pienso dejar un trabajo que me encanta, ni mudarme con Ruby a Wiltshire para convertirme en tu esposa y que puedas...

—¿Qué ingenua eres! —Brandon se irguió, pasando de la arrogancia al enfado. —¿De verdad crees que lo que me preocupa en proteger el acuerdo con Atlanta?

—Sí —contestó ella con vehemencia.

—¿Tienes idea de lo que va a pasar con tu vida y la de tu hija, incluso la de tu hermana, una vez se publique la noticia?

—Supongo que al principio será un poco agobiante, pero...

—¿Agobiante? —exclamó Brandon—. Las tres os convertiréis en el epicentro de un terremoto mediático. Yo sé muy bien lo que es eso. Y me niego a que mi hija tenga que padecerlo. Necesita que la proteja y pienso hacerlo.

—Entiendo... —dijo Lacey, conmovida ante aquella prueba de que a Brandon le importaba Ruby. —Por eso mismo, puedo ir con Ruby y Milly a pasar unos días con unos amigos, pero no puedo casarme contigo.

Además de no querer depender de él, había numerosas razones por las que era una mala idea. No se conocían... De hecho, Lacey no estaba siquiera segura de que se cayeran bien. En cuanto a Ruby, sí merecía conocer a su padre, y viceversa. Pero para eso no necesitaban casarse. En cualquier caso, ¿a qué matrimonio se refería Brandon? ¿Uno de conveniencia para aplacar a la prensa o algo más... íntimo?

Tragó saliva al tiempo que se ruborizaba. Porque además de cualquier otra consideración, temía que la joven ingenua, insegura y solitaria volviera a aflorar; la que estaba tan necesitada de afecto que se había convencido de que estaba enamorada de él solo por haber hecho el amor y que se había quedado destrozada cuando él la había rechazado. No podía permitírselo.

—Dudo que el interés se mantenga más allá de un par de semanas —dijo en un nuevo intento de evitar la boda. —Si insistes, podemos anunciar el compromiso para mitigar el efecto de la noticia —añadió, a modo de cesión que le permitiera alcanzar un término medio. —Y en unos seis meses, anunciar la ruptura.

—Eso no es bastante para mí —replicó Brandon.

Y así era: había decidido que quería aquel matrimonio y no exclusivamente por las razones que había esgrimido.

No solo era una manera de compensarla, ni la determinación de evitar a su hija el dolor que él había sufrido cuando su madre lo abandonó

en brazos de un hombre que lo había exhibido ante todos los medios de comunicación de todo el mundo como su heredero... Y tampoco tenía que ver con la necesidad de proteger el contrato con la empresa de Atlanta. Ni siquiera con el pulsante deseo que lo recorría y que alteraba sus sentidos.

—¿Por qué no? —preguntó Lacey, abriendo los ojos desmesuradamente. Brandon perdió la paciencia.

—Porque es mi hija y quiero ejercer todos mis derechos para que no puedas impedir que tenga una relación con ella. Lacey se estremeció.

—Nada impide que te relaciones con Ruby si...

—No es bastante —le cortó Brandon. —¿Cómo voy a confiar en que cumples tu promesa?

—Porque soy su madre y quiero lo mejor para ella —explicó Lacey—. Sé que cometí un error al no hablarte de ella, pero...

—¿Qué más da que seas su madre? Eso no garantiza nada —volvió a interrumpir Brandon con una risa amarga. Sintió tal rabia, tanto dolor, que se le escapó la verdad—: Mi madre me vendió a mi padre cuando yo tenía tres meses, como parte de un acuerdo de divorcio millonario. Y luego apareció cuando cumplí los diecisiete años, tras la muerte de mi padre para pedirme más dinero, porque se lo había gastado todo —dijo con desdén. —El deseo de una madre de hacer lo mejor por sus hijos puede venderse al mejor postor, igual que todo lo demás.

—Pero eso es... espantoso —la mirada de horror de Lacey hizo que Brandon se diera cuenta de que había hablado demasiado.

¿Qué demonios le pasaba? Había dicho cosas que no le había contado nunca a nadie.

—Lo siento mucho —continuó ella. Y la compasión que oscureció sus ojos hizo que Brandon se sintiera expuesto y tan furioso consigo mismo como con ella—. Tu madre no actuó como una madre de verdad.

Brandon exhaló el aliento bruscamente y se obligó a retroceder del borde del abismo. Ni quería ni necesitaba la compasión, ni siquiera la comprensión, de Lacey.

—No te preocupes, lo superé hace tiempo —dijo, enterrando el viejo trauma profundamente para volver a olvidarlo. Hacía tiempo que su madre no tenía el poder de hacerle daño.

Había exorcizado a Elise Cade después de que apareciera en la lectura del testamento de su padre fingiendo que quería retomar una

relación con él. A pesar de que había visto al instante que solo le movía el interés, por un estúpido instante había querido creer que realmente le importaba.

Afortunadamente, su madre se había delatado en cuanto la había puesto a prueba y había aceptado avariciosamente la suma de dinero que le había ofrecido si se marchaba y no volvía jamás. Había tardado mucho más tiempo en librarse del dolor y la desesperación que lo había asediado desde pequeño. Y que le hacía sentir emociones que prefería evitar.

Miró a Lacey deseando no haber hecho aquella confesión, más aún cuando ella continuó hablando:

—Brandon, no puedo casarme contigo solo porque no confíes en mí, por más que lo entienda. Pero tienes que creerme cuando te digo que haré todo lo que esté en mi mano para que formes un vínculo con tu hija, y para compensarte por el terrible error que he cometido al no dejarte saber antes de su existencia. «Sí, ya».

En la voz de Lacey podía oír el sentimiento de culpa, pero también la compasión. Tal vez creía lo que decía, pero para él no era bastante. No estaba dispuesto a depender de ella en lo que se refería a su hija. Solo el matrimonio le aseguraba el poder que necesitaba no ya como padre de Ruby, sino para explorar y liberarse de la obsesión que representaba aquella mujer. Pero podía ver en su gesto de determinación que no iba a ceder. Y él no estaba dispuesto a arriesgarse a revelar más detalles de su pasado para persuadirla.

—Voy a avisar para que te lleven a casa —dijo, regocijándose con la sorpresa que le causó el cambio brusco de dirección. —Te llamaré para que concertemos una cita con mi hija.

—De acuerdo —dijo Lacey con un patente alivio.

Y él la siguió con la mirada mientras salía del despacho.

Estaba seguro de que Lacey había creído que le costaría más convencerlo. Pero, tal y como concluyó en cuanto el remolino de emociones que lo confundían cuando ella estaba presente se atenuó, no había la menor necesidad de presionarla.

La noticia estallaría al día siguiente y Lacey vería de inmediato hasta qué punto la situación era insostenible. Y cuando finalmente entrara en razón y aceptara lo inevitable, que tenían que casarse, él estaría preparado para llevar a cabo su plan.

Capítulo 9

NI siquiera puedo llamar a la guardería de Ruby para avisar que hoy no la llevo —dijo Lacey mirando entre las rendijas de la persiana al enjambre de periodistas apostados a la puerta de su casa.

Los gritos no cesaban: «Lacey, cuéntanos lo tuyo con Cade». «¿Dónde está tu hija?». «¿Vas a demandar a Cade?».

Con el corazón en un puño, se volvió hacia Milly, que sostenía en brazos a una adormecida Ruby.

—Mamá, ¿por qué gritan? —preguntó la niña, frotándose los ojos.

Lacey cruzó la habitación y la tomó en brazos.

—No pasa, nada, cariño. Se cansarán pronto y se irán.

No confiaba en que eso fuera así. Ni podían salir del piso ni conectar sus teléfonos porque tanto a Milly como a ella las habían bombardeado con llamadas y mensajes. ¿Cómo era posible que hubieran conseguido sus datos con tanta facilidad?

Una hora antes había llamado a la policía, pero le dijeron que, mientras los periodistas y fotógrafos se mantuvieran en el espacio público, no podían intervenir.

Además, estaba prácticamente segura de haber perdido su empleo. Melody había llamado hacía diez minutos, y no había ocultado su irritación ante su negativa para conceder una exclusiva a la revista. Lacey no dudaba que ya estaría criticándola en los medios para impedir que fuera contratada.

Había creído que podría capear el temporal, pero Brandon había tenido razón. Su prioridad debía ser proteger a Ruby y en aquellas circunstancias sería imposible hacerlo.

—¿Por qué no llamamos a Brandon Cade? —preguntó Milly, elevando la voz por encima del guirigay exterior. —Después de todo, es responsable de este lío.

Lacey pensó que eso era verdad solo hasta cierto punto. Recordó la insistencia de Brandon el día anterior y su rostro contorsionado cuando había revelado el trauma del divorcio de sus padres y el comportamiento interesado de su madre.

Fue evidente que había dicho más de lo que hubiera querido y que lo último que buscaba era su compasión. Pero ella no había podido evitarla entonces, ni dejar de sentirla en aquel momento, en el que la invadían el pánico y la ansiedad por preservar el bienestar de Ruby y por las decisiones que ello le obligaba a adoptar.

Brandon le había ofrecido una vía de escape que ella había rechazado. Si lo llamaba, tendría que plantearse la posibilidad de aceptar su oferta. Pero no podía concebir la idea de casarse con él en términos puramente pragmáticos, y menos aún desde que había vislumbrado tras el hombre del presente al niño abandonado y manipulado, lo que a su vez había desenterrado a la joven romántica y fantasiosa.

—¿Crees que estará dispuesto a ayudarnos? —preguntó Milly, a punto de perder los nervios.

—Sí —contestó Lacey con vehemencia. Brandon había dicho que protegería a Ruby y no dudaba de su palabra.

Devolvió la niña a Milly y sacó el teléfono, pero antes de que pudiera marcar, el griterío en la calle se hizo ensordecedor.

Corrió a la ventana.

—¿Qué demonios...?

Una limusina seguida de dos coches se había detenido delante de la casa. El ejército de periodistas corrió hacia los vehículos y varios guardaespaldas bajaron y rodearon la limusina para contener el aluvión.

Entonces bajó Brandon, dijo algo al conductor y se dirigió apresuradamente a la casa de Lacey, ignorando las preguntas y los objetivos de las cámaras con una habilidad producto de la experiencia. Al verlo, Lacey sintió un enorme alivio seguido de una infantil euforia.

Brandon acudía a rescatar a su hija.

Sus miradas se encontraron a través del cristal y Brandon indicó la puerta de entrada. Ella se apresuró a abrirla y en cuanto él entró, la cerró a su espalda, ahogando el griterío exterior.

—Gracias por venir —dijo ella, preguntándose por qué se sentía tan feliz de verlo cuando estaba rodeada de caos.

Brandon la tomó por el codo y la dirigió hacia el pasillo, diciendo:

—Tienes cinco minutos para recoger lo que necesites. Ruby y tú vais a instalaros en mi propiedad de Wiltshire. Allí estaréis a salvo mientras esto pasa. Si Milly no quiere ir con vosotras, puede alojarse en un apartamento que tengo cerca de aquí.

Lacey podía haber protestado porque no le diera opción.

Significaba dejar su empleo, pero, dado que su editora estaba probablemente a punto de despedirla y el acoso al que estaba sometida, ¿había otra salida? Cuando entraron en el salón y vio a Ruby acurrucada contra el pecho de Milly intentando esconderse del ruido, se dio cuenta de que no había nada que decidir. Aceptaría el refugio que Brandon ofrecía y ya lidiaría más adelante con cualquier otra exigencia.

—Ya era hora de que vinieras —dijo Milly, avanzando hacia ellos. —Acepto el apartamento, gracias. Tengo que ir a trabajar —añadió, dejando claro que había oído la conversación—. Ruby, el amigo de mamá va a sujetarte mientras nosotras hacemos las maletas. Así podremos alejarnos de esa gente tan ruidosa, ¿vale, cariño? —dijo a la niña, que seguía aferrada a su cuello.

Lacey percibió a Brandon tensarse a su lado y sintió lastima de él porque suponía que no había tomado en brazos a un niño en toda su vida. Pero cuando fue a interponerse entre Milly y él, Ruby alargó los brazos hacia Brandon, confiando en él instintivamente.

Brandon vaciló una fracción de segundos antes de tomarla. Y Milly salió de la habitación.

—No me gustan los gritos, señor Brandon —dijo Ruby antes de abrazarse a su cuello y acurrucarse contra su pecho mientras se llevaba el pulgar de la otra mano a la boca

El corazón de Lacey se desbordó de emoción al ver a Brandon acariciar la espalda de Ruby al tiempo que decía:

—No te preocupes. Voy a llevarte lejos de esa gente.

Entonces miró hacia Lacey que los observaba conmovida y que, al ver la determinación y la actitud protectora de Brandon, volvió a sentirse asaltada por el sentimiento de culpa.

—Muévete, Lacey. Tienes exactamente cuatro minutos para organizarte —dijo él, sacándola de su parálisis.

Trece horas más tarde, Lacey estaba en la escalinata de la lujosa mansión de estilo palladio a la que había llegado por la mañana, con la misma sensación de irrealidad en la que llevaba instalada desde hacía veinticuatro horas.

El helicóptero de Brandon aterrizaba en el lateral, donde estaba la piscina cubierta de la que Ruby y ella habían disfrutado por la tarde.

Estaba hecha un manojo de nervios.

No habían hablado desde que el chófer había dejado a Brandon en sus oficinas centrales antes de continuar el viaje hasta Wiltshire. Y el poco tiempo que habían compartido en la limusina, ella había tenido que consolar a una asustada Ruby, después de la precipitada y angustiada carrera entre la masa de periodistas, que los guardaespaldas habían logrado contener a duras penas.

El bosque próximo apenas amortiguaba el ruido del helicóptero, pero Lacey dudaba que Ruby, que dormía en la suite que habían encontrado preparada para ellas con juguetes incluidos, fuera a despertarse ni aunque hubiera un terremoto.

Había sido un día agotador. Entre otras cosas, porque Lacey no había dejado de repetirse las palabras que Brandon le había susurrado al separarse: «casarnos es la única solución, Lacey. En cuanto nos veamos, tenemos que hablarlo».

Lacey se rodeó la cintura con los brazos para frenar su corazón, que amenazaba con saltársele del pecho. Brandon bajó del helicóptero acompañado de Daryl y de otro ayudante al que no conocía, y fue hacia ella, el traje pegándosele al cuerpo por el aire que removían las hélices.

Daryl le había mandado un mensaje anunciándole que Brandon llegaría tarde y que hablarían a la mañana siguiente, pero ella había preferido no esperar porque sabía que le resultaría imposible dormir si no tenían «la conversación». Además, quería darle las gracias por haber rescatado a su familia.

La ansiedad que había conseguido contener durante el día volvió con fuerzas renovadas, asfixiándola. Porque ya no estaba tan segura de que casarse con Brandon fuera una idea tan descabellada.

Finalmente llegó junto a ella; sus ojos verdes reflejaban la luz del atardecer.

—Hola, Lacey —saludó con voz grave—. Le he dicho a Daryl que te avisara de que llegaría tarde.

Lacey intentó no tomar su brusquedad por descortesía. Debía de estar cansado. Llevaba todo el día ocupándose de contener a los medios, incluso había convocado una rueda de prensa, con lo que detestaba hablar de su vida privada. Y no era de extrañar. Lacey había constatado por primera vez lo aterrador que podía ser. Pero al menos ella había podido aislarse, mientras que él había tenido que enfrentarse solo a la exposición pública.

—Lo sé —contestó ella, sintiendo los nervios retorcerse en su estómago, —pero quería esperarte y darte las gracias. Además de hablar de lo que has dicho antes.

Daryl y el otro hombre se retiraron a las casas donde se alojaba el personal, al otro lado del jardín.

—Tomemos una copa —dijo Brandon bruscamente. Y, tomándola del codo, la guio a una impresionante biblioteca contigua al vestíbulo.

Cruzó la habitación hacia un mueble-bar y encendió una lámpara que iluminó su rostro tenuemente. Lacey se dio cuenta de que no estaba solo cansado; las ojeras y la tensión de su rostro le daban un aspecto más alterado y vulnerable que nunca.

Sin preguntar, Brandon sirvió dos whiskys y le pasó uno. Bebió el suyo de un trago y, sirviéndose un segundo, preguntó:

—¿Por qué querías darme las gracias exactamente?

—Por rescatarnos esta mañana y por enfrentarte solo a la prensa —dijo ella.

—Ruby es mi hija, ¿qué esperabas que hiciera? —replicó él con aspereza—: ¿Dejaros en manos de esos buitres?

El sentimiento de culpa asaltó una vez más a Lacey.

—Lo siento. Te he subestimado.

—Eso parece —Brandon la miró fijamente.

Lacey se dio cuenta de que estaba al borde de las lágrimas. Era evidente que también ella estaba cansada y sensible, y que, por encima de todo, necesitaba prolongar la tregua a la que habían llegado para buscar una solución que fuera aceptable para ambos.

—Yo sigo queriendo que nos casemos, Lacey —se adelantó a decir él.

Ella contuvo el aliento al oír su determinación, y se dio cuenta de que, al contrario de lo que había creído, todavía no estaba preparada para tener aquella conversación.

Bebió un sorbo de whisky y sintió el líquido calentarle la garganta.

—Sé que no confías en que te deje establecer una relación con Ruby sin...

Brandon alzó la mano para detenerla.

—No es solo eso —explicó. Y las líneas alrededor de sus labios se suavizaron levemente—. Tanto tú como Ruby necesitáis mi protección. Y solo puedo proporcionárosla si nos casamos. ¿No te ha bastado la experiencia de hoy?

Lacey bajó la mirada al líquido ámbar. Podía argumentar que Ruby no era una propiedad, pero la enmudeció el recuerdo de Brandon con la niña en brazos, aferrada a su cuello mientras, él la conducía hasta el coche, ocultándola de los flashes, entre la nube de periodistas.

Pero antes de que pudiera poner sus ideas en orden, el añadió:

—Pero esto no es solo por Ruby, sino por nosotros.

«¿Nosotros?». La palabra golpeó el pecho de Lacey entre la promesa y la amenaza.

—¿Qué quieres decir con «nosotros»? —preguntó, obligándose a sostenerle la mirada.

—Voy a necesitar tu ayuda para llegar a conocer a Ruby. La paternidad se escapa de mis habilidades naturales —explicó él.

La admisión de su inseguridad conmovió a Lacey y le resultó... reveladora. Tanto porque desvelaba la incertidumbre que sentía ante la responsabilidad que asumía, como por lo excepcional de que estuviera dispuesto a mostrarse vulnerable.

—El matrimonio es el mejor camino para conocernos mejor —continuó él. —Quiero que Ruby confíe en mí. Para eso, yo tengo que confiar en ti. Y eso supone pasar tiempo juntos.

Lacey dio otro sorbo al whisky.

—Vale.

Una llamarada prendió en los ojos de Brandon.

—«Vale», ¿te casarás conmigo?

—«Vale», lo consideraré —contestó Lacey.

Brandon dejó escapar una risa crispada. Llevaba todo el día pensando en aquella conversación y en qué estrategia usar para convencerla, pero como de costumbre, Lacey lo tomaba por sorpresa. Igual que la emoción que había sentido al tomar a Ruby en brazos aquella mañana.

Ver a su hija, a Lacey y a su hermana asediadas por aquellos mongrelos, sentir cómo la niña se aferraba a su cuello, confiando en él para que la protegiera, había cambiado algo fundamental en su interior: la idea de ser padre, hasta entonces meramente teórica, de pronto se hizo real.

—¿Qué hay que considerar? —preguntó, decidiendo seguirle la corriente.

Los dos estaban cansados y Lacey parecía estar en una disposición mucho más flexible que el día anterior en su despacho. Era el momento de aplicar la mano izquierda y abandonar la severidad. De hecho, debía haberlo hecho ya antes. Él, que se enorgullecía de ser un genio de las negociaciones, actuaba torpemente en cuanto tenía a Lacey delante.

Tal vez porque ansiaba demasiado aquel matrimonio.

Llegaría el momento en el que se cansara de ella, puesto que jamás había mantenido una relación duradera. Cuando llegara, resolverían un divorcio amigable y para entonces, él ya habría establecido una relación estrecha con su hija.

—¿En qué tipo de matrimonio estás pensando? —preguntó ella, ruborizándose.

Brandon la miró expectante.

—El normal.

—¿No solo un matrimonio sobre el papel?

Brandon tuvo que contener la risa ante su inocencia.

—Claro que no. ¿Por qué íbamos a querer un matrimonio sin sexo? —posó una mano en su mejilla, preguntándose si en el fondo seguía existiendo la joven del pasado y excitándose al pensar en descubrirla. —El sexo es lo que hacemos mejor juntos —continuó. —¿Por qué negárnoslo?

Ella se echó a un lado, pero Brandon vio su garganta contraerse al tragar. Dejó caer la mano y recordó que, en una negociación, a veces era conveniente adelantarse a la propuesta del oponente.

—Pero tú decides, por supuesto. No pienso obligarte a nada —dijo.

«Porque seducirte será mucho más gratificante».

Finalmente, Lacey asintió, pero con un destello en los ojos que Brandon no pudo interpretar.

—Entiendo —dijo ella.

Brandon tuvo que contener de nuevo la risa porque estaba seguro de que no tardaría en descubrir hasta qué punto era imposible ignorar la química que había entre ellos.

—Permite que te haga una demostración —dijo.

Y, empujándole la barbilla con los nudillos para alzar su rostro, rozó con sus labios los de ella.

Lacey los abrió instintivamente, demostrando hasta qué punto Brandon estaba en lo cierto y a su vez despertando el deseo y la necesidad en él.

En su lengua probó el whisky y el dulzor de la boca de Lacey. Ella le devolvió el beso con igual pasión, entrelazando su lengua con la de él, dejando que la tensión y la angustia de las últimas horas se convirtiera en una arrasadora ola de deseo.

Lacey apoyó las manos en su pecho mientras él le asía la cabeza y se la inclinaba para tener mejor acceso a su boca. Sus músculos temblaron cuando ella se aferró a su camisa para atraerlo hacia sí...

Brandon rompió el beso a su pesar, pero al ver el rostro sofocado y la mirada vidriosa de Lacey, supo que era el momento de atacar.

—Cásate conmigo, Lacey —musitó con voz ronca.

Ella retrocedió, mordisqueándose el labio inferior, mientras Brandon esperaba su respuesta con mucha mayor ansiedad de la que hubiera querido.

Lacey entonces asintió con la cabeza.

—Está bien —dijo. Pero la satisfacción que Brandon sintió por su triunfo quedó aplastada cuando ella añadió—: Pero quiero dormitorios separados.

«Ni hablar».

Brandon se mordió la lengua para contener la respuesta automática que brotó de su pecho

¿Qué demonios le pasaba? ¿Por qué iba a querer compartir dormitorio con ella cuando no lo había hecho jamás?

—Si eso es lo que quieres, de acuerdo —dijo, forzando una sonrisa tranquilizadora. —Pero quiero que celebremos la boda lo antes posible.

No podía arriesgarse a que Lacey cambiara de opinión.

—Muy bien —dijo ella.

Y cuando dio media vuelta para marcharse, Brandon volvió a sentir la euforia de la victoria. Después de todo, la petición de Lacey no le impedía explorar la explosiva química que había entre ellos en cuanto se casaran.

Capítulo 10

A LA mañana siguiente Brandon fue hacia el ala este de la mansión sintiéndose agotado y revuelto. Apenas había pegado ojo desde el beso de la noche anterior porque, aunque Lacey había accedido a casarse con él, seguía teniendo el poder de alterar su ánimo.

Además, el día anterior ya estaba exhausto después de un día espantoso. Odiaba hablar con la prensa y tener que volver a una casa que acumulaba tan malos recuerdos de infancia no había contribuido a levantarle el ánimo.

Pasó de largo el despacho de su padre sin poder contener el escalofrío que lo estremecía desde que era niño.

Siempre que le había hecho acudir allí era para castigarlo, criticarlo o exigirle algo. Cualquier cosa que sirviera para recordarle que no era merecedor del apellido que llevaba. Brandon no recordaba que le hubiera dirigido nunca alguna palabra amable o afectuosa.

Por eso evitaba alojarse en aquella propiedad: porque le recordaba demasiado al niño inseguro y obediente que, sometido a una crítica constante, había llegado a internalizarla.

Intentando olvidarlo, cruzó el pasillo y llegó a la puerta de las habitaciones en las que se habían establecido Lacey y Ruby. Antes de llamar, oyó el sonido amortiguado de las risas de la niña y se le aceleró el corazón con el temor que solía asaltarlo.

«No seas idiota, Cade. No eres igual que tu padre. No podrías serlo ni aunque lo intentaras».

Casarse con Lacey le facilitaría formar un vínculo con su hija. Y el ama de llaves le había dado una idea para empezar a conquistarla. Aun así, cuando levantó la mano para llamar a la puerta, sintió que le pesaba una tonelada.

La risa cesó y la puerta se abrió de par en par.

Lacey llevaba unos pantalones de yoga que realzaban su figura y una camisola de tela fina que se pegaba a sus senos. Descalza, sin maquillaje y con el cabello rizado alborotado, parecía que acabara de levantarse de la cama.

Brandon sintió un calor instantáneo en la ingle y algo mucho más explosivo... un irritante anhelo.

¿Por qué no podían ser sus sentimientos hacia aquella mujer más simples y reconocibles?

—Hola, Brandon —dijo ella. —No te esperábamos.

Él frunció el ceño, preguntándose si no debía haber anunciado su plan por adelantado. Pero, antes de que pudiera decir algo, Lacey le invitó a pasar.

—¿Quieres desayunar con Ruby y conmigo? —preguntó con una amabilidad no exenta de cierto nerviosismo.

—Sí, claro —masculló Brandon.

Le inquietaba ver cómo lo presentaba a la niña, porque prefería establecer una relación con ella antes de que supiera que era su padre.

«Deberías habérselo comentado anoche, en lugar de besarla como un adolescente».

Pero Lacey lo sacó de dudas en cuanto entró en la habitación.

—Ruby, ¿te acuerdas de Brandon? Ayer te llevó al coche en brazos. Va a desayunar con nosotras.

El alivio de Brandon duró poco, ya que, al ver a la niña, su hija con un pijama con dinosaurios de colores sentada a la mesa pensó lo mismo que cuando se había abrazado a él asustada: «Es tan pequeña. ¡Cómo puede ser tan menuda y tan perfecta!».

Carraspeó antes de saludar.

—Hola, Ruby.

Ella lo miró inquisitiva.

—Hola, señor Brandon —saludó.

Él se estremeció porque el uso de la palabra «señor» le recordó a su padre, que le exigía usarla siempre que se dirigía a él.

—Puedes llamarme solo Brandon.

—Vale —contestó Ruby.

Brandon se quedó callado, sin saber cómo hablar a una niña de cuatro años. Pero entonces recordó la sugerencia de su ama de llaves y dijo:

—He pensado que podíamos ir a la casa del guardés. Su perra, Maisey, ha tenido cachorritos y están buscándoles casa —Brandon miró hacia Lacey, que lo observaba con dulzura, alentándolo. —Si a tu madre le parece bien, he pensado que podías quedarte uno.

—¡Un perrito! —exclamó la niña con una sonrisa luminosa. —¿Puedo, mamá? —preguntó a su madre dando saltitos de felicidad

—Claro que sí. Me parece una gran idea —dijo Lacey.

Antes de que acabara, Ruby saltó de la silla, corrió hacia Brandon y se abrazó a sus rodillas. Luego, inclinando la cabeza para mirarlo con ojos brillantes y con el hoyuelo de la mejilla más marcado que nunca, dijo:

—Gracias, gracias, señor Brandon.

Y en aquella ocasión a Brandon no le importó que siguiera llamándolo «señor». Mirándola enmudecido, sintió el corazón golpearle el pecho y un instinto protector le presionó el pecho al pensar lo inocente y vulnerable que era. ¿Cómo podía ser tan sencillo ganarse su confianza?

—¿Podemos ir ya? ¿Podemos, porfa?

Brandon se dio cuenta de cuánto tenía que aprender en cuanto abrió la boca para asentir de inmediato, pero fue rectificado con suavidad por Lacey.

—Primero tienes que acabar de desayunar, Rubes. Y luego, vestirte. No puedes ir a por tu perrito en pijama, ¿verdad?

La niña rio divertida.

—No, claro. No quiero que piense que soy tonta.

Entonces soltó las piernas de Brandon y con toda naturalidad, alzó la mano. Brandon la tomó instintivamente y aunque le resultara extraño, en cuanto sus rechonchos deditos se cerraron alrededor de los de él, la presión que sentía en el pecho se mitigó.

—Si es una perrita la voy a llamar Campanilla —dijo la niña tirando de él hacia la mesa.

Y no dejó de parlotear mientras Lacey servía el desayuno.

Brandon agradeció que su hija no exigiera participación de su lado, porque apenas lograba articular palabra.

No recordaba haberse sentido nunca tan contento de no llevar el timón.

Lacey cerró la puerta del dormitorio de Ruby suavemente, donde la niña se había quedado dormida para disfrutar de una merecida siesta después de pasar la mañana con su padre y su nueva Jack Russell, Campanilla.

—Es agotadora —musitó Brando.

Pero lo dijo en un tono de afecto que conmovió a Lacey.

Había tratado a la niña con una paciencia y una delicadeza exquisitas. También había estado un poco nervioso, lo que en él era una auténtica novedad. Y sabía que el abrazo de Ruby cuando le había hablado de los cachorros, lo había conmovido.

—Está muy excitada —dijo Lacey.

—Adora a la perrita. Nunca hubiera imaginado que alguien pudiera hablar cuatro horas seguidas sobre un tema —bromeó él.

Lacey rio. Le resultaba reconfortante poder hablar tan cómodamente sobre su hija. La de ambos.

—Sí, está loca por Campanilla —comentó. Y añadió. —Se parece mucho a ti.

Brandon pareció sorprenderse.

—Me alegro —dijo, metiendo las manos en los bolsillos. —No quiero... no quiero que me tenga miedo.

—No le das ningún miedo —dijo ella, sorprendida a su vez.

¿Por qué iba a temerlo cuando había sido encantador con ella, escuchando todo lo que tenía que contar sobre su perrita y llevándola en brazos cuando se cansó de vuelta a casa?

—Sospecho que la idea del perrito ha ayudado —comentó él.

—Pero no es el único motivo —dijo Lacey, queriendo transmitirle seguridad. —¿Cómo se te ocurrió la idea? —preguntó, intrigada.

—Siempre he estado dispuesto a recurrir al soborno para conseguir lo que quiero —bromeó él, pero su mirada seductora pareció insinuar otros significados.

—Lo sé —contestó ella, convencida de que su intención era recordarle el beso de la noche anterior. —Pero la idea del perrito ha sido genial y me preguntaba cómo se te había ocurrido —insistió.

Brandon se encogió de hombros, pero desvió la mirada hacia la ventana como si evitara responder.

Lacey tuvo la seguridad de que había algo más profundo de lo que pretendía fingir y que estaba tratando de decidir si compartirlo o no con ella.

El corazón se le encogió al darse cuenta de hasta qué punto le importaba lo que dijera, porque podía darle nueva información crucial sobre su infancia.

Finalmente, Brandon volvió a mirarla fijamente, pero con una emoción en los ojos que probablemente habría preferido esconder.

—Campanilla desciende de un cachorrito que yo tuve aquí de pequeño —dijo. Y por sus ojos pasó un brillo en el que Lacey percibió amargura y frustración.

Sin embargo, continuó en un tono neutro, impersonal:

—Yo adoraba a ese perrito. Era mi único amigo —dejó escapar un risa amarga. —Crecí solo, rodeado de personal de servicio. Apenas veía a mi padre, pero un día me vio jugar con él... Me lo había regalado el padre del guardés actual, cuando cumplí cinco años. Cuando mi padre me llamó a su despacho, pensé que me iba a hacer también un regalo, aunque nunca me había hecho ninguno. Pero se limitó a decirme que era hora de que fuera a un internado y que buscarían otra casa para el perro.

Lacey ahogó una exclamación.

—Pe-pero ¿cómo pudo ser tan cruel?

Brandon se encogió de hombros, inexpresivo.

—Quería hacerme fuerte.

—Suena a que era un imbécil —dijo Lacey sin poder contener su enfado con aquel hombre. ¿Era ese el motivo de que Brandon reprimiera sus emociones?

—Lo era —dijo él, mirándola—. Pero tengo que admitir que funcionó.

—¿Sí? —preguntó Lacey, sintiendo lástima de él.

Al contrario que Milly y ella, cuando Brandon se había sentido rechazado no había contado con nadie a su lado en quien apoyarse.

Alzó la mano a su rostro y le acarició la mejilla.

—No... —dijo él, retirando la cara. —No te confundas, Lacey. Ya no soy ese niño desvalido.

Lacey bajó la mano, consciente de que Brandon acababa de volver a levantar un muro a su alrededor.

—Ya no soy ese crío indefenso —continuó él. —Ahora considero la soledad una fortaleza.

Era una advertencia y así la interpretó Lacey: cualquier afecto o cariño que manifestara por su hija se limitaba a la niña.

Pero eso no impidió que ella imaginara a ese niño pequeño tratado con tanta crueldad por quien debía haber cuidado de él.

Y le conmovió aún más pensar en el hombre que aquel día se había esforzado tanto por establecer un vínculo con una niña, su hija, cuya existencia había desconocido hasta una semana atrás.

Quizá no quería que lo compadeciera, pero contaba tanto con su compasión como con su admiración.

Por otro lado, para ella la soledad no había sido nunca un símbolo de fortaleza ni tenía el menor interés en cambiar de opinión.

—¿Has hablado ya con Ruby sobre la boda? —preguntó Brandon.

—No, todavía no —respondió ella, desconcertada por el cambio de tema. Necesitaba poner en orden sus pensamientos y sus emociones para poder relacionarse con él en un plano de igualdad. —Pensaba... que podríamos decírselo juntos —concluyó.

Brandon frunció el ceño.

—No va a ser posible, a no ser que quieras esperar un par de semanas. Esta tarde me voy a Estados Unidos. El acuerdo con Atlanta ha fracasado y quiero explorar otras posibilidades. Volveré justo para la boda.

—Ah —Lacey se sintió desilusionada. A pesar de la constante tensión que había entre ellos, iba a echar a Brandon de menos.

Verlo con Ruby le había permitido atisbar al hombre que se ocultaba tras la máscara de poder y control con la que se presentaba ante el mundo.

Era evidente que él no quería darle ninguna información personal, pero había accedido a casarse con él en tres semanas y estaba decidida a conocerlo lo mejor posible por mucho que él quisiera evitarlo.

—Por cierto, el equipo de Relaciones Públicas ha sugerido que nos vayamos de luna de miel a la isla Cade, en Bermudas, para que

convenzamos a la prensa de que la boda es genuina —Brandon la miró fijamente—. Si quieres, podemos llevarnos a Ruby.

Lacey entendió que le ofrecía una salida al darle la oportunidad de interponer a la niña como barrera. Y aunque por un lado sospechaba que se trataba de una oferta sincera, por otra, intuyó que era una forma de retarla y comprobar hasta qué punto era una cobarde.

Si se iban solos de luna de miel no habría manera de contener la química que había entre ellos y en aquel momento, Lacey no estuvo segura de querer evitarla. Después de todo, ¿qué mal había en aprovechar una semana en el paraíso para comprobar si aquel podía llegar a ser un matrimonio de verdad?

Inhaló y exhaló lentamente.

«Atrévete, Lacey. Vale la pena arriesgarse». Sacudió la cabeza.

—Ruby ya ha visto su rutina suficientemente alterada. Además, no va a querer dejar a Campanilla. Milly puede cuidar de ella.

Su hermana iba a llegar el fin de semana porque el colegio en el que trabajaba también se había visto asediado por la prensa y, de acuerdo con Brandon, habían decidido que era mejor que se uniera a ellos en Wiltshire.

Una llamarada prendió en los ojos de Brandon.

—Muy bien, haré que organicen el viaje para los dos —miró el reloj. —Tengo que marcharme —y, mirando hacia la habitación de Ruby, añadió—: Despidete de mi parte. ¿Te parece que le contemos lo de la boda en una videoconferencia?

La sugerencia confirmó a Lacey que Brandon empezaba ya a tener más confianza en sí mismo en su relación con Ruby.

—Me parece muy bien —contestó ella.

Cuando Brandon dio media vuelta para irse, Lacey sintió que se le hacía un agujero en el estómago al pensar en no verlo durante tantos días. Pero entonces él se detuvo y se volvió.

—Por cierto, Lacey —empezó, con una mirada ardiente que no dejaba lugar a duda respecto al significado de sus palabras—: Será mejor que te protejas con un anticonceptivo más seguro que los preservativos antes de la luna de miel.

Y, sin más, salió de la habitación, dejando a Lacey con los nervios, y las hormonas, a flor de piel.

Capítulo 11

Tres semanas más tarde

—**R**uby, es hora de dormir —dijo Lacey desenlazando los brazos de la niña de su cuello.

—Pero no tengo sueño, mami —dijo Ruby, bostezando y reclinándose en la almohada. —Campanilla ha hecho fenomenal de dama de honor, ¿verdad, señor Brandon? —añadió, sonriendo a Brandon, que estaba de pie, detrás de Lacey.

Apenas habían tenido la oportunidad de hablar en las cinco horas que habían transcurrido desde la ceremonia nupcial, que había tenido lugar ante un grupo cuidadosamente seleccionado de quinientos invitados.

La lujosa celebración había pasado para Lacey en una nebulosa de nervios. Al ver a Brandon con su perfecto traje hecho a mano y sus brillantes ojos verdes, se había sentido en una nube de la que no había bajado todavía.

Estaba exhausta, y despedirse de Ruby contribuía a que se sintiera aún más emocional. ¿Cómo podía haberse casado con un hombre al que apenas conocía? Todo lo relativo a la vida y al mundo de Brandon le resultaba abrumador, excepto lo único que verdaderamente los unía: Ruby.

Siendo así, ¿por qué había sugerido dejar a la niña atrás?

—Campanilla ha sido muy buena —dijo Brandon. Descansando una mano en el hombro de Lacey, —pero no tanto como tú, Ruby. Me he sentido muy orgulloso de ti.

Sus palabras no podían ser más apropiadas e iluminaron el rostro de Ruby con una sonrisa resplandeciente.

Pero súbitamente dejó de sonreír y su mirada se veló con una melancolía que Lacey no supo interpretar.

—¿Ahora eres mi papá? —preguntó la niña.

Lacey sintió la mano de Brandon tensarse y el corazón le saltó en el pecho ante la inocente pregunta de Ruby.

Brandon había hecho varias videollamadas desde Estados Unidos, pero una vez habían anunciado a Ruby la boda, había elegido no desvelarle su verdadera identidad. Lacey no había querido presionarlo. Después de todo, era él quien debía decirle que era su padre biológico y respetaría sus tiempos. Aun así, pudo percibir la emoción contenida en la voz de Brandon cuando contestó:

—Sí, Ruby, soy tu papá —dijo. —Si quieres puedes llamarme «papá» y no señor Brandon.

—¿Puedo? —la euforia en la pregunta de Ruby quebró el corazón de Lacey

—Sí. Me gustaría mucho que lo hicieras —respondió Brandon.

Con una sonrisa soñolienta, Ruby comentó:

—Latisha me dijo que yo no tenía papá —se refería a una de sus amiguitas de la guardería. —Pero ya no es verdad.

El sentimiento de culpabilidad atenazó la garganta de Lacey. Era la primera vez que Ruby mencionaba la ausencia de un padre.

Inclinándose por encima de ella, Brandon besó a Ruby en la frente y con una mirada llena de calidez y afecto, dijo:

—Tu papá dice que es hora de dormir

Ruby asintió.

—Vale, papá —dijo, con la clara intención de usar la palabra lo más posible.

Lacey sonrió, conteniendo su sentimiento de culpa, y la arropó.

—Papá y yo te llamaremos desde la isla todos los días. Y Milly estará aquí contigo, ¿de acuerdo?

Ruby dio un enorme bostezo.

—Milly me ha dicho que mañana podremos jugar con Campanilla —dijo, animada. —Buenas noches, mamá y papá.

Y girándose de lado se quedó dormida de inmediato.

El corazón de Lacey se aceleró cuando, al incorporarse, encontró a Brandon mirándola fijamente.

Sin corbata ni chaqueta, con los primeros botones de la camisa desabrochados y la sombra de la barba oscureciéndole el mentón, presentaba un aspecto desaliñado, relajado y devastadoramente guapo. Pero el fiero brillo de sus ojos no tenía nada de apacible.

Lacey habría querido decirle numerosas cosas, empezando por disculparse de nuevo por haberle ocultado la existencia de Ruby tanto tiempo, pero él se le adelantó:

—Tienes veinte minutos para cambiarte y despedirte. Nos vemos en el helipuerto —dijo en un tono distante a pesar del calor de su mirada.

Mientras sentía que esa mirada atravesaba el vestido de seda y encaje y que sus nervios se activaban como descargas de electrones, Lacey se dio cuenta de que las barreras que Brandon había dejado caer durante el día, de cara a la prensa y a los invitados, habían vuelto a erigirse.

Pero se esforzó por no dejarse llevar por su miedo al rechazo. Brandon no era como su padre. Quizá todavía no confiaba en ella, pero después de verlo con Ruby y de sentir durante la ceremonia y la celebración sus ojos clavados en ella constantemente, pensaba mantener la esperanza.

No podía seguir disculpándose por haber cometido un error cinco años atrás y estaba decidida a aprovechar la oportunidad que le ofrecía la luna de miel para pasar página.

Brandon observó a su nueva esposa aproximarse al helicóptero y fue consciente de que estaba a punto de perder el control que había ejercido sobre sí mismo todo el día. Con unos vaqueros, una camiseta y una cazadora estaba tan preciosa como aquella mañana, cuando la había visto avanzar por el pasillo hacia el altar, seguida de su hermana y de su hija, vestidas a juego. Los invitados habían quedado cautivados por la encantadora niña y el cachorro al que intentaba dirigir con la correa, y a él se le había puesto un nudo de emoción en la garganta que todavía no había conseguido deshacer.

En aquel momento, su esposa tenía toda su atención. La acompañaba su hermana, de la que se despidió con un abrazo. Luego Milly lo saludó con la mano antes de volver a la casa y él le devolvió el saludo.

Lacey agachó la cabeza para evitar las hélices y fue hacia él con una pequeña mochila al hombro. El resto del equipaje había sido enviado en otro vuelo.

Brandon había percibido su nerviosismo todo el día, desde el momento en el que había alzado el velo de su rostro y había visto sus ojos brillando de inquietud y determinación.

Aunque aquel matrimonio tuviera un carácter práctico, el de asegurar el futuro de Ruby y limitar los daños a su reputación aireados por la prensa por su «hija secreta», había adquirido una naturaleza completamente real.

Tal vez no pudiera ni entregarle su corazón, porque necesitar a alguien debilitaba. Pero mientras Lacey se acercaba, refrenando el paso al tiempo que la tensión en su cuerpo se incrementaba, Brandon recordó la enorme conmoción que había sentido cuando su hija lo había llamado «papá» por primera vez.

Quizá, y en contra de lo que había creído hasta entonces, sí tenía corazón. El orgullo y el sentimiento protector que Ruby despertaba en él tenía que ser lo más parecido al amor.

Pero amar a su hija era muy diferente a amar a su madre. Y no debía olvidarlo. Lo que sentía por ella, como en aquel momento, cuando ya llegaba a su lado, era puro deseo sexual.

Las hélices del helicóptero se aceleraron, impidiendo cualquier intento de conversación.

Pero cuando Lacey se detuvo ante él, Brandon le dio un beso brusco y apasionado. Aunque no fuera amor, quería demostrarle que le pertenecía, que era suya en todos los sentidos.

Lacey apoyó las manos en su pecho. Él alzó la cabeza, decidido a mantener el control.

Había esperado tres meses, conteniendo un creciente apetito por ella, sintiendo que enloquecía mientras hacía sus votos a su lado en la ceremonia o mientras celebraban el banquete...

Ella había interpretado el papel de novia expectante, pero él sabía que el deseo que brillaba en sus ojos era auténtico. Y él tenía la intención de hacerla esperar... Porque se negaba a que aquel intenso deseo lo pusiera en una posición de desventaja.

La guio al interior sin mediar palabra y vio que se ponía el cinturón con dedos temblorosos.

Se alegraba de que hubiera accedido a ir de luna de miel sola. Adoraba a Ruby y todo en ella le fascinaba, pero quería explorar la química que tenía con su madre y lograr librarse de parte de la ansiedad

que le producía. No quería que su anhelo físico lo distrajera del motivo único de aquel matrimonio.

Sus sentimientos hacia ella eran más complejos de lo que querría y ya le había hecho más confidencias que a ninguna otra mujer. Por eso mismo no podía permitirse estrechar el vínculo con ella y darle un poder que jamás había otorgado a nadie

Mientras el helicóptero elevaba el vuelo, se obligó a mirar hacia la oscuridad del exterior.

Aquella noche no consumarían su matrimonio. Tenían un vuelo de ocho horas desde Heathrow y luego dos horas de barco hasta la isla.

Había pedido que les pusieran en bungalós separados, manteniendo su promesa inicial. Pero cuando finalmente poseyera a su esposa, sería en sus propios términos... y cuando él lo decidiera.

Capítulo 12

LACEY bostezó, despertada por la luz de la mañana que atravesaba las contraventanas del lujoso bungalow de la playa.

Se incorporó soñolienta y confusa con el recuerdo del viaje a Las Bermudas. Después de un vuelo en helicóptero y en avión, y un viaje en yate, habían llegado antes del amanecer a la isla, con sus coloridas y pintorescas casas y, finalmente, al embarcadero en una deslumbrante playa de arena blanca. La espectacular casa principal, con gimnasio, restaurante y piscina, así como los preciosos y cómodos bungalós que salpicaban la playa, la habían dejado sin palabras.

Pero lo que recordaba mejor era el silencio de Brandon.

Ni le había hablado ni la había tocado después del beso al pie del helicóptero. Y mientras el beso le había hecho sentirse como si la marcara a fuego, a continuación, había tenido la impresión de ser un juguete arrinconado que Brandon quería poseer, pero con el que no quería jugar.

Y, sin embargo..., Lacey frunció el ceño al tener aquella sensación de percepción alterada que Brandon podía despertar en ella con solo mirarla.

¿La habría ignorado a propósito para dejarle claro que solo quería de ella una cosa?

¿Pretendía con ello castigarla el resto de su vida por haberle ocultado el nacimiento de su hija?

Pero, aunque él no pudiera perdonarla, ella tenía que perdonarse a sí misma o volvería a ser la joven que se culpaba a sí misma porque su padre fuera incapaz de amarla.

Así que Brandon tendría que superar su enfado y confiar en ella si quería establecer una relación sana con Ruby y empezar una nueva vida juntos.

El pulso se le aceleró. Si es que tenían un futuro juntos... Tragó saliva para deshacer el nudo de la inseguridad.

Sabía que Brandon veía aquel matrimonio como un medio, no como un compromiso de vida. Lo había dejado muy claro, pero ella había decidido acudir a la isla sola con él para explorar las posibilidades de su relación. Y se negaba a desalentarse... o a que Brandon la pusiera en su sitio.

Había accedido a celebrar una boda multitudinaria, con organizadora de bodas y equipo de diseñadores, floristas y un largo etcétera que le habían hecho sentirse más como una actriz que como una mujer en el día de su boda.

¿Había sido esa la intención de Brandon: dejarle claro que no tenía un espacio real en su vida?

«Pues estás muy equivocado, Cade».

Lacey saltó de la cama con una firme determinación.

No sabía dónde estaba Brandon, pero no pensaba ir a buscarlo como un cachorrillo necesitado de afecto.

El encargado que la había acompañado al bungaló había mencionado entre los distintos atractivos de la isla una cascada que quedaba a unos tres kilómetros de distancia.

Rebuscó entre la ropa de diseño que había seleccionado para ella una estilista porque, aparentemente, no tenía el criterio necesario para elegir la ropa adecuada como mujer trofeo de Brandon. Tras ponerse un bikini absurdamente pequeño, una túnica de lino, unas prácticas sandalias y preparar una mochila con agua, crema protectora y antimosquitos, se puso en marcha.

Contempló admirada el sol reflejándose en el agua turquesa y el arrecife de coral que podía atisbarse en el fondo. Una suave brisa mecía las palmeras que bordeaban la playa, refrescándole la piel y recordándole lo que sentía cuando Brandon la recorría con la mirada.

Un baño en el agua fría de la cascada era la medicina perfecta para recuperar el control que había entregado a su dominante y déspota nuevo marido.

Aunque él hubiera decidido que aquel no sería un matrimonio de verdad, ella no pensaba plegarse a sus órdenes. Si pensaba que se había

hecho con una esposa dócil, ella le demostraría que Lacey Carstairs, o Cade, no era el títere de nadie.

—¿Dónde demonios está mi mujer? —preguntó airado Brandon al encargado de la propiedad.

—Lo siento señor, ¿no la encuentra en el recinto?

—No.

Brandon había decidido ir a ver a Lacey después de salir a correr y pasar un rato en el gimnasio para librarse de la frustración sexual que sentía, pero solo había conseguido multiplicarla. Después de darse una ducha, se había dirigido a ver a su esposa y dejarse de juegos de estrategia.

—Las chicas del servicio me han comentado que no estaba en el bungalow cuando han hecho la limpieza, hace una hora —comentó el encargado.

—¿Hace una hora? —Brandon pasó de la irritación al temor.

—Pareció interesada en la cascada Jewel cuando la mencioné y me preguntó cómo llegar —sugirió el encargado. —Puede que...

—Haga que el equipo de salvamento recorra la costa con la lancha —interrumpió Brandon.

Aunque lo más probable era que Lacey hubiera ido hacia el interior, había una serie de cuevas que quedaban inundadas con la subida de la marea, y, aunque dudaba que hubiera tomado aquella dirección, no estaba dispuesto a correr ningún riesgo.

—Muy bien, señor. ¿Quiere que mande un grupo hacia la cascada?

—No, gracias. Iré yo mismo.

Si la encontraba allí, pensaba aclararle que no podía marcharse sin decir dónde iba, además de hacerle una demostración inequívoca de cuál sería en el futuro su papel de esposa.

Y no quería tener público para ninguna de las dos cosas.

Lacey suspiró de gusto al sentir el agua fresca recorrerle la espalda. Había hecho el recorrido hasta la cascada tranquilamente, admirando las vistas y la vegetación. Pero al llegar a su destino se había quedado boquiabierto. Un chorro de agua cristalina caía desde una grieta de piedra cubierta de musgo hasta una poza rodeada de hibiscos y adelfas.

En aquel instante, sin embargo, no estaba tan interesada en la belleza del entorno como en disfrutar de la paz y del frescor del agua sobre su piel.

Echó la cabeza hacia atrás y emitió un gemido de placer al tiempo que salía del agua. Pero al abrir los ojos, la sacudió una vibrante sensación al ver la figura de su marido que, desde un par de metros, con los pies metidos en el agua hasta los tobillos, unos pantalones sueltos de algodón y una camisa abierta, la miraba con tal intensidad que los pezones se le endurecieron y un calor ardiente le contrajo el vientre.

¿Desde cuándo estaba ahí, observándola?

Brandon alargó la mano hacia ella y, doblando el índice, le indicó que se acercara. Lacey se estremeció de deseo, pero, echándose el cabello hacia atrás se preguntó cómo reaccionar.

Podía negarse a obedecer y a que la usara como un juguete con el que de pronto decidía jugar. Pero aquel golpe de emoción que en cierta medida la llevaba a hacer lo que él quisiera, también le hacía sentirse viva. Y se dio cuenta de que, negándole a él lo que quería, también se lo negaba a sí misma.

El anhelo se hizo una bola de fuego en su vientre.

Brandon tenía la experiencia y le gustaba dominar y ser quien controlaba sus encuentros sexuales, pero cabía la posibilidad de que, si ella actuaba con osadía y decisión, pudiera arrebatarle parte de ese poder,

Caminó hacia él sosteniéndole la mirada y se detuvo a unos centímetros.

Al ver el pronunciado abultamiento de su bragueta se sintió reivindicada. Sus ojos verdes le recorrieron el cuerpo como una llama de fuego antes de volver a mirarla a la cara.

—Quítatelo —dijo él, indicando con la barbilla la parte de arriba del bikini.

Lacey ahogó una exclamación ante la arrogante orden. Pero, al tiempo que tomaba aire lentamente, se dijo que era absurdo negar una tensión sexual que formaba tan parte de aquel matrimonio como cualquier otro de los sentimientos que ella confiaba en que pudieran ser recíprocos en el futuro. Así que lo miró fijamente y, sonriendo, se soltó el nudo del cuello y sus senos quedaron expuestos con los pezones endurecidos.

Él los recorrió con una mirada abrasadora y cuando alzó los ojos a los de ella, ya no hubo la menor ocultación del intenso deseo que lo devoraba.

—Quítate el resto. Quiero ver a mi esposa desnuda.

Lacey se estremeció al percibir un énfasis en el posesivo «mi» deliberadamente provocador.

Pero se mantuvo firme, decidida a no dejarse intimidar ni por el deseo de él ni por el suyo propio. Brandon era el único hombre con el que se había acostado y que la había visto desnuda. ¿Por qué iban a avergonzarle las estrías plateadas que le había dejado el embarazo? ¿O que sus senos no fueran tan firmes como antes de tener a Ruby, ni las caderas tan estrechas? ¿No estaba orgullosa de la transformación que había sufrido su cuerpo al ser madre?

Como no se había desnudado nunca para un hombre, completó el stripteis con más intención que habilidad. Con dedos temblorosos se retiró el sujetador y lo dejó caer, seguida de la parte de abajo.

Brandon la observó en silencio y entonces ella, cruzándose de brazos, dijo en tono desafiante:

—Ahora te toca a ti. Yo también quiero ver desnudo a mi esposo.

«Es espectacular».

Brandon dejó escapar una risa seca, electrizado por ver el cuerpo desnudo de su esposa y excitado por su osada petición. El deseo palpitaba en su sexo. Ansiaba tocarla y saborearla desde que la había visto bajo la cascada, su cuerpo mojado, su sexo y sus senos apenas tapados por unos pequeños trozos de tela roja.

Pedirle que se quitara el bikini había sido un arma de doble filo, porque en lugar de negarse, ella había accedido en actitud desafiante.

Sumado a sus pezones, endurecidos por la fría agua, el mecerse de sus senos al compás de sus movimientos y el vello púbico recortado cubriendo su sexo, al que pensaba dedicarle toda su atención en breve, tuvo que respirar profundamente para no perder el control.

—Touché —masculló, quitándose la camisa y los pantalones, bajo los que llevaba un bañador que apenas podía contener su erección.

Ella bajó la mirada y Brandon no pudo dominarse más. Tomándole una mano tiró de ella y le besó el cuello mientras con sus ávidos dedos la acariciaba, recorriendo sus curvas y encontrando los calientes y húmedos pliegues de su sexo.

Tomándola en brazos la sacó de la poza, ansioso por poseerla y reclamarla como su esposa. Pero en cuanto la dejó en el suelo, ella posó su mano sobre su endurecido sexo, por encima del bañador.

—No estás desnudo —musitó con la mirada cargada de deseo.

—Porque estoy a punto de estallar —contestó él, quitándole la mano y besándosela. —¿Estás tomando la píldora?

Lacey asintió con la cabeza.

«Menos mal».

Pero el alivio se pasó al instante cuando, mordisqueándole un pezón y oyendo el gemido de Lacey, se dio cuenta de que quería hacer con ella otro bebé. Porque la idea de ver la transformación de su cuerpo con el embarazo se le hizo aún más erótico que verla desnudarse.

«Tienes que perderte en ella antes de volverte loco».

Giró a Lacey de cara a un árbol. Sujetándola por las caderas, acarició las plateadas estrías que su niña había dejado marcadas en ella y liberó su miembro endurecido del bañador.

—Sujétate —musitó al oído de Lacey.

Ella presionó las manos contra el tronco y él le acarició el sexo, dibujando círculos sobre su clítoris para prepararla.

—Te necesito dentro —susurró ella, gimiendo.

Brandon cubrió sus senos con las manos, sujetándola al tiempo que buscaba su entrada para penetrarla por detrás.

Ella se deslizó hacia abajo con decisión para acogerlo plenamente y de inmediato alcanzó el orgasmo.

Brandon se quedó parado, conteniendo sus sacudidas. Pero en cuanto estas empezaron a remitir, volvió a mecerse, queriendo llevarla del nuevo al clímax porque estaba seguro de que podía lograr intensificarlo.

Describió círculos con las caderas, apretando los dientes para contener su propia explosión, decidido a reclamarla, a demostrarle que le pertenecía. Para siempre. Pero mientras se esforzaba con todas sus fuerzas por contenerse y sentía el pulso de la desesperación superarlo, ya no supo quién poseía a quién. Y lo más preocupante fue que ni siquiera le importara.

El brutal placer continuaba intensificándose, arrastrando a Lacey a alturas más elevadas. Cada vez que estaba a punto de llegar, Brandon la elevaba un poco más, volviéndola un amasijo de puras sensaciones.

Gimió, pero se resistió a rogar y clavó los dedos en la áspera corteza para mantener el equilibrio y aguantar las embestidas de Brandon.

Él le retiró el cabello hacia un lado para besarle la nuca. Acarició sus senos y mantuvo el continuo movimiento de sus caderas, sintiendo que Lacey llegaba al borde, pero no alcanzaba a saltar.

Pero entonces bajó una mano hasta su sexo y, localizando y acariciando su pulsante clítoris, susurró:

—Córrete para mí, Lacey.

La ola que la alcanzó la hizo sacudirse y gritar de placer.

Ella oyó el gemido de Brandon al dejarse ir, su enorme sexo crecer aún más en su interior mientras la embestía. Y cuando él se salió de ella y la tomó en brazos para volver a la poza, supo que los dos eran igualmente poderosos.

Se sumergieron en el agua y ella hizo una mueca de dolor cuando Brandon le pasó las manos por el sexo, aún palpitante. Con la voz teñida de deseo, él ordenó:

—Mírame.

Ella abrió los ojos y Brandon añadió:

—No se te ocurra volver a irte sin decirme dónde estás.

Lacey supo que la única manera que tenía de expresar su preocupación era convirtiéndolo en una orden. Pero no quiso dejarse llevar por la emoción y supo que tenía que reclamar su espacio.

—No soy una niña, Brandon.

—No, pero eres mi esposa —dijo él, frunciendo el ceño.

—Eso no significa que tenga que decirte dónde estoy cada minuto.

—¿No? —dijo él, sujetándola por la muñeca. —Pues deberías hacerlo.

Lacey sintió una presión en el pecho, preguntándose si también él notaba la brutal conexión que ella sentía y que le hacía desear más.

—Puede que este no sea un matrimonio convencional —dijo con firmeza. —Pero es un matrimonio entre iguales.

No supo si todavía estaba afectada por la intensidad del sexo, pero en un estado de ensoñación, posó la mano en la mejilla de Brandon y bajó sus defensas para permitirle ver en sus ojos que albergaba esperanzas de un futuro juntos.

—Si estabas preocupado por mí, basta con que lo digas, Brandon. No pretendía inquietarte.

Bajo la mano sintió un músculo palpitante y la emoción le golpeó con fuerza el pecho. Brandon no la amaba. Era demasiado pronto. Para ambos. Los dos necesitaban superar su propia vulnerabilidad. Ella lo entendía bien. Pero para que su matrimonio fuera duradero, tenían que ser sinceros respecto a sus sentimientos.

Brandon frunció aún más el ceño, pero a continuación suspiró y, girándole la mano, le besó la palma.

—Tienes razón. Estaba preocupado. No tenía ni idea de dónde estabas. ¿Te parece mejor así, señora Cade?

Lacey no pudo contener la risa al ver su expresión contrariada.

—Mucho mejor, señor Cade —dijo animada.

Y, dejándose llevar, se apoyó en sus hombros y saltó sobre él, derribándolo. Los dos cayeron juntos, y cuando emergieron, escupiendo y parpadeando, él sonreía.

—Eres una pequeña bruja. Casi me ahogas —dijo. —Voy a castigarte con...

—Solo puedes castigarme si me alcanzas —exclamó ella, salpicándole con el agua.

Luego salió corriendo de la poza, riendo y gritando, y él saltó tras ella.

Pero cuando finalmente la alcanzó, con los ojos brillantes y el hoyuelo de la mejilla más pronunciado que nunca, estaba tan espectacularmente guapo que a Lacey no le importó que la sometiera a tan dulce castigo.

Capítulo 13

BRANDON, tenemos que hablar de qué va a pasar cuando volvamos a Inglaterra —dijo Lacey, antes de probar un bocado de bonito a la brasa.

La luna de miel acababa al día siguiente y solo podía describirse como idílica. Habían hecho el amor por toda la isla y Brandon le había descubierto partes de su cuerpo que desconocía. Ella se había prestado a todas las aventuras que él había propuesto: desde el buceo a la espeleología o el esquí acuático.

Le inquietaba que Brandon no hubiera querido dormir con ella, poniendo como excusa que tenía el sueño ligero. Pero estaba decidida a no dejar que la dominara la preocupación y a centrarse en lo positivo. Necesitaba paciencia porque conocer a su marido iba a ser un proyecto de largo recorrido. Brandon no estaba acostumbrado a compartir ni su cama ni su vida ni, mucho menos, sus secretos.

Pero también era consciente de que habían evitado toda conversación seria sobre su futuro. Aquella había sido una semana para pasarlo bien juntos y al menos bajar sus defensas parcialmente. Pero cuando volvieran a casa, tenían que tomar decisiones importantes sobre su vida familiar y ella, en concreto, debía planear cómo retomar su carrera profesional.

Brandon la miró con sus chispeantes ojos verdes entrecerrados.

—¿De qué quieres hablar? —preguntó, sonando contrariado.

Lacey no se dejó arredrar. Aquella era el tipo de conversación que una esposa mantenía con su esposo y una madre con el padre de su hija.

—He recibido una llamada de una antigua compañera de Splendour. Parece ser que la revista online Buzz está buscando una reportera y voy a solicitar el puesto la semana que viene.

Brandon dejó los cubiertos y la miró con las aletas de la nariz dilatadas.

—¿Buzz? ¿La revista de Roman Garner?

—Sí, creo que tiene una participación —contestó Lacey sin entender cuál era el problema.

Garner Media era rival de Cade Inc., pero apenas podía competir con el gigantesco conglomerado empresarial de Brandon.

—Entonces la respuesta es que no.

—¿Perdón? —replicó Lacey, indignada.

—Ya lo has oído —replicó Brandon. —No quiero que trabajes para ese sinvergüenza —continuó comiendo como si diera la conversación por zanjada.

—No te he pedido permiso, Brandon —dijo ella, intentando contener su enfado. —Solo te estaba diciendo lo que pensaba hacer.

¿Se había engañado respecto al avance que creía que habían hecho en su relación? La forma en la que Brandon la miró pareció confirmarlo.

—Si quieres un trabajo, puedo darte uno en Cade Inc. —dijo él.

—No puedo trabajar para Cade, Brandon. Soy tu esposa —dijo ella en tono crispado.

—¿Qué más da?

—Que todo el mundo pensaría que me das el trabajo por ser quien soy y afectaría a mi relación laboral con mis compañeros, ¿no lo entiendes?

Brandon asintió bruscamente y Lacey creyó que había comprendido, pero no fue así.

—Muy bien. ¿Y si compro Buzz para ti?

—No seas absurdo, Brandon —Lacey no daba crédito a que hablara en serio e intentó suavizar su respuesta. —Te agradezco que quieras hacer algo tan... generoso —pensaba más bien en «dominante», «dictatorial». —Pero no tengo la experiencia suficiente para ser la dueña de un medio.

Ni tenía el menor interés en serlo. A ella le gustaba escribir.

—Además —añadió. —Tú odias los medios de sociedad —no sabía por qué Brandon estaba tan en contra de aquel trabajo. Si era verdad que se debía a su animadversión hacia Garner o porque quería demostrar quién tomaba las decisiones. —No quiero que me compres una revista. Solo quiero trabajar. Mi carrera es importante para mí.

—¿Por qué? ¿No te basta con ser madre de Ruby? —pregunto él en tono acusador.

Lacey recordó entonces lo que le había contado de su madre y suspiró.

—¿Has terminado de comer? —preguntó y se puso en pie. —Preferiría terminar esta conversación a solas.

Aunque a una discreta distancia, el personal estaba pendiente de atenderlos.

—No voy a cambiar de idea —dijo él. Pero la imitó.

—Demos un paseo.

Lacey salió del porche hacia la arena. El rumor de las olas lamiendo la orilla y la suave brisa creaban un ambiente romántico y seductor. Tanto como el hombre que, a su lado, mantenía el semblante velado.

El silencio se prolongó mientras Lacey se planteaba cómo abordar la conversación.

Sabía que Brandon odiaba hablar de sus sentimientos y había descubierto lo suficiente sobre la relación con su padre, y la ausencia de su madre, para comprender por qué se había rodeado de una coraza. Pero era necesario que se abriera, que confiara en ella. Y para eso, tenía que conseguir que la perdonara por haberle ocultado a Ruby.

Para que eso fuera posible, Brandon tenía que entender por qué había tomado esa decisión. No se lo había preguntado en ningún momento, probablemente porque temía adentrarse en un terreno emocional que prefería evitar. Así que tenía que ser ella quien sacara el tema.

—¿Podemos hablar abiertamente? —dijo finalmente.

—Supongo que sí —dijo él en tensión.

Lacey tenía que bajar sus defensas, exponer sus propias cicatrices. Porque solo desde hacía unos días, era consciente de la razón más profunda por la que no le había desvelado la existencia de Ruby. Una razón que no se explicaba solo por su temor, si no por la mala relación con su padre.

—Solo quiero que sepas que comprendo perfectamente lo que significa tener un padre que es un completo imbécil... —empezó.

Brandon vio de nuevo compasión en la mirada de Lacey y se puso a la defensiva.

—El mío nos dejó a Milly y a mí cuando yo era demasiado pequeña como para acordarme de él —continuó ella con dulzura, en un tono neutro con el que claramente intentaba apartar cualquier sentimiento. —Después de que mamá muriera, descubrimos que tenía otra familia. Una mujer y unos hijos de los que se sentía orgulloso. No quiso saber nada de nosotras. Y aunque mamá siempre nos dijo que merecíamos ser amadas, yo nunca he llegado a creerlo.

Suspiró antes de continuar:

—Siento mucho que tú no tuvieras una madre que te dijera algo así. Tener una madre y un padre desastrosos es muy mala suerte.

Brandon la miró sintiendo una asfixiante presión en el pecho. No le había preguntado por su pasado por dos buenas razones; porque no quería aumentar la intimidad que había entre ellos, y porque no había querido revelar más de sí mismo. Pero la ausencia de amargura con la que ella había hablado de su padre le pareció de una extraordinaria valentía

—¿Qué años tenías cuando vuestra madre murió? —preguntó.

—Milly, quince. Yo acababa de cumplir los dieciocho.

—Debió de ser muy duro —dijo él, recordándola a los diecinueve, apasionada, interesada por todo, ambiciosa y lista.

Él no había pensado que fuera tan joven precisamente por su aparente seguridad en sí misma. Pero ¿cómo era posible que no se hubiera enfrentado a la responsabilidad que tenía por lo que había sucedido aquella noche? ¿Cómo no se había planteado hasta qué punto Lacey había sido vulnerable?

Ella se encogió de hombros.

—Afortunadamente, en Servicios Sociales me permitieron ser la tutora de Milly. Y para entonces ya había conseguido el puesto de becaria en Cade Inc.

—Del que yo me ocupé que te echaran —dijo él malhumorado.

Le había resultado más conveniente no preguntarse cuáles eran las circunstancias de Lacey al quedarse embarazada. Así había evitado sentirse culpable por haberla dejado no solo embarazada, sino sin trabajo. ¿Por qué ni siquiera se había molestado en contactar con ella por si había habido consecuencias?

—No fue algo premeditado —lo disculpó Lacey, con una generosidad que no se merecía.

—Maldita sea, Lacey. Tenías diecinueve años y eras virgen. Sabía que el preservativo se había roto y, sin embargo, no me molesté en saber si estabas bien.

Lacey parpadeó, sorprendida por el comentario, lo que hizo que Brandon se sintiera aún más miserable.

—Si no se hubiera roto, no tendríamos a Ruby, así que no hay de qué arrepentirse.

—Aun así, te debo una disculpa —dijo Brandon, consciente de que era lo que debía haber hecho desde el principio.

—Disculpa aceptada —dijo ella con una emoción en la mirada que Brandon no supo ni quiso interpretar. —Pero no significa nada si tú no puedes perdonarme —concluyó Lacey.

Y cuando se volvió hacia él, con cara de determinación, el cabello alborotado por la brisa, el reflejo de la luna iluminando su rostro, Brandon sintió que algo se quebraba en su interior.

—¿Perdonarte por qué? —preguntó él desconcertado.

—Por no haberte dicho lo de Ruby. Creía que no confiaba en ti, pero ahora me doy cuenta de que estaba relacionado con el comportamiento de mi padre hacia nosotras. Te culpé a ti por lo que él había hecho. Te juzgué aun sin conocerte y asumí que serías un mal padre. Fui muy injusta.

Brandon se sintió incómodo con su generosidad.

—Sospecho que mi detestable comportamiento de aquella noche también influyó en que me ocultaras a Ruby.

Lacey le apretó la mano y sonrió.

—Eso es verdad —dijo sin ápice de enfado. —Pero fui una idiota, así que estamos empatados. Y si tú puedes perdonarme, yo desde luego que puedo perdonarte a ti.

Brandon entrelazó sus dedos con los de ella, ansioso por establecer un contacto físico que en aquella ocasión no tenía nada que ver con el explosivo sexo del que habían disfrutado la última semana.

Pero había disfrutado de Lacey en muchos otros sentidos. Era divertida y aventurera, aparte de una extraordinaria madre, paciente y severa en su justa medida.

—Sé que no confías en la gente con facilidad, Brandon —dijo ella entonces—. Y ahora creo saber por qué: porque las dos personas con las

que debías haber contado de pequeño te fallaron. Me has preguntado por qué no me basta con ser la madre de Ruby, y quiero que sepas que sí lo es. La amo con todo mi ser, pero no considero que ser madre y tener una carrera profesional sean excluyentes —continuó. —Sé que puedo hacer ambas cosas. Y quiero que confíes en que es así.

Brandon se tensó y le soltó la mano, sintiendo que la grieta de su corazón amenazaba con convertirse en un abismo.

—Vale —dijo con un sentimiento que se había jurado no volver a sentir.

Y se dio cuenta de que confiaba en Lacey ciegamente aun cuando no se hubiera dado cuenta hasta ese momento. Porque tal vez le hacía sentirse como el niño que había rezado por conseguir el afecto de su padre... y nunca lo había conseguido. Ya no era ese niño, pero la idea de que aflorara le daba pánico por el miedo a resultar herido.

Colocando la mano en la cintura de Lacey la atrajo hacia sí para que notara que tenía una erección.

—Aunque no sé qué tiene que ver eso con que trabaje para Roman Garner —masculló.

No quería que trabajara para él por la sencilla razón de que era suya. Llegaría un momento en el que Lacey se daría cuenta de que no tenía nada más que ofrecerle, pero hasta entonces, estaba decidido a mantenerla atada a él en todos los sentidos posibles.

Lacey sonrió y se frotó sensualmente contra él.

—Solo quería aclarar que esta es una asociación entre iguales, Brandon. Los dos podemos conseguir lo que queremos si somos sinceros el uno con el otro —concluyó con una mirada tan cálida que Brandon se sintió entre hipnotizado y turbado.

Tirándolo de la mano, Lacey lo guio hacia su bungalow. Estaba tomando la iniciativa y, por primera vez en su vida, no sintió el menor deseo de dejar claro quién mandaba.

«Es solo sexo y la necesidad de crear un hogar para nuestra hija. Nada más».

Subió los peldaños de madera en silencio y se agarró a las caderas de Lacey cuando ella se volvió para abrazarse a su cuello y besarlo. Él introdujo la lengua en su boca, pero dejó que ella marcara el paso de seducción y retirada, de pasión y calma. Y mientras hacían el amor,

primero rápido y vorazmente y luego con ternura y lentamente bajo el chorro de la ducha, se dijo que tenía que hacer lo que fuera necesario para mantenerla junto a sí, aunque no pudiera dejarle ver hasta qué punto era vulnerable, porque no estaba dispuesto a otorgarle el poder de hacerle daño.

Horas más tarde, tumbado en la cama, oyendo las cigarras en el exterior y el suave ritmo de la respiración de Lacey, seguía intentando cerrar el abismo que se había abierto en su pecho y decidió hacerlo de la única manera que sabía.

Lacey percibió que Brandon se movía y al ver que levantaba las sábanas, lo sujetó del brazo.

—Brandon ¿dónde vas?

No podía creer que fuera a abandonar de nuevo su cama en una noche como aquella, cuando había estado convencida de que habían dado un gran paso adelante.

Brandon la miró y le acarició el brazo.

—¿Estás despierta? Creía que te había dejado exhausta.

Aunque no fuera una respuesta, Lacey decidió no insistir.

—Y así es —dijo, dejándose caer sobre las almohadas. —¿Ibas a tu bungalow? No hace falta —¿pensaba Brandon que quería que mantuviera la promesa de dormir en habitaciones separadas?. —Me gustaría despertarme contigo mañana.

Brandon dejó escapar una risa forzada, evasiva... ¿O era suspicaz e insegura?

—Eres insaciable —bromeó él.

No se trataba de sexo, o no exclusivamente, al menos para ella.

Brandon se echó en el colchón y la estrechó contra sí, pero había algo frágil en el instante y Lacey no quería dejarlo pasar. Porque temía estar enamorándose de él.

Él enredó los dedos en su cabello y le retiró el cabello detrás de la oreja. Luego le besó la frente.

—He estado pensando que podías dejar de tomar la píldora cuando volvamos a casa —dijo con voz aterciopelada.

—¿Qué? —Lacey se incorporó como muelle.

Estaba tan asombrada que creyó haber oído mal.

Él posó una mano sobre su vientre y lo masajeó sensualmente. Su mirada tenía un destello de fiera posesividad y Lacey sintió el corazón en la garganta.

—Ruby cumplirá cinco años en unos meses y no quiero que sea hija única —continuó él con mayor vehemencia. —Por experiencia propia sé que es espantoso —y cargando su voz de una pasión que puso a Lacey la carne de gallina concluyó—: Y me encantaría verte embarazada de mi hijo.

Lacey sintió que se le aceleraba el pulso al tiempo que estallaba la esperanza en su interior. ¿No era lógico que si Brandon pensaba en tener más hijos fuera porque creía que su matrimonio podía ser duradero?

Brandon alzó la mano hasta su seno y le acarició el pezón.

—No puedo pensar en nada más erótico —comentó.

Por un instante, Lacey se quedó muda, abrumada por el anhelo que Brandon podía invocar tan fácilmente en ella. Pero ya no se trataba de un anhelo provocado por el placer físico, al menos para ella, sino algo mucho más poderoso: el anhelo de tener la aprobación y el amor de Brandon.

Atrapó la mano de él contra su seno. No podía volver a perder la cabeza como lo había hecho a los diecinueve años. Sí, Brandon la deseaba; incluso era posible que la necesitara. Le resultaba halagador y le conmovía que quisiera tener hijos con ella. Pero no podía dejarse dominar por la embriagadora esperanza que le palpitaba en el pecho.

—¿Puedo pensármelo? —preguntó, sabiendo que quería tener más hijos con él, pero que ninguno de los dos estaba todavía preparado para ello. —Solo llevamos casados una semana.

Quería que la relación funcionara, que tuvieran un futuro juntos. ¿Era eso lo que él le ofrecía?

Brandon dejó escapar una risa apagada.

—Claro —la estrechó contra su pecho y añadió. —Ahora a dormir. Mañana partimos temprano.

Lacey asintió, bostezando, y se acurrucó contra él.

Cuando despertó, Brandon ya no estaba, pero quiso creer que en aquella ocasión se había ido para preparar el viaje.

Y cuando llegaron a Inglaterra y él le dijo que había comprado una casa en Islington para que Ruby no tuviera que cambiar de guardería y él poder pasar más tiempo con ella, decidió que no importaba que Brandon todavía no estuviera preparado para pasar la noche con ella. O que no

podiera encontrar tiempo para pasarlo con ella a solas... a no ser que fuera desnudándose el uno al otro.

Con el tiempo alcanzarían una mayor intimidad, confiarían el uno en el otro. Solo debía tener paciencia.

Y no tenía nada de malo enamorarse del hombre enigmático e indomable que era, además, de su marido... y el padre de su hija.

Capítulo 14

Un mes más tarde

—**B**randon ¿puedo hablar contigo? —preguntó Lacey, encantada de encontrar a su esposo todavía en casa al volver de dejar a Ruby en la guardería.

Estaba ansiosa por compartir sus noticias con él.

—Sí. De hecho, yo también quería hablar contigo —dijo Brandon, cerrando el portátil.

El entusiasmo de Lacey se difuminó al ver el semblante serio de su marido. ¿Habría algún problema? ¿Por eso estaba en su despacho a esas horas? Lacey intentó aplacar su ansiedad.

«Deja de pensar como Lizzy Devlin. Eres Lacey Cade y acabas de conseguir el trabajo de tus sueños, además de un matrimonio que mejora a diario».

Aunque había dejado en reposo la búsqueda de trabajo hasta instalarse en la casa nueva y conseguir que Ruby recuperara sus rutinas, el día anterior había tenido una videollamada con Buzz y acababa de recibir la notificación de que el puesto era suyo.

A pesar de sus reticencias iniciales, confiaba en que Brandon se alegrara. Por su parte, ella había aceptado que había terminado por enamorarse profundamente de él en las últimas cuatro semanas.

Que Brandon se enamorara de ella era un proyecto a largo plazo, pero él era ya una parte integral de su vida y la de Ruby. Y el sexo era espectacular. Brandon era un amante dominante pero generoso, siempre pendiente de sus necesidades. Y ella adoraba explorar los límites de su conexión física.

Todavía la decepcionaba que cada noche, cuando se quedaba profundamente dormida en sus brazos, Brandon volviera a su propio dormitorio. Pero estaba decidida a no desanimarse. Y estaba segura, después de la noche mágica que habían pasado en la luna de miel, que más tarde o más temprano Brandon acabaría por abrirle su corazón.

—Genial. Empiezo yo —dijo ella.

Al mismo tiempo que él comentaba:

—Tengo entendido que te han ofrecido trabajo en Buzz.

—Eh... Sí —balbuceó Lacey, desilusionada porque le hubieran robado la sorpresa. —¿Cómo lo sabes? Me lo han dicho hace diez minutos.

—Eso es lo de menos —dijo Brandon con mirada de contrariedad. —Creía que habíamos acordado que no trabajarías con ellos.

—¿Cuándo quedamos en eso? —preguntó ella con cautela.

¿Por qué Brandon la miraba tan enfadado?

—Pensaba que íbamos a tener otro hijo —dijo él con la mirada perdida y tono acusador. —Dijiste que lo pensarías, pero esta mañana me he enterado de que tienes una receta para tomar la píldora seis meses más.

El desconcierto inicial fue seguido de una rabia y de un profundo dolor. El mismo que había sentido la última vez que había visto a su padre, en el funeral de su madre, cuando les había dicho a Milly y a ella que, aunque lamentaba su pérdida, tenía otra familia y no podía dedicar tiempo a ayudarlas con sus problemas.

—¿Cómo sabes lo de la receta? —exigió saber ella, prefiriendo alimentar su enfado para dominar su dolor.

—He encontrado la píldora en el armario del cuarto de baño —dijo Breando, rodeando el escritorio hacia ella con expresión de estar convencido de que tenía derecho a sentirse traicionado. —Después de enterarme de que habías conseguido el trabajo.

La llama de esperanza que Lacey había alimentado desde que habían vuelto de Las Bermudas se apagó al oírle continuar:

—Teníamos un acuerdo, Lacey, me pediste que confiara en ti. Pero has solicitado el empleo a mis espaldas —sus ojos brillaron con lo que Lacey interpretó como dolor.

Pero si estaba tan equivocada en todo lo demás, ¿por qué iba a acertar en eso? Había creído que estaban construyendo algo juntos, que

Brandon empezaba a enamorarse de ella. Pero era evidente que su aprobación dependía de que ella no sobrepasara la línea que él mismo había marcado.

—No tienes derecho a mirar mis recetas médicas —dijo con firmeza.
—Y puedo ser madre y trabajar —sacudió la cabeza para ahogar el grito de dolor que se le formó en la garganta. —Pero ese no es el problema. Te dije que lo pensaría, pero está claro que fui una idiota al plantearme tener otro hijo contigo.

—¿Por qué no? —preguntó él, fuera de sí.

Brandon no se había abierto a la posibilidad de amar. Apenas lo había visto en las últimas semanas. Quería sexo, pero no dormía con ella. ¿Por qué había estado dispuesta a aceptarlo, a conformarse con las migajas de su afecto en lugar de exigirle más?

—Porque no estoy dispuesta a traer al mundo a otro niño cuando está claro que este matrimonio no va a ninguna parte —dijo, sintiendo que las palabras le rasgaban la garganta.

Brandon la miró con fiereza.

—Claro que funciona. Estamos creando un hogar para Ruby. Te deseo y tú a mí. ¿Qué más quieres?

—Amor —dijo ella sin pensárselo, irritándose consigo misma por sonar lacrimosa

—¿Amor?

El asombro de Brandon solo contribuyó a hundirla un poco más.

—Me he enamorado de ti, Brandon —dijo sin poder contener la verdad por más tiempo y abrazándose a sí misma para protegerse de la gélida mirada que él le dirigió.

—Si me amas ¿por qué no quieres tener otro hijo conmigo?
—preguntó él con aspereza.

Lacey sintió una profunda tristeza en la boca del estómago.

—Porque tú no me amas a mí, Brandon. Y ya no sé si eres capaz de amarme.

Brandon tragó para diluir el nudo de angustia que le atenazaba la garganta.

No podía perderla, aún menos desde que había descubierto lo que significaba la vida con ella y con Ruby... y con más hijos en el futuro.

Comprendía que quisiera trabajar, pero no quería que lo hiciera con el lascivo Roman Garner.

Desde la noche en Las Bermudas, había fantaseado con la idea de que Lacey se quedara de nuevo embarazada. No lo encontraba solo erótico, sino que era la solución perfecta para acabar de atarla a él para siempre.

Pero acababa de descubrir que estaba equivocado. Lacey quería amor y él no podía dárselo. La mera idea de abrirse emocionalmente hasta tal extremo le provocaba una asfixiante ansiedad y lo devolvía a todas las ocasiones en las que había mendigado cualquier muestra de afecto de su padre.

Podía mentir y decir a Lacey lo que quería oír. Pero Lacey tenía demasiada inteligencia emocional como para dejarse engañar.

—No quiero que trabajes para Roman Garner —fue todo lo que dijo.

No podía permitir que Lacey viera hasta qué punto la necesitaba o podría usarlo en su contra.

Ella lo miró con una tristeza que le encogió el corazón. Era la mirada de la desilusión.

El sentimiento de estar actuando equivocadamente lo retrotrajo al niño perdido y angustiado, rechazado por su padre.

—Eres mi mujer y él es mi rival —masculló, decidido a volver a ser el hombre que había dominado el miedo de su infancia. —Podemos tratar el tema de tener otro hijo más adelante.

Lacey parpadeó con un abatimiento que acabó por apretar el corazón de Brandon en un puño.

«No te preocupes. Sabes que puedes darle lo que quiere y, con el tiempo, ella aceptará vivir bajo tus condiciones».

—Esto no tiene que ver con el trabajo ni con tener más hijos, Brandon. Esto tiene que ver con lo que estás dispuesto a dar de ti mismo en este matrimonio.

Aquella no era la respuesta que Brandon habría querido oír.

—Te quiero en mi vida, a mi lado, como mi esposa y la madre de mis hijos. ¿Por qué no te basta con eso? —exigió saber mientras se decía que si todavía no quería tener otro hijo, tendría que buscarle una colocación en Cade Inc. para satisfacerla.

—Y, aun así, sigues sin poder pasar la noche en mi cama —dijo ella con los ojos anegados en lágrimas.

—Ya te he dicho que duermo mal y que te despertaría.

La ansiedad que recordaba tan bien de su infancia combinada con la cruel constatación de que nunca conseguiría importarle verdaderamente a nadie le abrió un agujero en el pecho. Pero no podía permitir que Lacey viera hasta qué nivel estaba a punto de quebrarse.

—Y yo te he dicho que no me importa —replicó ella. —Tienes que bajar tus barreras para permitir que me acerque a ti, para dejar que te conozca. ¿Por qué te da tanto miedo?

—No se me dan bien las relaciones íntimas —dijo él.

Pero al oír la cobardía en sus propias palabras, teñidas de pánico y desesperación, pensó que sonaba patético y que Lacey se lo haría notar, cuestionándolo y forzándolo a aclarar qué quería decir.

Sin embargo, Lacey se limitó a secarse de una manotada una lágrima que rodó por su mejilla y a decir:

—Entonces no vamos a poder tener un matrimonio de verdad, Brandon, que es lo que yo quiero.

Y salió de la habitación, dejándolo solo.

Brandon se quedó inmóvil, sintiendo que las paredes se cerraban sobre él mientras intentaba hacer acopio de todas las defensas que se había ido construyendo a lo largo de los años.

Finalmente, la rabia pudo al pánico y a la sensación de ser emocionalmente incapaz. Lacey volvería. Tenían un cuerdo y no podía cambiar las reglas en mitad de la partida. Además, estaba Ruby. No podía negarle el contacto con su hija. Lacey le debía aquel matrimonio.

Pero mientras salía de la casa, su mente ya trabajaba frenéticamente en buscar un plan que le permitiera llenar el gigantesco vacío que volvía a abrirse en sus entrañas y que amenazaba con devorarlo.

Capítulo 15

POR qué papá no ha vuelto a casa? —preguntó una soñolienta Ruby. Y a Lacey se le encogió el corazón.

—Ya te he dicho que tenía que trabajar, cariño. Pero mañana va a llevarte al zoo.

Lacey había recibido un mensaje de Daryl informándole de los planes de su marido. En cuanto lo recibió, recordó los primeros mensajes de Daryl con las exigencias de Brandon respecto a Ruby. Y tuvo la certeza de que Brandon había elegido exprefeso comunicarse con ella a través de su asistente y no volver a casa aquella noche para evitar que lo presionara.

Lacey llevaba todo el día con los nervios a flor de piel y un profundo abatimiento. El último resquicio de esperanza que había albergado había muerto con la conversación de aquella mañana.

Le había pedido que la amara, o que al menos intentara amarla y él se había negado.

Estaban en un callejón sin salida.

—¿De verdad, mamá? —exclamó Ruby con ojos chispeantes. —¿Podemos pasar papá y yo todo el día en el zoo?

Lacey no pensaba arruinar aquel regalo de su padre a la niña, pero al tiempo que la arropaba en la cama, supo que tenía una difícil decisión por delante.

No podía seguir casada con un hombre que se resistía incluso a la posibilidad de amar. Hacerlo la destruiría y desenterraría a la niña que en el pasado se había creído indigna de ser amada y culpable de que su padre no la quisiera

El viernes por la noche el personal de servicio libraba. Normalmente, Brandon y ella solían aprovechar para hacer el amor en el salón, pero aquella noche, Lacey se preparó una sencilla cena en la cocina.

Miró el reloj. ¿A qué hora volvería Brandon?

Cuando terminó de cenar y de recoger, fue al salón con una copa de vino. Con el paso de los minutos su desánimo y confusión se incrementaron, pero también su determinación.

Sospechaba que Brandon nunca había tenido que ceder desde que su padre había muerto, pero en aquella ocasión tendría que hacerlo o ella tendría que darle un ultimátum.

Ella no podía vivir sin amor. Comprendía que Brandon todavía no pudiera amarla, pero necesitaba saber si pretendía que lo único que los uniera fuera su hija... y el sexo. Porque para ella ya no era suficiente.

Estaba quedándose dormida cuando la sobresaltó la figura de Brandon en el umbral de la puerta.

—¿Lacey? —musitó él—. ¿Todavía estás despierta?

Sonaba sorprendido y el corazón de Lacey se aceleró.

—Claro, quería hablar contigo sobre la conversación de esta mañana.

Él cruzó la habitación, tiró de sus manos para que se levantara y la besó apasionadamente, como un hombre desesperado. Fue un beso exigente, posesivo que despertó en Lacey la acostumbrada excitación instantánea de la que no podía escapar. Pero retrocedió un paso, soltándose de él y se abrazó a sí misma para dejar de temblar.

—No puede ser, Brandon. No podemos llenar las carencias de nuestro matrimonio con sexo.

Había asumido que intentaría seducirla, que intentaría convencerla, persuadirla de cualquier manera para conseguir lo que quería. Pero Brandon se dejó caer en un sillón y descansó la cabeza en las manos, hundiendo los dedos en su cabello.

—Lo sé —musitó.

Era lo último que Lacey esperaba oír. Pero entonces se fijó en los hombros hundidos de Brandon y en que tenía el cabello marcado por líneas, como si se hubiera pasado los dedos por él repetidamente.

Brandon la miró y vio en sus ojos una agitación que ya no era capaz de disimular.

—Si quieres aceptar el trabajo con Garner, hazlo —dijo con voz ronca. —Y podemos esperar tanto como necesites para hablar de tener más hijos.

Sonaba roto y desesperadamente infeliz.

Lacey se sentó a su lado, muda. El problema de fondo no era ni el trabajo ni la posibilidad de tener más hijos, pero sabía lo difícil que era para él hacer aquellas concesiones, y por fin comprendió por qué. No se trataba de que Brandon quisiera controlarla a ella, sino de que tenía miedo a necesitarla.

—Por favor... Por favor, no me dejes —dijo él con la voz quebrada.

Lacey identificó todo lo que esas palabras contenían: dolor, miedo e inseguridad, y de pronto comprendió lo que Brandon estaba haciendo. Estaba intentando obtener su afecto tal y como sospechaba que había tenido que negociar con su padre y su madre.

Posó una mano en su muslo y lo notó contraerse bajo su palma.

—No soy como ellos, Brandon —dijo, dejando hablar a su corazón.

Brandon alzó la cabeza bruscamente.

—¿Qué quieres decir?

—No te dejaré si discutimos o si no consigo lo que quiero. El matrimonio exige una continua negociación y estoy segura de que discutiremos muchas más veces. Pero también es amor y tener la libertad de tomar tus propias decisiones —Lacey tomó aire.

Brandon había vuelto para hacer las paces y eso era lo importante. Quizá no había estado tan equivocada y sí era capaz de amarla, aunque no supiera cómo demostrarlo.

—Sé que da miedo —continuó. —Yo también tenía miedo de amarte. Pero te estoy ofreciendo un regalo que no va acompañado de condiciones. No te lo voy a quitar, ni a usarlo en tu contra tal y como hicieron ellos. Porque te amo como ellos nunca lo hicieron. Solo te pido que te abras a la posibilidad de corresponderme.

Contuvo el aliento al ver que Brandon se ponía en pie e iba hasta la chimenea para quedarse mirando el hogar apagado. Se quedó inmóvil, expectante, pero el corazón se le rompió cuando Brandon rompió el silencio en tono de desesperación.

—No sabes lo que me estás pidiendo —dijo Brandon con el cuerpo en tensión por la necesidad de defenderse de las palabras de Lacey.

Había accedido a sus condiciones. ¿Qué más quería de él?

—¿De qué tienes tanto miedo, Brandon?

El temblor en la voz de Lacey, el amor con el que hablaba se clavaba en su pecho, derribando sus últimas defensas y cualquier posible control sobre sí mismo.

Sacudió la cabeza con el cuerpo temblando por un sentimiento que ya no sabía cómo contener. Metió las manos en los bolsillos y trató de dominar el pánico que lo atenazaba. Pero no lo consiguió porque estaba de nuevo en el despacho de su padre y volvía aquel niño huidizo y temeroso, aterrado de estar solo, pero más aún de pedir algo que nunca le sería concedido.

Sintió una mano en la espalda de la que irradió un delicioso calor.

—Háblame, Brandon. Solo así podremos superarlo juntos.

«Juntos».

¿Podrías ser verdaderamente tan sencillo? El cínico que había en él lo dudaba, pero quedaba en él suficiente del niño solitario como para que se volviera a mirar a Lacey. Y la emoción que vio en sus preciosos ojos marrones fue la misma que aquella mañana había desdeñado y en la que tan desesperadamente quería creer en aquel momento

—¿Cómo puedes amarme? —preguntó, hablando por él el niño que llevaba tanto tiempo silenciando.

Una lágrima rodó por la mejilla de Lacey.

—Oh, Brandon.

Se secó la lágrima y, tomando el rostro de Brandon entre las manos inclinó su cabeza hasta rozarle los labios y susurrar:

—Te amo porque me has perdonado por no haberte dicho que tenías una hija —escrutó su rostro y Brandon supo que veía en él lo que nadie había visto.

Podía ver sus defectos en la misma medida que sus virtudes, y no le repugnaban.

—Te amo por tu empeño en convertirte en el padre de Ruby, aunque no supieras cómo —los ojos de Lacey brillaron llenos de compasión, determinación y tenacidad. Pero, sobre todo, de amor.

Siguió:

—Te amo por todo lo que eres: padre, amante, esposo. Y por todo lo que puedes llegar a ser si estás dispuesto a abrir tu corazón —Lacey sonrió

con ojos cargados de esperanza. —Y si me das cabida en él, como se la has dado a Ruby.

Brandon sintió el calor de su corazón derretir el bloque de hielo que durante todos aquellos años le había impedido sentir.

Era doloroso ser tan vulnerable, tener tantas inseguridades,

Pero Lacey tenía razón. Él amaba a su hija. ¿Cómo iba a ser difícil amar a Lacey cuando todo en ella lo fascinaba y seducía? Su fuerza, su inteligencia, su valor e incluso su tenacidad para obligarlo a salir de su refugio y aceptar que era capaz de amar.

Apoyó su frente en la de ella con un suspiro y deslizó la mano debajo de su camiseta para sentir su piel.

Sí, era de carne y hueso y no iba a abandonarlo, pero...

—Quiero amarte, pero no puedo —dijo con voz ronca, dolorida. La estrechó contra sí y continuó—: No puedo soportar la idea de perderte, y estoy seguro de que voy a cometer más de un error —presionó su rostro contra el cuello de Lacey, aspirando su aroma. —Así que tienes que prometerme...

Alzó la cabeza. Aunque le diera vergüenza, tenía que atreverse a decirlo.

—Prométeme que me avisarás si me equivoco. Que no me abandonarás sin darme la oportunidad de reparar mis errores.

Lacey miró a aquel hombre fuerte, temerario, indomable y al oír el tono de fragilidad de sus palabras supo que la amaba. Quizá no podía decirlo, o ni siquiera era consciente de ello. Pero en algún momento lo conseguiría.

Por su parte, ella recuperó la esperanza y la seguridad. Pero, sobre todo, había comprendido por qué Brandon se resistía tanto a darse: porque tenía aún más miedo que ella.

—Yo no soy como tu padre, Brandon —susurró, permitiendo que viera en ella el amor, el miedo, la esperanza y el anhelo. Para que viera que eran una pareja de iguales.

Y continuó:

—Él no te merecía, pero Ruby y yo... —sonriendo, tomó una mano de Brandon y se la llevó al vientre, —y nuestros futuros hijos... sí te merecemos.

—Sabrás que considero eso un acuerdo vinculante que exigiré sea firmado ante testigos, señora Cade —musitó él, bromeando.

Lacey rio con una felicidad burbujeante.

—Firmaré lo que quiera, señor Cade. Pero solo si usted también lo firma.

Brandon la alzó en el aire y luego la deslizó al suelo pegada a su cuerpo para que notara contra el vientre el duro abultamiento de su miembro a través de la ropa.

—Eso está hecho —musitó.

Y, procediendo a desnudarla, selló el acuerdo con la eficiencia que ella tanto adoraba.

Epílogo

Un año más tarde

—**P**apá, ¿el bebé ya está hecho del todo? —Ruby daba saltitos sobre la cadera de Brandon mientras avanzaban por el pasillo del hospital.

La niña parecía a punto de estallar de entusiasmo. Y él la entendía bien. Después de dejar a Lacey con el niño recién nacido a las tres de la madrugada, su corazón le había latido con tanta fuerza que había pensado que no podría dormir en una década.

Sin embargo, se había quedado dormido en cuanto se había acostado en la cama que compartía con Lacey, gracias a su inquebrantable apoyo y las horas de terapia a las que finalmente había aceptado asistir para liberarse de su miedo a la intimidad.

La misma cama que llevaba vacía dos días, desde que Lacey había ingresado en el hospital porque su hijo había decidido salir al mundo con tres semanas de antelación.

En sueños, Brandon había visto la fascinante imagen del bebé tomando por primera vez el pecho de su madre y había revivido las seis interminables horas de parto que Lacey había enfrentado con su acostumbrada valentía, mientras que él se rompía en pedazos, aunque hubiera conseguido disimularlo.

—Sí, está hecho del todo y deseando conocerte, Rubes —dijo, agradecido de pronto por no haber tenido que presenciar también su nacimiento.

Ruby lo era todo para él y siempre lamentaría no haber vivido los primeros cuatro años de la niña lista y segura de sí misma de casi seis años en la que se había convertido. Pero el parto en sí... no le importaba tanto habérselo perdido.

Si algo tenía claro, era que antes de tocar a su madre iba a tener una seria conversación con ella sobre métodos anticonceptivos. No podía quitarse de la cabeza las agónicas horas de dolor que había padecido y, si era necesario, esperaría una década para evitar que se repitieran.

La obsesión por tener más hijos con ella se le había pasado cuando su matrimonio había adquirido trazos de realidad, convirtiéndose en algo hermoso y cargado de posibilidades.

Declaraba su amor a Lacey cada vez que podía y lo más importante era que ella le creía.

Lacey lo retaba, provocaba, excitaba y fascinaba a partes iguales. Pero además de ser su esposa y su amante, también era su mejor amiga. Ruby y ella llenaban todos los huecos que jamás había soñado rellenar y Brandon ansiaba que el nuevo bebé añadiera una capa más de felicidad y de locura al maravilloso caos que dominaba su nueva vida.

Durante el último año había reducido su carga laboral, después de comprender que su insaciable empuje y ambición estaban vinculadas al deseo de impresionar a un padre ya fallecido. Seguía adorando su trabajo y mantenía sus planes de expansión, pero no trabajaba siete días a la semana. Se tomaba libres las vacaciones escolares, los fines de semana y días ocasionales para ocuparse de Ruby si Lacey tenía que terminar un artículo o una entrevista. Incluso había llegado a disfrutar de los eventos de sociedad a los que acudía con ella ocasionalmente.

Su vida era feliz y plena en un sentido que jamás hubiera soñado. Porque finalmente había descubierto que la felicidad no dependía de conseguir nuevos contratos o de inaugurar un canal de noticias en Kenia, sino en pasar un día en la playa con su hija, o en robar unos minutos sensuales con su mujer embarazada en la ducha antes de que irrumpieran en el dormitorio la parlanchina de su hija y su perrita para convertirlo todo de nuevo en un incontenible caos.

Cuando Lacey se había quedado embarazada, ocho meses antes por culpa de una indisposición estomacal que le había hecho olvidar la píldora, él había temido no estar preparado para dar el paso.

Pero al ver como el cuerpo de Lacey iba transformándose, descubrió que el proceso era tan erótico como había imaginado originalmente.

En cuanto abrió la puerta de la habitación de Lacey, Ruby saltó de sus brazos para correr hacia su madre. Él se quedó en el umbral, contemplando la escena y fijándola para siempre en su recuerdo: su esposa

en una silla junto a la cama, con el bebé en brazos, inclinándose para enseñárselo a Ruby.

El corazón le golpeó el pecho con fuerza tal y como hacía a menudo en el último año y, por unos segundos, creyó que dejaba de latir.

«Esto es la perfección, Cade. Puede que sientas miedo, incluso terror. Pero es lo único que importa en el mundo».

Entonces la mirada de Lacey conectó con la de él mientras Ruby hablaba a toda velocidad a su hermano. El pobre niño iba a tener que imponerse para que la niña le dejara decir palabra una vez aprendiera a hablar.

Su esposa le sonrió con expresión de cansancio, pero también de una exultante felicidad y el corazón de Brandon volvió a latir a doble tempo.

—Hola, señor Cade —dijo Lacey. —Espero que hayáis venido a recogernos, porque Junior y yo estamos deseando ir a casa.

El corazón de Brandon se dilató mientras iba hasta ella y tomaba al niño en brazos, que parecía contrariado por haber sido despertado tan bruscamente por su inquisitiva hermana mayor.

«Bienvenido a mi mundo, chaval».

Se inclinó y susurró al oído de Lacey:

—¿Por qué crees que he traído a mi compinche?

Y porque le resultaba irresistible, no pudo evitar besarla.

Lacey abrió los labios, dándole un beso dulce y sensual. Y Brandon decidió que no hacer el amor con su mujer una década era un castigo excesivo para ambos. Quizá con unos meses fuera suficiente...

Tuvieron que romper el beso cuando Ruby empezó a hacerles burla y el bebé protestó.

Brandon rio al tiempo que una sonrisa iluminaba el rostro de su esposa, y la pulsante sensación de felicidad y plenitud con la que había llegado a sentirse cómodo volvió a llenarle el pecho.

—Es hora de llevarnos a nuestros hijos a casa, señora Cade —musitó.

«Y de dejar que el caos gobierne».